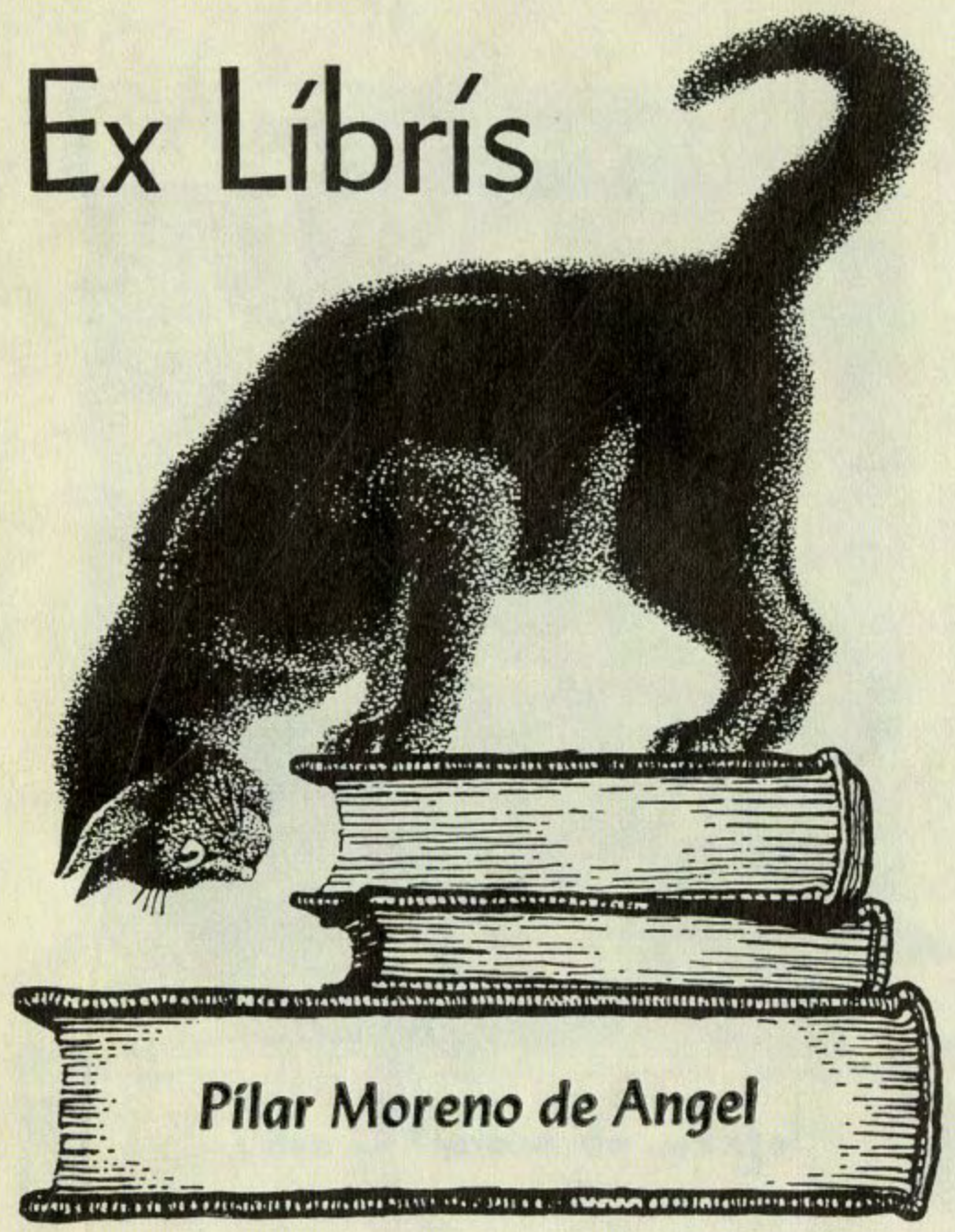


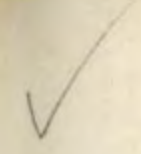


Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

B212 © APCO



Miguel Triana

*Al Sr. D. Luis Eduardo Villegas,
en señal de alto aprecio.
El autor*

AL META

MCMXIII
Casa editorial de "El liberal"
BOGOTÁ

Quién poseyera la incontrastable fuerza de voluntad, la fe en los designios y el irresistible poder de convicción con que Dios dotó a Pedro el Ermitaño !....

.....
¡ Quién poseyera esa fuerza, ese poder y esa fe para ponerlos al servicio de la civilización de la llanura oriental, arrastrando, para enriquecerla y hacerla grande y poderosa y feliz, una gran masa de población, desde las mesetas y serranías de los Andes hasta esta magnífica comarca !

EMILIANO RESTREPO E.

(Una excursión al Territorio de San Martín, página 48).

Cuarenta y tres años después, al imperativo de esa voz de conjuro, amortiguada al parecer, y en medio de la misma llanura, abandonada y silenciosa, prometí levantar mi débil voz en la Prensa para pedirle a Colombia, a su Parlamento, a su Gobierno, a su pueblo, un paso, un simple paso hacia el Destino !

El destino misterioso de la Patria está allí ! En el centro de la pampa sin límites, ante su arcano triste y solemne como el mar, corre una sugestión que embarga el ánimo del viajero y lo conduce a una meditación profunda.

El espectáculo de la llanura solitaria produce delirante embriaguez, algo misterioso invade el alma y se sueña

Tal parece que la inmensidad tuviera un genio que acude a la evocación del patriota y le dice conjuros incomprensibles al principio, que se queja de su orfandad, que lo penetra de un fuego sagrado y que, por último, lo consagra su apóstol.

Qué dice en concreto aquel Genio? Nada! Pero el viajero de corazón que al morir de la tarde, ante un sol soberbio que cae tras de los farallones envuelto en púrpura y zafiro, se puso una vez en contacto con él, hace el mismo juramento del Dr. Restrepo y, aunque indigno de la misión, sale a predicar con la loca fantasía de un profeta, el evangelio del desierto.

—«Vé a los hombres y díles lo que te he sugerido!»

El Llano me ha confiado una misión y vengo a cumplirla, acertada o torpemente, pero de buena fe.

De tanto soñar en la planicie encantadora con empréstitos fabulosos para su fomento, con automóviles que se deslicen sobre su suelo uniforme, con ferrocarriles que crucen la cordillera por sus numerosos boquerones, con ciudades amuralladas y fortalezas tremebundas sobre el Orinoco; después de fantasear allá, me he armado aquí, al influjo del frío y de una meditación serena, de la tijera de podar y del tamiz de la selección, y he dado a la postre con un proyecto rápido, económico y sencillo, cuyos antecedentes y estudios matemáticos, ricos en datos, y sus conclusiones, metódicas y discretas, hallará el lector en los subsiguientes capítulos.

Uno de los locos ensueños de la llanura, sugerido por el *mohán* enfermo, consistía en proclamar una disposición en la ley colombiana, en virtud de la cual no se reconociera ciudadanía sino a los hombres que conocieran el Llano. Qué barbaridad de estatuto! Qué tiranía geográfica!

Que no pueda ser gobernante ni legislador ni enviado internacional quien no haya siquiera estudiado el país, inclusive su preciada e incomparable región oriental, sobre la que radican los más grandes problemas, eso ya es otra cosa! Eso sí debía consignarse en la Constitución.

Cuánto bien podrían hacerle al país sus mandatarios y cuántos bochornos evitarle, cuando lo conozcan y aprecien sus necesidades!

Pero entre nosotros, es triste confesarlo, no hay afición por los estudios nacionales, y así no es raro el caso de que los gobernantes eludan responder las preguntas que en señal de aprecio por el país les dirigen los Ministros extranjeros sobre sus particularidades y fuentes naturales de riqueza. Para gobernar este país no se necesita conocerlo!

Y, sin embargo, es tan grato viajar dentro de él! La sonrisa plácida pliega constantemente los labios del excursionista ante la simplicidad encantadora de las gentes; un licor de ternura humedece a cada paso sus ojos ante las manifestaciones del amor que los rurales le profesan a Colombia, ante los vehementes votos que hacen por su gloria, ante la fe que los anima por su bienestar; el vértigo del optimismo alegra constantemente el corazón en vista de la labor

callada y tenaz del labriego que se inclina solícito y cariñoso sobre el surco, al estudiar los proyectos de los Municipales de las aldeas, en los cuales casi siempre contrasta la magnitud del propósito con la pobreza de los medios, y al encontrar en cada interlocutor del sendero una buena alma obsesionada con el progreso regionalista. Viajando por el país se le ama y se deplora que esté subyugado por una aristocracia de políticos que lo desprecian.

Va el viajero admirando la exuberancia del bosque, la hermosura de la cascada que canta al trabajo, y lo abrupto de la escarpa, cuando un chiquillo que viene de la escuela rural del próximo caserío, con su pizarra bajo el brazo y la maleta de cuadernos al hombro, lo interpela y le dice:

—Ole, míster, usted busca minas? Allí, en aquel *cincho*, dicen que hay una muy rica..... Por aquel escalón yo he subido hasta allá.

Llega el excursionista abrumado de fatiga por lo escabroso del camino, en busca de alojamiento, a la parroquia de la jornada. Corre como fluido eléctrico la noticia por todo el vecindario; las mujeres lo atisban, los muchachos vuelan a anticipar la nueva al solitario hotel, los hombres de aire matrero que están parados en las esquinas de la plaza inquieran con el paje. «Es un ingeniero, trae la trípode»..... y la noticia llega instantáneamente al Sr. Presidente del Cabildo, quien deja a un lado yunque y martillo, pues también suele desempeñar las funciones de albéitar del lugar, se quita el mandil de cuero de vaca, se cala el chambergo y ocurre presuroso a ofrecer al recién llegado sus servicios.

—Una consultita, doctor! Como usted sabe, para comunicarnos con el pueblo vecino hay que pasar un río que no da vado cuando llueve, y hemos resuelto echar un puente. Los sábados se detienen horas enteras los vivanderos y muchas cargas se han ahogado....

.....

Y el viajero aplicado, pregunta que pregunta, llena su cartera de estadística agrícola, de cifras sobre riqueza del Distrito, de informes sobre el clima, de cuadros de nacimientos, defunciones y enfermedades predominantes, etc. Detiene su marcha, proyecta el puente y su costo, sin cobrar honorarios, afora la potencia mecánica del riachuelo y aconseja, además, el establecimiento de un molino del lado acá de la ribera.

Llaman las gentes el *viaje de las petacas* al andar sin mirar ni sacar enseñanza, y es de atribuirse a los ferrocarriles, automóviles y coches cerrados el creciente desvío de la literatura nacional por los asuntos «con olor de helecho» (tomando a tan escuálida entidad como objeto de la sátira), desde el desaparecimiento de aquella brillante generación de escritores y estadistas de la edad de oro de la República, a la que debió el nombre de Atenas suramericana.

Por mí puedo decir que a los viajes en Colombia debo más conocimientos que a mis escasas lecturas, más sentido indígena que a mis atavismos y más íntima noción patriótica que a mi Escuela.

Desadaptación, diría un sociólogo, es el nombre que corresponde a esa dolencia social que, si no se la combate, dará al traste con las costumbres, con

las características patricias, con ese sello original de los pueblos que los hace Naciones, con el fecundo y prodigioso amor al terruño y hasta con las fronteras en esta hora crítica de conquistas. La escuela social es la antecámara del cuartel; la colonización es más eficaz que el protocolo diplomático; la fortaleza nacional del trabajo es más respetable que el cañón y la muralla. Ser fuertes y poderosos es disponer de todos los recursos del suelo, más bien que mantener ejércitos con el sudor de un pueblo flaco.

De todo, por impertinente y fatigoso que sea, saca provecho el buen caminante; del lento andar de la mula, del sendero por la montaña y del utilitarismo parroquial, y extrae los jugos de la tierra, los encauza en la vida colectiva y alimenta con ellos un anhelo patriótico.

De las abandonadas salinas orientales, de la dehesa gratuita del Llano, de sus lejanas y escondidas labranzas, de sus soberbios ríos, de sus infelices indios y hasta de la garza real que pesca en sus pantanos, me he propuesto hacer un conjunto ligero y les he buscado un enlace de aplicación nacional.

De multitud de elementos dispersos y en estado caótico, sin concordancia recíproca y sin mutuas fecundaciones, se puede hacer una concatenación prolífica para que surja la vida y la riqueza donde no hay sino eliminación estéril de gérmenes, como en el Llano.

El Universo no es más que un concierto de elementos, los cuales, en estado de caos, constituían la *nada*: una Voluntad y una ley hicieron la Creación.

En orden a los elementos que hoy disipa el Llano hacia el vacío, como si fueran un río de sal que se va al mar, un caudal infinito de jugos alimenticios que se volatilizan en el aire, un cúmulo de existencias que se anonadan en el tiempo, la simple concepción de una voluntad que los aprecie y una ley económica que los utilice, constituiría un principio de vida de desarrollo acelerativo.

A dar entidad en el concepto nacional a ese sencillísimo principio de vida para la llanura oriental está consagrado este libro.

Acaso el sistema propuesto en él halle opositores, como por desgracia levanta todo plan patriótico, a título de que pudiera hacerse algo mejor. A falta de otro cualquiera que no se ha siquiera planteado en cien años, no parece juicioso seguir indefinidamente el de no hacer nada, en espera de un proyecto pomposo y con pretensiones de perfecto. Ensayar éste, simple en su ejecución y modesto en los esfuerzos que demanda; advertir sus defectos en la experiencia e irlo modificando y ensanchando al tenor del éxito, sería demostrar una buena voluntad en el obrar.

Solicito respetuosamente opiniones y mayores informes de las personas que residen en la región, y espero consultas de parte de aquellas que están llamadas a intervenir de un modo u otro en la obra del fomento patrio, aunque sean adversas al procedimiento propuesto. Traído este asunto por un humilde procurador al tribunal de la Prensa, hace saber que el silencio que pueda responder a su voz no le dolerá como escritor cuyas opiniones por descabella-

das se desdeñan, sino como colombiano cuyos anhelos de bién público no tuvieran eco en el Gobierno ni en el pueblo de un país que sucumbe por falta de administración.

MIGUEL TRIANA

Bogotá, mayo de 1913.



I

CAMINOS DE CORDILLERA

Informe general--Los trigos de Usme--Paso del Boquerón de Chipaque--El panorama del cuenco de Cáqueza--Grupos de población que van hacia el Llano--Paso fácil de los ganados. Aspecto climatérico del camino--Cáqueza de lejos--La batalla de 1816 y la emigración--Los trapiches de Cáqueza--Camino de cornisa--Puente de Quetame--Proyecto de camino por Fómeque.

El camino que de Bogotá conduce a Villavicencio tiene 22 leguas (110 kilómetros de longitud), las que se recorren en mula en dos días y medio, a paso lento. El piso es firme, en su mayor parte rocoso y de suaves pendientes. Las corrientes de alguna consideración que atraviesa se pasan por buenos puentes. Hay recursos abundantes de posadas y potreros en toda su extensión y los viajeros pueden encontrar modo de relevar sus cabalgaduras. El valor actual de los fletes, que han encarecido por la abundante conducción de plátanos a Bogotá, es de \$ 5 (*) por carga de 10 @.

Del extremo sur de Bogotá arrancan dos líneas de camino, la una en pendiente suavísima de carre-

(*) Siempre que se hable de pesos (\$) en estos escritos, se entenderán en oro, equivalentes a cinco francos.

tero, por la falda del cerro, hacia el boquerón de Chipaque, y la otra por la planicie de la Sabana en la vía de Usme hasta Yomasa, a legua y media, donde quiebra bruscamente al oriente, con inclinación de un 7 por 100, hacia el mismo boquerón de la cordillera.

Por el camino *de arriba* hay profundos lodazales en tiempo de lluvias y por el *de abajo*, en línea recta de camellón, bordado por las tapias de colindancia, se desarrolla monótono y triste como es la Sabana de Bogotá por el lado del sur, por un piso arenoso que levanta polvo al trote de los caballos. En esta parte los barrancos fronterizos, que el agua ha ido lamiendo verticalmente, semejan templos derruidos y ciudades moriscas. El río Tunjuelo acompaña y embellece en una parte el sendero y lo carcome en una de sus revueltas, dejándolo suspendido sobre la vega empradizada y esmaltada de alisos.

Las lomas áridas de las inmediaciones del pueblo de Usme se ven desarrollarse, pedregosas y tostadas, hasta el páramo de Pasquilla. En Yomasa se deja el plano de la Sabana de Bogotá y el camino asciende suavemente al boquerón durante una legua. Desde las eminencias de esta cuestecilla se ven a la derecha, en los repliegues del cuenco de Usme, grandes cultivos de trigo; a la izquierda, en un pequeño replán que azota el viento del boquerón y bajo un sol espléndido, giran al grito de los labradores alegres, unas tantas yeguas flacas sobre un montón de mies madura, para hacer la trilla. La escena tiene el más expresivo efecto agrícola.

El renombrado boquerón de Chipaque, por donde la cordillera da paso rápido y casi instantáneo al camino, está a 400 metros sobre el plano de la Sabana, es decir a 3,100 metros sobre el nivel del mar. Uno de los espectáculos sublimes de la naturaleza es el que ofrece la montaña negra erizada de picachos, los cuales durante las lunaciones hacen la fantasía de la noche. Allí, en este boquerón, boquete o desportillo del espinazo de la montaña, una bocanada de viento frío azota el rostro durante los cinco minutos empleados en pasar la encrucijada, adornada con las crucecillas que los viandantes de a pie ponen para celebrar la terminación de la subida y el cambio de panorama. La costumbre es tradicional: sobre el boquerón, un poco al sur, hay un adoratorio antiguo que consiste en una plataforma circular, desde donde se columbran las dos vertientes de la montaña y desde el cual saludaban los chibchas el sol naciente.

Allí el panorama que se desarrolla por el oriente es magnífico. El laberinto de estribaciones, de 20 leguas de espesor, que sostienen la gran mesa andina, se despliega con todos los matices del azul, desde la barrera amenazante de farallones abruptos, hasta el perfil delicado y brumoso que hace una especie de *suspiro* en el horizonte para confundirse con el cielo.

Desciende el camino al 8 por 100 por el fondo de un inmenso cuenco, con labores agrícolas en dondequiera que se detiene la mirada. Al pie y a la izquierda las veredas de Chipaque, parceladas con todos los cultivos de la tierra fría; a la derecha, el seno fecundo en mieses del Distrito de Une, donde parece

haber más labranzas que habitantes, y al frente las arrugadas vegas del río Cáqueza, matizadas con todos los verdes de la agricultura tropical.

Tras la primera fila de farallones de la izquierda de este panorama de promisión corre la hoya del Rio-blanco, formada por otro cuenco tan fecundo como el que se tiene ante la maravillada vista del viajero, donde demoran millares de propietarios rústicos en los colmados Municipios de Fómeque, Ubaque y Choachí. Y tras de la cumbre del cuchillón que detiene la vista por la derecha, hay otra hoya por la que corre un segundo Rioblanco y el río Sáname, donde están los Distritos agrícolas de Fosca y Gutiérrez. Reunidas éstas para formar el Rionegro, pasa este río por el último Distrito agrícola de Quetame que, junto con los anteriores, constituye la rica y condensada Provincia de Oriente de Cundinamarca, con 55,000 habitantes, que por el camino de Villavicencio tienen su movimiento comercial y colonizador sobre el Llano.

El río Guavio con sus afluentes, de la misma manera que el Rionegro con los suyos, abraza una rica y poblada cuenca de 44,000 habitantes que se mueven por Medina hacia el Meta.

El río Garagoa moverá un tráfico sobre la llanura de 43,000 habitantes sanos, robustos y laboriosos del Valle de Tensa, cuando se abra el camino de Macanal al río Upía.

El mal camino de Labranzagrande mueve hoy el comercio de la gran Provincia de Sugamuxi hacia el río Cravo, procedente de una masa cordillerana de 70,000 habitantes.

Por el camino de Támara hacia el río Pauto se mueve el comercio de la media hoya del Chicamocha recostada sobre la sierra nevada de Güicán, que forma la región de la alfalfa, con una población de 70,000 habitantes.

Y por último, por el camino en proyecto de Labateca al río Sarare se movería la Provincia de Pamplona, sin contar con varios pueblos de la de Cúcuta, con una población de 43,000 habitantes.

Los pueblos situados inmediatamente sobre los Llanos que tienden a la colonización de esta vasta explanada, con su comercio por los actuales caminos o en potencia, por falta de ellos, dan un total de población de 325,000 habitantes. No es computable todavía, por falta de exploraciones definitivas que precisen el camino de San Martín al valle del Magdalena, la población de las Provincias de Sumapaz y centro del Tolima que se movería por él hacia el Llano.

Por esos caminos, como por este de Villavicencio, la cordillera de cuencos fecundos en el criadero humano hace, como los ríos formados en ellos, sus derrames hacia la llanura. En algunos la obra de la propia colonización del cuenco no está concluída y ofrecen grandes extensiones de bosques baldíos o anexos a verdaderos latifundios de propiedad particular, de poco valor al presente y de ínfima aplicación actual. Tal sucede, por ejemplo, en la Provincia del Guavio. El ensanche y mejora de aquellas vías subdividirá la propiedad y mejorará sus precios, como ocurre en las descritas hoyas del Rionegro. Allí, en la Provincia de Oriente de Cundinamarca, está la despensa de Bogotá en los abundantes frutos

de sus labranzas y la provisión humana para la colonización paulatina de los Llanos de San Martín, en la superabundancia de su población. Terminar el camino de Macanal al río Upía sería poner un canal de desagüe al desborde de población del Valle de Tensa, más condensada que aquélla, pero casi inco-municada y estancada por la naturaleza de sus actuales caminos. Todas esas poblaciones indígenas de la banda del Chicamocha, que se extiende al pie del Nevado de Güicán, tales como Chita, Chiscas, Panqueba, Güicán, La Capilla, El Cocuy, etc., colmadas de indígenas mal alimentados en sus antiguos resguardos y empobrecidos por falta de expansión y movimiento industrial, tendrían sobre Casanare un fecundante ensanche y una segura redención económica.

Los ganados de *saca* de San Martín pasarían directamente al valle del Tolima por el camino de Arbeláez; los de Casanare vendrían, sin pasar el páramo que hoy los diezma, a las ricas praderías del valle de Sogamoso y Paipa, y los de Arauca por Labateca, inundarían los valles de Cúcuta sin pasar páramo alguno.

Por una especial disposición de este ramal de los Andes, tendiente a bifurcarse, después de recorrer los ríos sus amplios cuencos intercordilleranos, han tenido que romper una especie de segunda barrera que los separa de la llanura y corren por cauces estrechos, sin vegas, y por entre laderas empinadas y fragosas.

Los tres cuencos amplios de Fómeque, Cáqueza, y Fosca, se juntan en las inmediaciones de Quetame,

y el río que alimentaron, abre brecha por entre estrechuras y contrafuertes ásperos, hasta su entrada brusca a la llanura. El camino que se deslizaba por el fondo del valle de Cáqueza sigue cortado en corniza por aquellos contrafuertes. Puede decirse que la distancia de Bogotá a Villavicencio está promediada en el puente de Quetame, entre esos dos aspectos de lozanía agrícola por una parte y de serranía salvaje lo demás. La región de los cultivos, a su turno, está también dividida entre sementeras de papa y pastos, al rededor de Chipaque, y cañaduzales al rededor de Cáqueza. De modo insensible pasa de los de tierra fría a los de tierra caliente: la fecundidad del suelo y la suavidad del descenso en la primera parte contribuyen a dificultar la fijación del límite de las dos zonas. A una legua distante próximamente de Chipaque y a 2,000 metros sobre el mar, se distingue agazapada detrás de una cerca de piedra una raquílica mata de plátano.

Tomada la zona de la tierra templada, un perfume de vegetación florida se difunde en el aire tibio y ligero. El camino suaviza su descenso; partidas de mulas cargadas de frutas, tomates y huevos, cuidadosamente empacados, plátanos, yuca y panela, que vienen a los mercados de Bogotá, estorban frecuentemente el paso. Mozos robustos y de fisonomía casi rubia, festiva y franca, animan las mulas con interjecciones fulminantes; tal cual mujer a horcadas en bueyes hace parte de las caravanas hacia la capital, y muchos hombres maduros, de luenga barba y aspecto de propietarios rurales, se encami-

nan a la ciudad tras de sus cargamentos de comestibles, caballeros en yeguas de *valona* y *toconas*. En las frecuentes casas de la orilla del camino, pintadas de blanco y rojo, de corredor, sobre la explanada que forma el patio, se detienen momentáneamente los arrieros a tomar *guarapo*, o a despachar de pie y a soplo y sorbo una taza de *cuchuco* o *ajiaco*.

El rumor del tráfico se sucede alternativamente con el rumor del río Cáqueza, entre pedrejones, por cuyas vegas cultivadas de caña de azúcar y árboles frutales corre placentero el camino hasta el pueblo de este nombre, capital de la Provincia. Dos contrafuertes enfrentados, entre los cuales está tendido un puente de madera, cubierto de teja metálica y pintado de rojo, forman una cortina invertida que enmarca el gracioso paisaje de la falda fronteriza cubierta de cultivos sobre que se recuesta el poblado en escalones, con sus tejados vermellón, irregulares y altibajos, y la capilla blanca que corona un picacho final del suelo inquieto.

En mayo de 1816 libró el General Serviez en el sitio del puente que la posteridad ha dedicado a su memoria, una heroica batalla en retirada para darle tiempo de pasar la *cabuya* a la numerosa emigración que de huída de Morillo lo acompañaba al Llano. El paso de la maroma era lento para la muchedumbre que desde Chiquinquirá iba engrosándose al amparo de los pocos soldados que formaban el ejército: tímidos y delicados hombres de alguna edad, comprometidos en la revolución de la Patria boba, familias enteras de los próceres que andaban en armas por todo

el país, mujeres, niños y ancianos formaban la fila que pasaba lentamente la *cabuya*. El Capitán español, Antonio Gómez, sale en persecución de Serviez y le da alcance en esta interminable faena; la lucha es desigual y angustiosa: actos de un valor desesperado se cumplen allí para dar tiempo a que la *tarabita* vaya y vuelva de morón a morón cargada de gente indefensa y entontecida por el pánico; centenares de personas se arrojan al río, abundantísimo por las lluvias de mayo, y perecen ahogadas; los mil objetos que los emigrantes llevaban para amenegar las incomodidades de la marcha y del Llano estorban las operaciones y motivan una espantosa carnicería hecha por los españoles sobre los rezagados por defenderlos, para que a la postre quedaran abandonados como botín de guerra. Pasada la turba-multa, siguen los soldados de Serviez disparando desde la zaranda sobre el enemigo y se despliegan después sobre la banda opuesta del río para proteger el paso de la retaguardia. El inmortal Serviez pasa el último y con su propio sable corta el hilo!

Otra batalla, más costosa en víctimas indefensas que la anterior, debía librar Serviez antes de poner a salvo a los emigrantes bajo el seguro amparo del ejército del General Páez. El sitio de esta batalla, cumplida pocos días después para defender el paso del río Guatiquía, en vía para Casanare, se llama desde entonces el *Rincón de los muertos*.

Desde los solares del pueblo de Cáqueza, cortados en barrancos a plomo, se ven allá abajo, sobre las vegas del río, numerosos establecimientos de

caña y se oye el chirriar de sus trapiches de palo, y seguramente habrán de oírse también en la quietud de la noche los cantos de los bagaceros:

« Molé, trapiche, molé,
molé la caña morada,
moléla a la media noche,
moléla a la madrugada »!

.....

No se impacienta el lector desdeñoso de estas notaciones que flotan en un ambiente simpático, pero que sirven para caracterizar la índole de la colonización cordillerana hacia la llanura.

El plano inclinado que se desarrolla del otro lado del río, frente a Cáqueza, amplio y sin arrugas perceptibles, se columbra desde los balcones de la casa de correos y telégrafos, cubierto también de tablones de caña, verde pálido, bordeados de sauceras. Este rico partido del Distrito se designa con el nombre de *Vereda de Jirón*.

Las variantes que tan detalladamente proyectaba en 1872 el Dr. Restrepo en su libro, con brújula y aneroide en mano, como si fuera un ingeniero, para reemplazar las subidas y bajadas fragosas por donde hubo de pasar Serviez con su emigración, han sido talladas ya en forma de cornisa por todo el flanco casi vertical que estrecha el río Cáqueza, desde el paso de aquel francés ilustre hasta el de Quetame, tres leguas más adelante, a tres horas de marcha.

Es prudente *mañanear* en Cáqueza para recorrer este angosto y espeluznante sendero antes de que se desate el viento que después de las nueve sopla en

verano por el cañón del río; porque se corre el riesgo de que una bocanada de huracán haga perder en el desfiladero el equilibrio de la cabalgadura, con menoscabo de la osamenta del viandante, de la cual no quedaría sino polvo impalpable en caso de rodadura. Las recuas cargadas de caucho y plátano que vienen de Villavicencio, deben aguardarse en algún recodo propicio, y tomar el viajero el arrimo del talud para evitar contratiempos.

Desde el mirador de la cornisa, a más de 200 metros casi verticales del lecho del río Cáqueza, se ven las derivaciones de su ya apacible corriente, sus variables orillas, los hermosos cultivos de sus estrechas vegas, las acequias de irrigación que las fecundan, las techumbres de los trapiches, los árboles como cabezas de verdes clavos hincados en la alfombra del cultivo, los bueyes de labor, cuyas patas se ocultan bajo la amplitud del costillar, y los labriegos, de quienes se podría medir el diámetro de sus sombreros. El campo con sus acequias, con sus senderos, con sus cercas, con sus árboles de sombrío y valladar, con sus animales de labor y de cría, con el trajín de sus dueños, con el ruido de sus faenas, tiene una expresión de vida conjunta tomada por el viajero desde las alturas de la cornisa y a vuelo de pájaro.

Antes de llegar al puente de Quetame, por el cual se pasa de una cornisa a la cornisa del frente, cae a la cortadura el largo contrafuerte de Santana, procedente de los lados de Fómeque, filudo y ondulado como el espinazo de una iguana. De aquí has-

ta la entrada a la llanura, el río ya toma el nombre de Rionegro. El puente es colgante y queda al pie del pueblo de Quetame, algunas cuadras arriba del rígido que montó en 1873 el Sr. D. Juan Nepomuceno González Vásquez. Este se cayó unos diez años después de construído, porque los jugadores de *turmequé* de los contornos fueron sacándole las tuercas para utilizarlas como tejos. Cuando por los movimientos al paso de las cabalgaduras, se comprendió que la armadura estaba falseada, trajo al sitio a su costa el Sr. D. Sergio Convers al mecánico Juan N. Rodríguez y celebró con él un contrato de reparación *ad referendum*, parece que por la suma de \$ 60, el cual no fue aprobado por la económica Junta de caminos de entonces, a cuyo cargo estaba la conservación de la obra, porque a sus miembros les pareció demasiado caro aquel precio!

El actual puente colgante, de 25 metros de luz, hecho con alambre de telégrafo por un práctico, es un modelo económico para construir muchos otros del mismo tipo, muy general. Presta satisfactorio servicio para la temporada de lluvias, en que crece el Rionegro, pues en verano se pasa por entre el agua, con unos 50 centímetros de profundidad.

Quetame ha pretendido hacer un camino de cornisa por la banda izquierda del río, para comunicarse con Fόμεque, y lo ha logrado en un buen trecho y a poco costo, según informes. Este camino está llamado a tener más importancia de tráfico que el de Cáqueza, pues sirve a un grupo de población mayor y a un cuenco más amplio, aparte de que esa vía se-

ría más corta que la de Chipaque para comunicar a Bogotá con Villavicencio.

Aislado del tráfico el importante pueblo de Quetame, a donde nadie llega por el actual camino, derivaría innumerables ventajas con la ejecución completa de la variante que se ha propuesto. La ciudad de Fόμεque obtendrá de esta empresa más provechos que aquel pueblo, y cuenta con más recursos que él para coronarla.



II

REGIÓN GRANÍTICA DEL CAMINO

Geología del camino--Desfiladeros y mesas--La obra del río--Señales de un pueblo prehistórico--El viento de la llanura--Labor de una generación--La *tola* de Pipiral--Los quichuas en Choachí--Una serie de fuentes termales--La fatídica obra del papel moneda en la agricultura--Escuela de *jipatos*--Lo que se piensa en el alto que mira al llano.

Pasado el puente de Quetame, con la constitución geológica de la cordillera, cambian también el aspecto ameno del camino, en lo relativo al paisaje de los cultivos, y la naturaleza de su trazado. Al suelo cuaternario de las primeras diez leguas de cordillera, reemplaza el esqueleto granítico y porfiroide de la época primitiva en otras diez leguas. Dos períodos geológicos, distanciados inmensamente en el tiempo, se han emparejado y como ensamblado en esta cordillera mixta, para diferenciar dos regiones geográficas, dos facies económicas y dos grupos sociológicos de un mismo país.

La barrera cristalina la vence el río por medio de colmatajes sedimentarios durante una época de trabajo milenario, primeramente, y luego por medio de un trabajo de erosión, más lento y laborioso aún, al través del obstáculo eruptivo que determinó el col-

mataje y al través de su misma obra anterior; al respaldo de cada cortadura de la barrera, hecha por el río como por un serrucho hidráulico, hay una mesa sedimentaria de faldas rodadas.

Desde la quebrada de Contador, a tres kilómetros adelante del puente de Quetame, comienza el desfiladero de La Huesada, de seis kilómetros de longitud, tallado en la roca viva; luego vienen los colmatajes de las quebradas de El Naranjal y Quebradablanca, donde se asientan, respectivamente, los pequeños cultivos de Trapichito y Mundonuevo y los de Marcelita y Monterredondo, a cuyo pie está la primera cortadura del río. De la mesa de Monterredondo al fondo del valle se baja un escalón de más de 300 metros, por medio de un largo zigzag del 10 por 100. La quebrada de Las Perdices, en su colmataje, antes de la estrechura de Chirajara, formó a Mesagrande, por cuyo pie pasa hoy el camino, y desde la que se domina el cuchillón sedimentario formado también por la misma quebrada, el cual se apellida San Miguel, donde sucedió en la última guerra la batalla de este nombre, que libró el General González Valencia ocupante de Mesagrande. El desfiladero de Chirajara, de ocho kilómetros de longitud, tallado también en roca viva, que termina en Susumuco, es el verdadero despunte del filo de Chingasa que cierra el cuenco del Rionegro, para desviarlo hacia el sur, en larga y pronunciada curva, por medio de una de sus estribaciones basálticas, para arrojarlo hacia la estrechura final de Guayuriba, por donde entra al Llano. Esta última estrechura determina las mesetas sucesivas de Pipiral,

Colorada y Servitá, donde vuelve a haber pequeños cultivos. Transmonta el camino esta última con el nombre de Buenavista, apartándose del curso regresivo del río, para caer al Llano en Villavicencio. Tal es el trazo rápido de esta segunda parte del camino de montaña, en un tendido de 1,200 a 1,600 metros sobre el nivel del mar, análogo en sus peripecias al que cae a Medina y al que caerá a San Pedro de Upía.

Pero esta descripción general ofrece detalles interesantes que no es posible dejar pasar en silencio, por la natural impaciencia de conocer la llanura. Volvamos atrás. El desfiladero de La Huesada presenta uno de los espectáculos más interesantes de la vía: a la izquierda el peñón erizado de puntas de roca estallada por el taladro, por sobre el cual subía y bajaba con quebranto de las bestias, el antiguo camino; a la derecha, en lo profundo, el río rumoroso, haciendo su eterno trabajo de aserrador de la barrera; en la vertiente opuesta, la rica vereda de Guacapate perteneciente al Distrito de Quetame, entre las quebradas Piña y Taquetá, cubierta de cultivos de caña separados por sauces y eucaliptus. La altura media de esta exuberante vereda es de 1,400 metros sobre el nivel del mar, y su suelo es el más adecuado, por la facilidad que permite al regadío, para poner en ella el imponderable cultivo de la alfalfa, que alimenta cincuenta cabezas de ganado vacuno por hectárea! Destinadas esas tierras que hoy producen, por término medio, \$ 300 por hectárea en el cultivo de caña, al engorde de los ganados del Llano, producirían la enorme utilidad de \$ 1,000 con el cultivo de la alfalfa, me-

dante la fundación de establos para las reses de seba. Otro tanto puede hacerse extensivo, para el propósito de este libro, respecto de todas las grandes hoyas del Rionegro, Guavio y Garagoa, comprendidas como están entre los límites altimétricos del cultivo de aquel estupendo forraje, en Soatá y sus inmediaciones (*).

Pasado el desfiladero se entra en los terrenos de riego procedentes del cuenco secundario de la quebrada de El Naranjal, donde nuevamente se encuentran cultivos de tierra media. Un buen puente, construido en este año por el Sr. Ismael Romero G., salva el peligroso torrente cuyas aguas ofrecen un rico tesoro de fuerza. Desde la ribera derecha se columbra sobre el opuesto lado el alto barranco de sedimentación, labrado por aquellas aguas que corrieron en época no lejana por el sitio mismo de *Marcelita*, por donde hoy pasa el camino. También se columbra entre ese antiguo lecho y el Rionegro, la hondonada de un antiquísimo sendero, tallada por la planta humana al través de los siglos, acaso cuando la quebrada no había aún acabado de practicar su actual lecho.

No ha desaparecido de la mente la consideración sobre la traza prehistórica, cuando dos horas después, habiendo dejado atrás el trapiche de Monterredondo, se distingue del otro lado del Rionegro, sobre la vertiente del empinado cuchillón que separa las aguas de éste de las del Rioblanco que le entran frente a San Miguel, una nivelada meseta, restos del gran va-

(*) Véase: REVISTA DEL CENTENARIO--Provincia de la alfalfa, página 58.

lle sedimentario que cubría antiguamente el hoy atormentado cauce. La meseta está actualmente rodeada por taludes inaccesibles que carcome el río y en su recuesto se levanta casi vertical, como un paredón, la vertiente de la cuchilla que mira al nordeste, de modo que el sol la acaricia de soslayo al amanecer, antes que al resto del panorama. En esta pared, casi vertical sobre la meseta, hay unas pocas construcciones de piedra en seco, especies de murallas horizontales a flor de tierra, formando escalones estrechos en la abrupta falda, idénticos a los que el autor encontró en la vertiente del Guáitara, entre los ríos Sapuyes y Angasmayo (*). El objeto de esas construcciones, ora fuera como trincheras para defender desde lo alto la población de la meseta, ora fuera como adoratorios para empinarse en la cumbre a saludar al sol naciente, no puede adivinarse aun por falta de elementos de estudio de nuestro pueblo prehistórico, que a la larga irán descubriéndose; pero lo que sí denuncian por lo pronto es la identidad de costumbres y acaso de origen de los indios de ésta con la lejana mesa de Túquerres, y eso por sí solo es muy importante para la etnografía nacional.

Pasa las cómodas posadas de *Guayabetal* y *San Miguel*, mira al frente la boca del Rioblanco, sobre la cual hay una primorosa meseta que hoy menosprecia su dueño y que valdría cien veces más cubierta de alfalfa, y entra el viajero en el célebre desfiladero de Chirajara, angosto, pedregoso y festoneado de hele-

(*) Véase: POR EL SUR DE COLOMBIA--*La familia del Putumayo*. Página 239.

chos y orquídeas. De *San Miguel* para adelante se dejan atrás los pajonales que vestían por uno y otro lado los cerros parados que estrechan el río. La vegetación arborescente engalana la falda de la derecha, la cual le da el aspecto de un paño motoso, en veces matizado por la florescencia del ocobo, el guayacán o el sietecueros. A la vera del camino las lianas en velo de hilados festones, los arbustos colmados de extravagantes flores de olor acre y los helechos con sus palmas destelladas, cierran el espectáculo del río, atenúan suavemente la luz y le prestan al ambiente suavidad y perfume.

La cascada de Chirajara, como una ninfa del paisaje, se desprende de lo alto de una cañada pedregosa, por entre musgos y salta en espumas por sobre los negros monolitos que le obstruyen el cauce. Al paso del puentecillo de madera que salva la cañada, se contempla con fruición este raudal de lirios blancos entre el bosque sombrío.

En la época del verano en la vertiente oriental, es decir, de noviembre a marzo, se establece un viento rastrero del lado de la llanura en las horas del mayor calor, que al encañonarse por el abra del río, azota tremebundo los contrafuertes de la montaña. Apresurada la velocidad de este viento en las estrechuras, es tal su ímpetu que las caballerías vacilan en su marcha cuando les da de costado o cuando las atolondra a fuerza de pegarles de frente. Los cultivos desaparecen en estas laderas escarpadas y los cerros, ora desnudos, ora cubiertos de bosque, adquieren la adustez de la montaña. La parte de cerro bastante

inclinada, donde es imposible que se sostenga la vegetación arborescente, se cubre de paja, la cual suelen incendiar los colonos y cazadores durante el verano, con lo que quedan a descubierto las aristas pétreas de la serranía. Desquiciadas las yuxtaposiciones por los varios agentes que trabajan sin descanso en la obra geológica, descienden sobre el camino aludes de pedrisco y cascajo hacia el río y es el huracán el iniciador del derrumbe. Hay cañadas donde el rodadero es constante y al través de las cuales la existencia del camino es efímera. Adelante de la cascada hay una cañada que se salvaba por medio de un viaducto de madera de dos tramos, cuyo apoyo central era la punta aguda de una roca saliente que se avanzaba en el frente del rodadero. Al paso de los ganados en hilera los tableros se balanceaban sobre la arista de aquella nariz de la montaña. Hoy en este y otros puntos se ha reemplazado el viaducto por un corte firme en la roca, y aquí, en el más largo, se ha puesto una balaustrada sobre el abismo.

Para descender a la quebrada de Susumuco, límite del Departamento de Cundinamarca y donde comienza la Intendencia nacional del Meta, hay una sección de camino trazada personalmente por el Sr. Dr. Emiliano Restrepo, en línea del 8 por 100 en el bosque, como lo hubiera hecho todo un ingeniero. Los hombres de esa vigorosa generación, no reemplazada para desventura del país, fueron luchadores en todos los campos: contra la rutina colonial abrieron a la industria nuevos horizontes; contra la psicología medioeval levantaron cátedras y escribieron libros, hoy

insuperables; contra el feudalismo incrustado en la economía social redimieron el trabajo e hicieron la ley igualitaria; contra el prejuicio, hoy nuevamente en boga, del mal lote en el reparto herencial de las naciones suramericanas hicieron estudios de verdadera savia indígena, construyeron caminos, fundaron empresas de transporte y se anticiparon al porvenir en sus ensueños de grandeza por el país, y contra la desadaptación de los mestizos que presumen de europeos, que ha vuelto a aquejar las entecas generaciones de pseudo-científicos y pseudo-escritores que se han venido sucediendo después, estudiaron el país, sus peculiaridades y sus costumbres nativas, para descollar como geógrafos, sociólogos y poetas de aliento original.

En suave pendiente se asciende a la mesa de Pipiral, que venía columbrándose de tiempo atrás a cada revuelta del camino. En la cabecera de la mesa hay una casa abandonada y en sus contornos el rastrojo invade lo que fue dehesa pocos años há. Domina la mesa un montículo al parecer artificial, de forma contorneada y perfectamente regular, semejante a las *tolas negras* de la mesa de Túquerres (*) que, junto con lo de los cimientos de la falda frente a *San Miguel*, constituye un fuerte indicio de que los *quillasingas* tuvieron por aquí sus colonias. La palabra *Choachí*, *Chuhuachí* o *Chi-gua-chí* (como dicen los campesinos) con que se designa todo un Municipio en la hoya del Rionegro, tiene raíces quichuas, indicati-

(*) Véase: POR EL SUR DE COLOMBIA--*El criadero indígena*, página 59.

vas de agua caliente o fuentes termales, en que abunda la región **.

Al descender a la quebrada de Pipiral, se extiende la vista hacia el amplio cuenco solitario e inculto que alimenta esta corriente y se piensa en que probablemente en otro tiempo estuvo aposentada allí una gran colonia quichua.

El puentecillo de Pipiral, a 800 metros sobre el nivel del mar, es el punto más bajo de esta vía y a sus inmediaciones brota una fuente termal a 50° de temperatura, la primera e inferior de la serie que sigue por la hoya del Rionegro: en Quetame, a la orilla del río, a 1,200 metros sobre el mar, está la segunda, de 38° de calor; en Fómeque está la tercera, a 1,700 metros, con temperamento de 31°, y en Choachí está la última, a 1,900 metros y 54° de calor. Son cloruradas en esta serie las de suave temperatura, lo que parece probar que el banco salino que atraviesan no es muy profundo, y son sulfurosas las que pasan por bancos profundos y vienen a más de 50°.

Aquí presenta la cordillera su base basáltica, y el camino tiene un ascenso suave hacia el lomo de Buenavista, a 1,250 metros sobre el mar, apartándose más y más del curso del Rionegro. El vecindario de Servitá empieza a presentirse por la presencia de casitas habitadas por gentes anémicas, y cultivos dispersos. La quebrada Colorada es la última corriente, por cierto de muy poca significación, que atraviesa el camino antes de caer a la llanura.

** El gentilicio anticuado de los indígenas de allí era *chiguanos*.

Sobre la garganta de Servitá, a uno y otro lado de ella, tuvo el Dr. Restrepo dos haciendas, de caña la una y de café la otra; ambas están arruinadas e invadidas por el rastrojo. En la de cañas sólo subsiste, como una irrisión, un cañón de chimenea por el que se levanta frondoso un árbol, cuya edad cuenta los años del papel moneda en Colombia. Sobre la fértil vega del Rionegro, en la curva que envuelve el ganglio de Buenavista, hay otra hacienda de cañas, arruinada también, perteneciente a otro trabajador inteligente y tenaz, el Sr. D. Ricardo Jaramillo. 200,000 arbustos de cafeto tenía el Dr. Restrepo en el cuenco de la quebrada de San Lorenzo, afluente del Guatiquía. La crítica agrícola enmudece y un sentimiento de profunda tristeza se apodera del ánimo al contemplar los pródigos esfuerzos de la inteligencia y el trabajo anonadados por la estolidez de un Gobierno banderizo que apeló para sostenerse a un régimen económico suicida!

De todo esto ha subsistido, sin embargo, un germen de civilización: una escuela rural que reúne los niños del contorno en número de 25 alumnos, pálidos y *jipalos*. No pasa un hombre de aliento por un terreno que le fue desastroso, sin que deje siquiera una huella de luz!

De la Colorada a Buenavista hay unos 7 kilómetros por el espinazo del ganglio. La casa de Buenavista, de agradable aspecto y enfrentada hacia el oriente por el abra que mira al Llano, prepara el ánimo del viajero para presenciar un espectáculo sublime. No siempre se disfruta de esta vista magnífica,

porque en verano el humo de las quemas y en invierno las nieblas, opacan el aire. En todo caso, se ve la faja de bosque que orla el pie de la cordillera; más allá, un resplandor de sabanas, y en línea recta, hacia el oriente, la cinta sinuosa del río Guatiquía; después, una vaguedad de infinito!

Este es un sitio de pensamiento: el poeta tiene un cuadro de emociones que se escapan al lenguaje vulgar; el filósofo deduce altas concepciones religiosas en presencia del sol naciente, como padre de las múltiples teogonías humanas; el sabio calcula la potencialidad de los gérmenes que la llanura disipa en el espacio, como el sol en el vacío sus energías poderosas; el sociólogo concibe el movimiento migratorio de los hombres en esa prolífica región, y el patriota, hijo de la República olvidadiza de sus tesoros, suspira por un Gobierno simplemente administrador de las inmensas riquezas que allí se pierden!

III

ETAPA DE LA COLONIZACIÓN

La ilusión del dulce--Villavicencio y las otras poblaciones del pie del cerro--Gravitación social--La autoridad se diluye--Demografía sanitaria de la Intendencia del Meta--El mal clima--Instrucción pública--Criminalidad--Fundación de Villavicencio.

Entre Buenavista y Villavicencio hay 700 metros de diferencia de nivel que se descenden por un camino amplio y cómodo del 10 por 100, de 7 kilómetros de longitud. A la derecha del viajero se va formando la cañada profunda por donde corre el río Parrado, cuyas aguas prestan alimento a la acequia que baña la población y al estanque de cemento que le sirve de acueducto.

Una cosa simpática, de ninguna aplicación para el objeto del presente libro, se conoce antes de llegar al pueblo: un árbol raro, plantado en medio del camino, al que designan los vecinos con el nombre de *árbol de la despedida*, porque bajo sus ramas se hacen las promesas del «no me olvides.» La rareza del árbol consiste en que al masticar sus hojas producen una dulzura intensa. La cantidad de azúcar que hubiera de contener la savia de esta planta sería tal que con una hojita podría endulzarse un vaso de agua. Des-

pués de saborear una pulgada de la hoja de este árbol de los recuerdos, se siente la necesidad de tomar agua fresca. Todavía hay algo más curioso en este árbol y es que el dulce de sus hojas es ilusorio como las promesas del recuerdo. Hervidas estas hojas, con el objeto de recoger la sustancia sacarina que hubieran de contener, no producen nada: el sabor dulce es el resultado de una mera combinación química con la humedad ácida de la boca.

Un aire de alegría se nota en la atmósfera, o más bien refresca el espíritu del viajero al acercarse a Villavicencio: no se ve el pueblo, pero se siente el aliento de su vida. A la derecha murmura el riachuelo de Parrado, de cuya orilla arranca la acequia de alimentación del vecindario: a la izquierda se extienden los esmaltados potreros de *El Triunfo*, salpicados por filas espaciadas de árboles de cañafístola, esbeltos y delgados como adolescentes.

La población, hoy de 2,400 habitantes, constante de unas 400 a 500 casas de teja metálica o de astilla, es de muy atrayente aspecto, y disfruta de las comodidades necesarias para servir de punto de escala para entrar al Llano. Lo que se diga de ella puede aplicarse más o menos, por un procedimiento de generalización, a las demás que, como ésta, están al pie de la cordillera, en el extremo oriental de los fragosos caminos de montaña que sirven de sendero a la corriente colonizadora, procedente de las tierras altas. Medina, Marroquín, Nunchía, Moreno, etc., son otros tantos puntos de escala, análogos a Villavicencio, a los cuales son aplicables las deducciones gene-

rales que se desprenden de las observaciones hechas en relación con ésta. Allí se detiene el colono para atemperarse a la vida del desierto y para apercibirse a las necesidades de la soledad relativa que lo aguarda, andando hacia el oriente. Villavicencio y las otras poblaciones del pie de la cordillera son los puntos de apoyo a la civilización de la llanura. La base de población que allí existe es un almacén de vida para expandirse lentamente, por los ríos y caños que descienden al Meta, en pequeñas empresas agrícolas que irradian de aquellos centros, donde se proveen de recursos los colonos y a donde afluyen después con sus cosechas.

Otros 2,400 habitantes rurales forman en Villavicencio la población colonizadora del Distrito. Hay al rededor del pueblo, a algunas leguas a la redonda, más de 500 pequeñas labranzas de campesinos, constantes de platanares, cañaverales con trapiches de madera y manubrio que llaman *matagente*, arrozales, tal cual mata de cacao y café para el consumo doméstico y proporcionales cultivos de yuca y taberna para el mismo efecto. Es pertinente repetir que otro tanto sucede en todos los Distritos del pie de la cordillera, desde San Martín hasta Tame, con una población total no menor de 50,000 habitantes, la mitad de los cuales por lo menos son agricultores ya establecidos con pequeñas fincas dedicadas a los mencionados cultivos en mínima escala, en más de 5,000 labrantíos. Con esta base de población agrícola, convenientemente aconsejada y auxiliada con elementos, medios de transporte y agencias de expor-

tación y venta de sus productos, se podrían transformar los Llanos casi de repente en un emporio.

Es Villavicencio el asiento de las autoridades políticas y eclesiásticas que gobiernan el Territorio nacional del Meta, o mejor dicho, que irradian el principio social hacia la llanura. Asimismo, los otros pueblos del pie del cerro y las salinas que se extienden en serie, desde Upín hasta Muneque por toda la vertiente oriental de la cordillera, constituyen el vínculo y el atractivo de la vida civil entre la República y sus inmensas llanuras que riega el Meta. Es verdad que la distancia y la relativa soledad interpuestas amortiguan en proporción la influencia de las autoridades de ambos órdenes, de modo que las gentes que viven por aquellos retiros están sometidas al Gobierno y a la Iglesia por una obediencia enteramente voluntaria y tenue. Allá, abajo, cada cual acepta hasta donde se le antoja la obligación de la ley, sea ésta o nó del orden temporal o eterno. Pero, valga la influencia de la sal o el temor del infierno, la índole benévola de los habitantes del bajo Llano se inclina ante la vara endeble de un Comisario rústico y confía a la eficacia de una oración la ventura de la vida pastoril. La *Autoridad*, que aún los ciudadanos sólo concebimos bajo la forma del sable y el bastón, no aparece en el centro de la llanura sino bajo un símbolo intangible y sin brillo. La ubicación de un gobierno civilizador en el centro de la llanura, en Orocué, por ejemplo, constituiría allí el centro nervioso de una nueva entidad nacional. Sería entonces Orocué, como es hoy Villavicencio,

el asiento de una autoridad más eficaz que la simbolizada en el sable: la autoridad del centro social, cuya fuerza de cohesión forma el Estado. El Gobierno, susceptible de modalidades, es simple vehículo de esta única fuerza de vida social, la cual consiste en la solidaridad del pueblo, con sus ideales, sus tradiciones, sus costumbres, sus vínculos económicos y sus instituciones nativas o indígenas. El apoyo recíproco de cada ciudadano y de cada ser humano, en favor del que le queda vecino en el conglomerado, sea en materias de derecho, sea en materias de mera nutrición, es lo que se llama vínculo social. La condensación pobladora solidifica ese vínculo y forma las aldeas, las ciudades y las naciones. Debilitado el vínculo social, los hombres se dispersan como en la penumbra de un foco calorífico, hasta donde llegan tenues o no llegan los principios vitales de la entidad colectiva. La egida de las Naciones es la ley del amor: si éste desaparece, se desvincula el organismo: esto en cuanto al apoyo recíproco en materias de derecho. Cuando el pastor de la llanura es capaz de asegurarse la vida material sin el apoyo de su vecino y carece del amparo social, por la lejanía o incuria de las autoridades, principia para él la vida del desierto, donde no hay más Dios que el sol ni más derecho que el que le asegura el calibre de su carabina.

Tenemos en nuestro mapa una gran región delimitada por líneas precisas; pero no tenemos dentro de la *República*, cuyo nombre abraza el mapa, esa región *nuéstra*. Entre Bogotá y Cáqueza hay un ca-

mino; entre Cáqueza y Villavicencio hay un sendero; entre Villavicencio y el río Meta hay un rumbo de brújula. El centro de energías que, bajo el nombre de Gobierno, existe en Bogotá obra de modo relativamente eficaz sobre el pequeño núcleo de Cáqueza, de una manera tenue sobre Villavicencio y no obra sobre los lejanos Corregimientos del Meta. Reforzar el centro de atracciones de Bogotá, no por medio de atribuciones dictatoriales al Gobierno, sino por medio de capacidades económicas y morales del principio social que allí reside, es aumentar la extensión vital del país.

Hay en Villavicencio un Intendente sin iniciativa legal, sin recursos y casi sin agentes remotos que transmitan su autoridad: un Intendente nominal; un Cuerpo de gendarmería con 25 hombres, un Juzgado de Circuito en lo civil y otro en lo criminal, sin secundadores lejanos, como el Intendente; un Alcalde y un Consejo municipal constante de 5 vocales, también encerrados en un estrecho círculo de iniciativas como todas las Municipalidades de la República. Además, funciona en esta población una laboriosa Junta de caminos, a cuyo cargo está la reparación de las vías nacionales, con los escasos recursos que ofrecen los peajes.

Es Villavicencio Sede episcopal, residencia del Sr. Obispo del Meta, sin Catedral, Capítulo ni Seminario. 10 o 12 padres de la Orden marista, desempeñan con actividad y celo el ministerio sacerdotal entre los curatos de Villavicencio, San Martín, Uribe, Cumaral y Cabuyaro. La inmensa extensión de estas

Parroquias hace difícilísimo, si no imposible, con tan reducido personal eclesiástico, la administración de ellas en la época del invierno, el cual llena los dos tercios del año.

En semejantes circunstancias se comprende que serán irregulares e incompletos los datos de nacimiento y defunción de una población tan dispersa como la del Territorio del Meta, a que se refieren las cifras siguientes, tomadas de los libros parroquiales:

1912	NACIMIENTOS			DEFUNCIONES			DIFERENCIAS	
	legítimos	ilegítimos	suma	Adultos	Parvulos	suma	En favor	En contr.
Villavicencio	127	35	162	152	125	277	..	115
San Martín..	49	25	74	59	31	80	..	6
Cumaral....	38	12	50	22	13	35	15	..
Uribe.....	14	19	33	7	1	8	25	..
Cabuyaro...	13	18	31	(?)	(?)	(?)
Totales.....	241	109	350	240	170	400	..	50

El 31 por 100 de los nacimientos son ilegítimos; el 42¹/₂ por 100 de las defunciones tienen por víctimas a los niños; se nota una diferencia en contra de la población de 12¹/₂ por cada 100 de los que nacen.

Habitantes

El censo de 1912 arrojó para Villavicencio 4,337
Para el resto del Territorio del Meta..... 4,529

Total..... 8,866

Comparada la mortalidad con estas cifras, resulta para Villavicencio el 63.8 por 1,000 y para el conjun-

to de los cinco Distritos el 45.1 por 1,000. Sin incluir a Villavicencio, la mortalidad del resto del Territorio es el 30 por 1,000, coeficiente inferior al de las siguientes capitales americanas:

Méjico.....	48.5
Lima.....	34.7
Caracas.....	33.8
Santiago.....	32.6

El mal clima de Villavicencio se debe a la humedad de su atmósfera, rodeado como está por el bosque, y a las diferencias de temperatura entre el día (28° a la sombra) y la noche, durante la cual baja a 18°. Pero estas dos circunstancias, comunes a muchísimas poblaciones colombianas que no tienen fama de mal clima, no son suficientes para determinar una mortalidad tan alarmante como la apuntada. Ella se debe a la falta de higiene: allí se hace la aclimatación de los colonos, procedentes de las tierras frías de la cordillera, que bajan al Llano en busca de trabajo: el serrano duerme al sereno, porque en las habitaciones siente calor; no se cambia las ropas mojadas, porque con ellas no siente frío; come frutas inconsideradamente y de preferencia a otro alimento, porque ellas son gratuitas; busca trabajo inmediatamente y se le destina a labores a la intemperie, con un sol de 50°, causa de las fiebres perniciosas, y a merced de las lluvias súbitas, origen de las pulmonías. La falta de alimentación nutritiva la disimulan las gentes, desde Villavicencio hasta el Orinoco, con el uso permanente del café tinto, el cual, en vez de alimentar, distrae el apetito y entretiene los jugos

gástricos, cansando, como la coca, el té y otros estimulantes, el engaño de la nutrición por el levantamiento artificial de las fuerzas. Una deficiente alimentación, unida a los efectos debilitantes de un clima templado y húmedo, con la anemia, predispone el organismo a toda clase de enfermedades. No sólo por conveniencia sino por caridad, deberían los dueños de fincas y patrones de empresas en el Llano imponer sobre sus concertados reglamentos higiénicos, construir dormitorios altos y bien ventilados y suministrar alimentos nutritivos. El Gobierno debería fomentar la concurrencia de médicos a la región, por medio de auxilios en dinero a los que ejerzan, donde la clientela doliente no alcanza a pagar facultativos y se conforma con la medicación, en veces venenosa, de los *teguas* y con los sortilegios de los hechiceros que hacen por allá el oficio de médicos. Los facultativos ambulantes, costeados por el Gobierno, para combatir por medio de la leche del higuierón la anemia tropical, reduciría en breve plazo el espantoso coeficiente de la mortalidad en Villavicencio y sus contornos.

La corriente colonizadora del Llano, digna de todo apoyo, puede medirse por la observación de que, no obstante la diferencia en contra que arroja la mortalidad sobre la natalidad, el número de habitantes de Villavicencio se ha duplicado de 1905 a 1912.

En el Territorio del Meta hay 11 escuelas, con una asistencia media de 40 alumnos por escuela; de

modo que corresponde una para cada 800 habitantes.

La concurrencia en 1912 se descompuso así :

Varones.....	236
Mujeres.....	218
<hr/>	
Total de alumnos.....	454

En Villavicencio hay dos escuelas de varones a cargo de maestros laicos, y una de niñas a cargo de una hablísima y recomendable Comunidad de religiosas francesas.

La estadística criminal, llevada en el Juzgado del ramo en Villavicencio, arroja las siguientes cifras para la Intendencia del Meta durante el año de 1912 :

<i>Delitos de sangre</i> (homicidios, heridas, riñas, tentativas, etc.).....	47
<i>Delitos contra la propiedad</i> (hurtos, robos, estafas, contrabandos, etc.).....	30
<i>Delitos contra la honestidad</i> (amancebamiento, incestos, raptos, forzamientos, adulterios, etc.)	15
<i>Delitos varios</i> (perjurios, calumnias, vagancia, etc.).....	27
<hr/>	
Suma.....	119

Predomina, sobre todos, el delito de heridas, el cual alcanza la cifra de 37, debido al abuso del aguardiente y el *guarapo*. Entre los delitos contra la propiedad predomina, con la cifra de 16, el hurto, y predomina entre los delitos contra la honestidad, con la cifra de 9, el amancebamiento. Como se ve, dada la lenidad del vínculo social en estas apartadas regiones y la ineficacia de las autoridades, el número

de los delitos es relativamente insignificante; lo cual habla bien, en primer lugar, de la índole de los habitantes que ofrece por sí sola garantías de seguridad, no obstante estar la región injustamente acreditada como refugio de malhechores, y en segundo lugar y por sobre todo, habla en favor del bienestar económico que la misma región ofrece como eficaz contra las malas pasiones que la miseria exalta. La cólera, la envidia y la lujuria son hijas de la miseria!

El desliz del amancebamiento, propio de la vida semisalvaje del Llano, del cual hablan mejor informados los libros parroquiales que la estadística del Sr. Juez del Crimen, con su tercio de hijos naturales, parece que va en disminución a medida que se desciende al bajo Llano, merced a la necesidad que tiene el hombre en el aislamiento de la pampa de asegurar por medio del Sacramento indisoluble, a la compañera de sus fatigas.

Al folio 1.º del *Libro de bautismos* número 1, correspondiente a los años de 1852-1872, halló el Sr. Obdulio Pardo la siguiente curiosa partida:

«En el año de 1840 algunos de los transeúntes a sacar ganado de San Martín vieron que éste era un punto ventajoso para la fundación de un lugar; ponderaron a los de Quetame y Fosca esto, hasta que Esteban Aguirre (de Quetame) tomó la resolución de venirse con su familia y, como le fue bien por la grande fertilidad de la tierra y el mucho marisco (1) que hallaba. Viendo esto, el año siguiente se vinieron Martea Fernández con su esposo Francisco Ruiz, Librado Fernández, yerno, Silvestre Velásquez

(1) Animal de monte.

y Francisco Ardila, quienes comenzaron a hacer casas y estancias y se establecieron; y viendo que éstos se amañaban, fueron viniendo del reino todos los acosados por deudas y delitos. A fines de julio de 1852 se recibió de Jefe político Sr. Nicolás Díaz.»

El camino de San Martín a Bogotá trasmontaba entonces por el que pudiera llamarse *Boquerón de Frederman*, y corría por la hoya del Rionegro, cuesta arriba y cuesta abajo, por los fragosos cuchillones que caen a plomo a dicho río. No habían ensanchado todavía los vecinos de Quetame la senda que precedió al actual camino del Meta, y sólo se transitaba con ganados de San Martín la que pasaba por Fosca. Al explorador Esteban Aguirre, cazador de *marisco*, se le ocurrió excursionar a largo radio y sin senderos esta selva que cae como la orla de un manto real sobre la llanura. Llor a los cazadores de marisco!



IV

EL ORO DEL ARIARI

De Villavicencio a San Martín--El Guayuriba y el Rionegro--Disquisición geográfica--Proyecto de un puente colgante--La rival de San Martín--Caminos redentores--El de San Martín al Tolima--Recuerdos de la Conquista--*Ari! ari!*--Leyendas del oro--Los aluviones auríferos de San Martín--Una vieja inscripción castellana en la montaña--Rivalidades entre el oro y la sal.

Dista San Martín de Villavicencio unas 12 leguas, hacia el sur, por sendero plano al pie de la cordillera, en gran parte bajo el sombrío delicioso del bosque.

Después de tres horas de marcha se encuentra un riachuelo que nace en la serranía, a poca distancia de la llanura y que recoge aguas límpidas y de tal modo escasas, que apenas alcanzan a mojar la cerneja de los caballos. No se comprende por qué, después de haber estado llamando Rionegro en la intercordillera a la corriente que nace con este nombre por los lados de Fómeque, se designa este riachuelo con el mismo nombre y se le da a aquél, al entrar a la llanura, el nombre de Guayuriba. Esta es una de tantas anomalías geográficas, hijas de la ignorancia y estupidez de los cazadores, elevadas a la categoría técnica por los exploradores científicos.

Pocas cuadras adelante se encuentra el amplio lecho de este último río, en desparramaderos de arena y cascajo, abundoso y sucio por causa de las primeras aguas que recoge en la llanura, procedentes de la quebrada Sardinata que lava un gran rodadero visible a larga distancia en la banda opuesta. Las orillas de esta quebrada blanquean por la cristalización de la alcaparrosa o *alumbre de roca* (sulfato ácido de alúmina y fierro), de que vienen saturadas las aguas hasta hacerlas perfectamente impotables.

Varias leguas abajo puede volverse a ver el pequeño *Rionegro llanero*, considerado erróneamente como un brazuelo del Guayuriba, y analizar sus puras aguas que continúan límpidas bajo la floresta hasta su unión con el Guatiquía, al extremo de las sabanas de Yacuana.

La proximidad de los cauces del Guayuriba (*Rionegro fomequeño*) y el *Rionegro llanero* ha logrado confundir sus nombres y acaso en invierno se confunden también sus aguas, de modo accidental, por la inundación de las vegas; pero la independencia de las dos corrientes en verano está perfectamente establecida, sin que pueda presumirse que la una dependa de la otra.

Para salvar el Guayuriba hay en la vía de San Martín una frágil y peligrosa canoa para las personas y un vado, más peligroso aún, para las caballerías y ganados, que se pasa a nado en invierno y con el agua al vientre de las bestias en el mayor verano.

San Martín y sus hermosas y fértiles sabanas están materialmente excluidas del camino del Meta o

de Cáqueza, descrito atrás. Y téngase en cuenta que las tres quintas partes de los ganados del Territorio del Meta están en las sabanas de San Martín.

En este sitio no es posible hacer puente, por falta de orillas altas y por el grande explayamiento del cauce; pero podrían levantarse morones para el establecimiento de una falúa, a fin de disminuir las inúmeras dificultades y pérdidas que sufren los ganaderos para el transporte de sus productos anuales.

El sitio del puente hay que buscarlo al pie mismo de la cordillera, distante legua y media arriba, aunque luégo sea indispensable hacerle una variante al actual camino. Andando río arriba por el lecho pedregoso y tornadizo, durante dos horas, se llega al preciso lugar donde la cañada del *Rionegro* desemboca en la planicie bajo el nombre de Guayuriba. Allí está el único punto donde la corriente está encauzada entre dos riberas firmes, una de las cuales de piedra de labor, suministrará sillares para los estribos (1).

(1) El puente colgante fue proyectado por el autor, a instancias del Sr. Intendente y de la honorable Junta de caminos. Como en este afortunado país hay dos especies de servidores públicos, unos *dominantes* que reciben remuneración y otros *tributarios* de quienes se espera trabajo gratuito, es conveniente hacer saber en esta nota que el autor pertenece a la última clase y que todos los informes contenidos en este libro no le han representado a la Nación ningún gasto.

Los resultados del cálculo del puente, aunque fastidiosos al lector, se incluyen en seguida para que sirvan en casos análogos:

Dimensiones del tramo--Luz, 62 metros; flecha de los cables, 6 m.; anchura del tablero, 2.50 m.; espesor y flecha del mis-

Los vecinos de San Martín han comprendido la urgencia de ponerse en comunicación con Bogotá por un camino corto y que no ofrezca, como el actual por Villavicencio, las contingencias del río Guayuriba. Al efecto, pretendieron reponer sobre trazo racional el que pudiera llamarse *sendero de Frederman*, que los pondría en igualdad de condiciones que su rival, tomando la banda derecha del Rionegro hasta el puente de Quetame; pero el costo que esta variante les demandara fue superior a sus recursos y hubieron de dejar perder los gastos invertidos en la intentona.

La vía que los sanmartineros han debido buscar

mo, 0.45 y 0.60 m., respectivamente; alto de la baranda, 1 m.; diámetro de las sesenta y dos péndolas, 0.023 m., con una longitud total de 422 m. Longitud de los cables, 250 m.; sección total de éstos, 0.m.²0038, la cual está formada por tres cables parciales, para mayor facilidad en la construcción, con un número total de 303 alambres de telégrafo, de 0.004 m.; longitud total de hilo de alambre, inclusive el empleado en péndolas y 1,562 m. de amarres, 79 kilómetros.

Peso del puente--Peso del tablero y la baranda, 11,966 kg.; peso de los cables y péndolas, 8,000 kg.; peso de la carga viva procedente del número de novillos que caben en el tablero, 11,250 kg.; peso total del puente cargado, 31,216 kg. (Números redondos, 32 T.)

Dimensiones de la mampostería--Altura de los estribos, 5 m.; espesor de los mismos y del cimiento de un lado, pues en el otro es rocoso el suelo, 1 m. 50; profundidad de éste, 3 m.; desarrollo de los mismos y de cada uno de los estribos, 5 m.; volumen de lo anterior, 100 metros cúbicos.

Dimensiones de las torres--Altura, 6 m.; sección superior, 0.75 m. x 0.75 m.; sección inferior, 1 m. x 1 m.; volumen de las cuatro torres, 19 metros cúbicos.

de tiempo atrás y la que deben recomendar a la solicitud del Gobierno, es la que los pondrá en directa comunicación con el valle del río Magdalena, pasando por cerca del páramo de Sumapaz.

A este propósito dice el Sr. Dr. Elisio Medina en un notable informe oficial, lo siguiente: «En Fusagasugá consideran que este camino podría hacerse de Pasca a San Martín, subiendo por *Juanviejo*; pero creo que la extensión paramosa que habría necesidad de atravesar en esa dirección, sería muy considerable; la vía más recta sería la que de San Martín venga a Arbeláez, por *El Pilar*, o a Pandi por *Doa*, pasando por el norte del nevado, después de subir por la izquierda del río Ariari. Me ocupo en organizar una exploración preliminar que sirva de base para un trazo científico.... Es preciso abrir los caminos que faciliten la saca de los ganados a las riberas del río Magdalena, en donde, una vez cebados,

Dimensiones de los amarres--Largo, 7 m.; alto, 3 m.; ancho, 1.10 m.; volumen de los cuatro amarres, 88 metros cúbicos. Volumen total de la mampostería, 205 metros cúbicos.

PRESUPUESTO

700 piezas de madera para el tablero y la baranda, precios varios.....	\$ 530
144 piezas de hierro y fundición para baranda y anclaje, precios varios	700
8 toneladas alambre a \$ 200.....	1,600
205 metros cúbicos de mampostería a \$ 8.....	1,640
Accesorios de las torres, $4\frac{1}{2}$ metros cúbicos, piedras labradas.....	30
Montaje, dirección e imprevistos.....	1,500
Precio total del puente.....	\$ 6,000

se puede embarcarlos y llevarlos a la Costa para exportarlos directamente, No se necesita sino vencer una dificultad de 18 a 20 leguas al través de la cordillera de Sumapaz. Es preciso no olvidar que en San Martín y Casanare se puede criar un millón de reses, sin separarse más de 25 leguas de la cordillera. Hoy habrá (esto se dice siete años atrás) desde el río Arauca hasta el Meta, y desde allí hasta Uribe, cosa de 120,000 reses que dan una cosecha anual de 12 a 15,000 animales de saca.»

La exploración ordenada por el Dr. Medina como Gobernador del Departamento de Facatativá, se llevó a cabo a partir de Arbeláez, por la cuchilla de *El Pilar*, a la laguna de *Andabobos*, el Boquerón del nevado y un afluente del río Ariari, a buscar a San Martín. Esta expedición no rindió informe y desvirtuó sus propósitos dedicándose sus miembros a la busca de minas de oro; pero el sobrestante tuvo el cuidado de trazar un croquis que obsequió después al Dr. Medina, donde aparecen las veintidós jornadas que se hicieron a marchas sumamente lentas.

El Sr. Jorge N. Caicedo, por cuenta de la Gobernación del Tolima, acaba de practicar otra exploración que inició el 3 de febrero último, y de su importantísimo informe se colige que la vía escogida por él coincide en el río Flautas y el Ariari con la de la anterior, desde el Boquerón del Nevado hasta San Martín, en 13 leguas de longitud. El Sr. Caicedo salió de Cunday por Villarrica hasta donde hay cultivos, por cabeceras del río Prado, en busca del Boquerón de Cerroazul, a seis leguas de aquel pue-

blo; tomó la magnífica hoya de Quebradanegra, amplia e inculta, que recoge sus aguas para el río Sumapaz y después pasó por Bolsagrande, donde están los pequeños cultivos de Puríchica y El Tunal, llegó al importante Boquerón de Remolinos a 3,400 metros sobre el nivel del mar, distante de Cunday $11\frac{1}{2}$ leguas. Entre este punto de la mesa paramosa y el Boquerón del Nevado, a 3,800 metros sobre el mar, de donde comienza el descenso hacia el Llano, hay $3\frac{1}{2}$ leguas de temperatura glacial. De modo que la distancia de San Martín a Cunday es de 28 leguas, de las cuales 6 son por terrenos ya roturados.

Ya el pueblo de San Martín no es sino una aldea, de unos 700 habitantes urbanos y 800 rurales próximamente, después de haber sido el centro de los negocios y de la vida en el Llano, como lo es hoy Villavicencio, y después de haber sido durante la época de la Conquista una verdadera ciudad, densamente poblada por indios civilizados del éxodo inca al parecer, con vía de comunicación hacia el Perú, como lo prueba la expedición de Hernán Pérez de Quesada de allí a Pasto, pasando por el valle de Sibundoy, donde existe todavía en el pueblo de Santiago una colonia de indios peruanos que hablan aún el idioma quichua puro, como adulterado ya. lo hablan los mocoas.

Que existía la comunicación por buen camino, es indudable, pues de ella tuvo que hacer uso el conquistador que andaba de a caballo hacia el sur, por el pie de la cordillera, en busca del *Dorado*, del cual

le dieron informes con dirección hacia el Cuzco los indios canaguas, residentes en San Martín. Vaya cualquier explorador hoy, con brújula y *baquianos* y con los conocimientos exactos del país, a ver si puede trasladarse por toda la vertiente oriental de la Cordillera a Mocoa! Sin camino abierto, transitable y poblado de tribus hospitalarias, que al presente no existen o apenas existen vestigios como las de los andaquíes y carijonas, no hubiera sido ni siquiera imaginable la expedición de Hernán Pérez.

Existe la tradición de que en San Juan de los Llanos, el Capitán Juan de Avellaneda, encomendero de los indios canaguas, auxilió la expedición de Pérez de Quesada con la considerable suma de 40,000 ducados de oro, recogidos en poco tiempo entre los indios. Otra tradición de la Conquista que se conserva en relación con San Martín, es la de que allí puso Frederman herraduras de oro a sus caballos para emprender el ascenso a la Cordillera, en viaje hacia el *Valle de los Alcázares*. Por esta razón el primer nombre que recibió el poblado fue el de Nuestra Señora de la Fragua. Desde la sabana de San Martín se columbra el boquerón de la cordillera que daba acceso al comercio de los chibchas con los canaguas.

Estas dos tradiciones demuestran que a inmediaciones del actual pueblo de San Martín los indios extraían antes de la Conquista grandes cantidades de oro.

El Padre Martínez, Cura de San Martín hace cosa de cincuenta años, compraba o cambiaba oro por

plata a un indio viejo que se decía el último de los canaguas y poseedor del secreto de la mina.

Hoy cualquiera que lave los aluviones del río Ariari saca oro en cantidades más o menos considerables, y como es sabido, el pueblo está edificado sobre un banco de antiguos aluviones de aquel río.

Con este incentivo el Sr. D. Luis Convers hizo una excursión por el curso de este río en 1910 y encontró sobre su banda izquierda, frente a la boca de un abundante afluente, que seguramente es el mismo río Flautas, recorrido antes por la expedición de 1906 y luégo designado así por la del Ingeniero Jorge N. Caicedo, una inscripción castellana sobre una gran roca fragmentada, donde parece leerse el nombre de *Avellaneda* y una fecha borrosa. Esto dio por resultado la constitución de una Compañía explotadora del venero, la cual, aunque extrajo oro, no ha tenido éxito, porque pretendió obtener el precioso metal en poco tiempo y a poca costa, como el antiguo encomendero.

Llama la atención el nombre *Ariari* que tiene el río del oro y que se repite en una quebrada de la vertiente tolimense de la cordillera, la cual aporta sus aguas al río Cabrera, afluente del Magdalena. Los sedimentos del río Ariari al salir a la llanura, forman el banco de Yamán, donde hay dos enormes aerolitos enteramente superficiales, de los cuales los herreros de San Martín han pretendido sacar fierro. La superficialidad de éstos demuestra que el meteoro no sucedió en un pretérito muy remoto. Ahora bien, *Arí! Arí!* en idioma de los antiguos peruanos es una

vehemente interjección de súplica. Corresponderá el nombre del río al sentimiento de espanto que produjo el fenómeno entre los habitantes de aquella región?

Hay, pues, varios indicios para pensar que los peruanos, amantes del oro como los españoles, fomentaron la vida civil en San Martín. Este pueblo tuvo como incentivo de quichuas y españoles el precioso metal, así como Upín presentó la sal como atractivo de sálivas y llaneros para constituir a Villavicencio, y al cabo de pocos siglos triunfó ésta sobre aquél, pues en la cabecera del Llano, Villavicencio progresa y San Martín decae. La rivalidad entre estas dos poblaciones simboliza la lucha entre dos potencias económicas y sociales de primer orden. El oro es de efecto rápido y enérgico; la sal es de acción perseverante y lenta. A la prolífica fecundación del oro surgen civilizaciones casi instantáneas y los hombres favorecidos con ellas se imponen con pretensiones de grandeza sin rival; a la tarda elaboración fisiológica del cloruro de sodio se debe una lenta sedimentación social, genitora de razas, de naciones y de grandes imperios a través de los siglos. El brillo fugaz y fantástico del *Dorado* atrajo la inmigración quichua y las expediciones españolas sobre el país, y sólo la sal las retuvo, las arraigó y las refundió en el terruño.

Cundinamarca, con sus salinas, hizo el Imperio chibcha, rico en oro por las transacciones a centenares de leguas al contorno, atrajo a los caribes indomables de la llanura oriental y del gran valle del Magdalena y los redujo a la mansedumbre agrícola. El pueblo manso y lerdo no luchó con las armas

contra la Conquista, sino que abrió sus brazos al invasor y lo incorporó en su sangre, como si quisiera desempeñar la maternal misión de una raza hembra. El fogoso castellano, de bravura legendaria, aquí se entregó sumiso al amor de la tierra; hizo su solar, contemporizó con el medio apacible y fue estirpe de un pueblo risueño, benévolo y meditabundo.

Tiende la pluma a seguirse deslizando, después de los tres discretos adjetivos que caracterizan al pueblo de Cundinamarca, para tener el frívolo placer de lisonjear el paisanaje; pero basta con lo dicho, al propósito de este libro, en lo relativo a la sal como agente colonizador y para prevenir el ánimo de quien leyere, antes de entrar en la materia de los siguientes estudios sobre salinas.

V

SALINA DE UPÍN

El puente sobre el río Guatiquía y el camino a la salina--Cómo era la salina en 1870.--Cómo debieran estar hoy las cosas.--Impureza de la sal.--Descripción actual.--Sistema bárbaro.--*La sal se esconde*--El sistema racional.--Peligro de suspensión.--Producidos en 1911 y 1912.

De Villavicencio a la salina, por el pie de la cordillera, directamente al norte hay tres leguas, de las cuales una va por tierras desmontadas que forman los extensos y magníficos potreros de *La Vanguardia* y dos por terreno quebrado bajo el bosque.

Al salir del pueblo se cruza el río Guatiquía por un desvencijado puente colgante, de alambre de telégrafo, de 90 metros de largo. El estribo del lado sur está edificado en mampostería sobre terreno firme y el otro es de pilotes de madera clavados en terreno movedizo. Las péndolas que sostienen el tablero están flojas y, además, el puente no tiene contravientos o fiadores que le aseguren la quietud, por lo que, al pasar sobre él, vibra verticalmente y afecta bien pronto un movimiento oscilatorio que marea. Según es fama este puente le ha costado al Tesoro más de \$ 18,000, y hubiera seguido subiendo en valor sin la oportuna intervención, según dicen en la

localidad, del Sr. D. Francisco Díaz Granados, quien intervino como Administrador que fue de la salina para que se le diera término a la obra y estanque al desangre que por allí se le estaba haciendo a la Hacienda pública.

El puente, sin embargo, amenaza ruina inminente por causa de que el estribo norte, no por ser de madera, sino por estar enclavado en la arena, en ribera baja, corre el riesgo de que el río en el invierno se le vaya por detrás. El Ministro de Obras públicas despachó en el último verano un ingeniero para proyectar el modo de evitar el desastre y calcular el importe de la reparación. Como resultado de su estudio, el ingeniero oficial aconseja el reemplazo del estribo de pilotes de guayacán por otro de mampostería, de 2.50 metros de frente, dos aletas a los lados de 5 metros de longitud cada una, y la construcción de las torres en mampostería también, con un presupuesto probablemente bien calculado de \$ 2,100 para estas obras. El ingeniero ha debido computar también una aleta o muralla para el costado de arriba de este estribo, no menor de 150 metros de longitud, con precio aproximado de \$ 6,000, para oponerla a la invasión del río por detrás. Por consiguiente, para reparar este malísimo *columpio* se gastarán \$ 8,100 más, sobre los \$ 18,000 que ha costado. Si antes de iniciar la construcción de esta importante obra se hubiera buscado su localización adecuada, como acaba de hacerse con el proyectado puente sobre el río Guayuriba, de que se trata en el capítulo anterior, se habrían encontrado las riberas altas, próximas y de

roca que estrechan el río al desembocar en la llanura. No es tarde, según se deduce del anterior presupuesto del costo de la reparación de este infeliz armatoste, pues que ella valdrá más que la construcción de un buen puente en el sitio adecuado. El Guatiquía al salir de la cordillera tiene menos de la mitad de las aguas del Guayuriba, y por consiguiente, la luz del puente necesaria será probablemente menor de 60 metros, calculada para el otro, y el costo inferior a los \$ 6,000 presupuestos para él: se economizarán más de \$ 2,000 al hacer un puente nuevo.

La pronta providencia que el autor se permitió aconsejar, a instancias del Sr. Intendente, para conjurar el desastre inmediato en un invierno fuerte, consiste en una estacada dispuesta en prismas triangulares colmados de piedras, al borde de la corriente estival, para obligarla en el invierno a acercarse al estribo firme, a fin de que deje en seco el estribo movedizo. El presupuesto para esta obra provisional, que acaso sea definitiva, dada la dejadez de nuestro carácter, es de \$ 400, para 75 pilares.

Pasado este puente, la amplitud de las dehesas de *La Vanguardia* hace pensar al viajero que ha entrado en la sabana o que excursiona por el valle del Cauca. La estatura de las numerosas reses que las pueblan y la finura y brillantez de la piel de esos animales demuestran que los pastos son nutritivos y que no hay *nuches* en la localidad. Poco antes de terminar la línea recta del camino que atraviesa esta otra de las haciendas fundadas por el Dr. Restrepo, se deja a un lado, casi al pie del cerro, la casa de la

administración de esa hermosa y productiva propiedad y se continúa la tortuosa senda entre el bosque, llena de fangales y barrancos resbaladizos, que conduce a la salina.

Deseaba el diligente Administrador de esta lucrativa mina del Gobierno solicitar del Sr. Ministro de Hacienda la autorización para cambiar el sistema de explotación a *tajo abierto* por el de socavón, y quiso inquirir sobre ello el concepto del autor; con este motivo le hizo compañía en esta parte de su excursión. El modo como aflora el banco de sal, según el libro ya mencionado, *Una excursión al Territorio de San Martín*, es del tenor siguiente:

«Por el pie del banco corre el río Upín, y debióse, probablemente, al desprendimiento de un derrumbe, ocasionado por las aguas del río que socavaron la base de las capas superficiales, el descubrimiento de la mina. Esta está cubierta por una costra o capa de tierra vegetal primero, y luego de greda negra y cerosa, de un espesor de dos o tres varas. El desprendimiento del derrumbe arrastró por un trecho de treinta o cuarenta varas en el flanco de la colina aquella costra, dejando al descubierto el banco de sal gema.» (1)

Así debían estar las cosas en el año 1870; pero en cuarenta y tres años han debido cambiar mucho. El frontón de la mina ha debido retirarse paralelamente de la posición que ocupaba entonces, por la explotación del banco en capas sucesivas, cada año, durante el verano, y por la rodada de las tierras superiores durante el invierno, faltas de apoyo a causa de este tajar periódico. Ya no ha de tener el rodadero

(1) *Obra citada*, Pág. 69.

del frente treinta o cuarenta varas, pensará el lector, sino acaso cien o doscientas, y ya el río no correrá por el pie mismo del rodadero sino a muchos metros distante. Entre el curso del río y el pie del frontón, continuará pensando, debe de haber hoy una plazoleta casi plana que formará lo que pudiera llamarse el vestíbulo de la mina. El frente del banco de sal, estrecho entonces, debe tener hoy amplitud suficiente para trazar en él el arco de un túnel, de suficientes dimensiones, como para que quepan los vehículos de acarreo tirados por una locomotora, si fuere menester algún día, cuando haya un ferrocarril al río Meta para difundir esta sal por todo el corazón del Continente. Para entonces, seguirá, no pensando sino soñando el lector, el socavón irá por todo el eje del banco en dirección a Zipaquirá, del cual depende un bloque continuo, según dicen las gentes; y sería cosa extraordinaria que nuestro ferrocarril trascordillerano de la Sabana de Bogotá a la llanura oriental, fuera por entre un filón de sal inagotable.

Dista de Villavicencio la salina, tres largas horas, y en todas ellas no se apartó de la mente del excursionista el banco de sal gema casi pura con que había soñado, para luego encontrar en el análisis de la que expenden en el Almacén como de primera calidad un $16\frac{1}{2}$ por ciento de impurezas, consistentes en marmajas, pizarra y arcilla negra. Por consiguiente, en una carga de 10 @ se conducen a los hatos y son consumidas por los ganados 41 libras y 4 onzas de materias extrañas en estado de mezcla, aparte de las pequeñas impurezas de composición química que puedan contener.

Un almacén, una casa para peones, una para empleados, la fábrica y la casa de la Administración, de bahareque y paja las primeras y de teja de astilla y tabla las últimas, están situados estos edificios del lado sur del río Upín y el «Almacén de la mina» y la barranca negra que oculta la sal, están situados del otro lado, en comunicación por medio de un puente de madera. La fábrica consta de un horno en desuso, como para producir en vasijas cónicas, de 1,500 a 2,000 @ de sal compactada, y de dos pequeños peroles semiesféricos, para una insignificante producción de sal de grano, todo con su correspondiente chimenea de ladrillo.

La elaboración de estos productos se acomete y se suspende por largas temporadas en esta salina, como si en el Ministerio de Hacienda no se llevara un plan fijo ni se conservara la tradición de la experiencia de los trabajos en armonía con las necesidades de la localidad. Según la iniciativa antojadiza de Ministros y Administradores, imbuídos en diferentes teorías, ora se construyen obras costosas para la elaboración, ora se abandonan. La sal *vijua*, la de caldero, la compactada, el sistema de contratos, el de Administración oficial, el de libertad de industria, el de alto precio, el de bajo precio, el de precio libre, el de ventas en las salinas, el de ventas en almacenes lejanos, y cuanto imaginarse pueda en materia de sistemas, se ha discutido y sostenido en las *Memorias* de Hacienda y se ha puesto en práctica en las salinas, al vaivén de una democracia enferma, apoderada de las fuentes de riqueza innumerables de este empobre-

cido y desacreditado país, sin que después de cien años de tanteos se haya recogido y aprovechado en firme una enseñanza experimental, ni se hayan educado ni mantenido técnicos en el Ministerio, ni se haya organizado allí siquiera un archivo donde puedan estudiarse las salinas sin que a cada conocimiento apetecible de ellas haya necesidad de mandar al terreno a un nuevo y costoso visitador. Al estudiar el estado actual de ciertos bienes nacionales, como la salina de Upín, por ejemplo, se adquiere la idea de que este es un país sin dueño, es decir, sin pueblo organizado que lo posea y administre.

El frontón de la mina ha perdido los caracteres casi geométricos que le encontró el Dr. Restrepo en 1870 y se ha convertido en un rumbón irregular, lleno de araños y escarbaderos en todas direcciones, hechos anualmente en busca de lo que allí llaman el *banco*. La tradición de esta salina, transmitida de generación en generación de administradores, consiste en que el frontón de la mina, descubierto en los primeros días del verano y explotado por medio de taladros durante el resto de esta estación, se cubre después con la tierra que rueda de lo alto durante el invierno, por la socavación en la base en cada explotación periódica. Esta tradición de la forma de los trabajos, si fue cierta en otra época, es falsa en la actualidad. Conforme a ella se dice que las labores de los primeros días del verano se consagran a limpiar la base del banco y a separar el barro que allí se ha depositado, cosa que se haría en pocos días y con un reducido número de obreros.

En la actualidad, y por el aspecto atormentado del tajo abierto se comprende que de tiempo atrás también, la labor de los primeros meses (que no días) del verano consiste en excavar el terreno como quien está sacando papas, hasta dar no se sabe en qué dirección, con un bloque suelto de sal más o menos grande, el cual se despedaza a fuerza de taladros en pequeños trozos que se dan al expendio.

Cuando el autor visitó los trabajos, a fines de febrero de 1913, hacía tres meses que se buscaba el banco perdido, con más de veinte peones empeñados en arañar la tierra con unas palas angostas en forma de barretón; sin una piqueta, sin una zapapica, sin una carretilla para desembarazarse de la tierra removida, sin un carril para transportarla a distancia. Para verificar esta última operación tenían establecido los obreros, por medio de guadas, un pequeño hilo de agua para dejarlo caer en tenue chorro desde lo alto del escabadero. La tierra convertida así en mazamorra, rodaba lentamente como en un alud por dos zanjas profundas que la arrastraban al río, a unos 150 metros distante. En algunos puntos estrechos de estas zanjas, donde el alud detenía su marcha, había una serie de peones armados de barretón de madera para impulsarlo hacia abajo. Con la lentitud de este sistema iba bajando la tierra y ya aparecía en lo alto un picacho del bloque que había de reventarse apresuradamente para satisfacer en parte el anhelo de sal de una multitud de arrieros que al pie del barranco la esperaban impacientes. Despedazado este bloque para atender una mínima parte de la demanda,

debía continuarse la busca de otro para repetir la operación y así sucesivamente en las postrimerías del tiempo seco, hasta que las lluvias pusieran fin a los trabajos y a las posibilidades del transporte.

La remoción de la tierra, tanto por la excavación como por el estallido de los taladros, prepara a maravilla la infiltración de las aguas para que ellas continúen el trabajo de lamer durante ocho meses los bloques que habían quedado a trasmano, con el objeto de *esconder la sal*, como dicen en la localidad, y hacer más difícil después su encuentro en los trabajos subsiguientes.

La tierra removida en una larga serie de años de explotación intermitente no ha corrido hasta el río y por él a la llanura, como fuera de esperarse según la teoría del sistema empleado, sino que se ha ido acumulando en forma de irregular y atormentado talud de 21 grados o sea de 39 por 100 de inclinación. Si se practicara un socavón del 2 por 100 de inclinación desde el pie de este talud, a unos 10 metros sobre el río y con 340 grados de rumbo (que es el que tiene el emplazamiento general de los trabajos anteriores), se atravesaría la parte removida en una longitud de 150 metros próximamente, para llegar al terreno firme donde debe estar incrustado el banco sólido y continuo de sal, si es que realmente existe en esa forma.

Una muralla a la orilla del río para precaver las obras contra su erosión, el replanamiento y la pavimentación de una plazoleta en la puerta del socavón, la fachada de éste con elevadas y fuertes aletas

para contener las tierras movedizas procedentes del cerro, el fuerte revestimiento interior del cañón, la construcción de un tranvía para el servicio tanto de los trabajos subterráneos como de la explotación del banco de sal, la edificación de un puente sólido de mampostería, de almacenes y depósitos suficientemente capaces para contener el producto del trabajo en los ocho meses de invierno, de casas higiénicas, cómodas y alegres para los empleados y obreros que allí sucumben de anemia y paludismo; todo esto es lo que implica el cambio de sistema de tajo abierto por el de socavón, con el consiguiente muy cuantioso gasto y las precauciones que impondría la transición, a fin de no estorbar la rudimentaria, bárbara y mezquina explotación actual que, mal o bien, provee de sal a los ganaderos. Esto sólo puede llevarse a cabo mediante un propósito seriamente acordado en el Ministerio de Hacienda, con la apropiación de los recursos necesarios y con la creación de un personal técnico competente para dirigir los trabajos.

Mientras eso se dispone así, que será el día de *San Blando* (1), nos parece que el método que hoy se sigue en esta salina está muy de acuerdo con la capacidad de que pueden disponer los Gobiernos banderizos para la administración pública!

Ya en el presente año se corrió el riesgo de no alcanzar a producir la sal que demandan los ganade-

(1) Nos es grato participar a nuestros lectores que posteriormente a la publicación de este capítulo en el folletín de *El Liberal*, hemos sabido que el Sr. Ministro de Hacienda ha ordenado la iniciación de trabajos en el sentido indicado.--N. del A.

ros del contorno, quienes han acostumbrado darle sal a sus rebaños. La suspensión de la sal es una amenaza de muerte para los hatos del Territorio: los ganados acostumbrados a comer sal, cuando se les suspende, se apestan y sucumben. En la última guerra la temeraria disposición de un Gobierno que todo lo sacrificó a su permanencia en el Poder, para prohibir el transporte de sal fuera de Villavicencio mientras estuvo el pueblo de San Martín ocupado por fuerzas rebeldes, causó más devastación en la industria pecuaria del Llano que las depredaciones de todas las guerrillas del país reunidas; pues a eso se debió la casi absoluta desaparición de los ganados del Territorio!

El actual Gobierno se ha proclamado independiente de los grupos banderizos, a quienes se atribuye el descuido de la administración, y es a él a quien corresponde atender las quejas contenidas en el presente capítulo, como tuvo que oír las de la Agricultura nacional clamoreadas por el autor en el Congreso agrícola, circunstancia feliz que le valió el señaladísimo honor de que el Excmo. Sr. Presidente las calificara de «dolencias personales.»

Y no es la industria ganadera la única que sufriría hondos quebrantos con la extinción de la sal, sino todas las demás y la vida social de la región, enlazadas con ella, pues las salinas representan también la colonización y la cultura del Llano. Al amor de la sal se hacen sedentarias las tribus nómades, comienza en ellas la vida agrícola y las nociones consecuenciales de propiedad y de derecho. Las tri-

bus que necesitan de la sal para vivir son aquellas que tienen ya un principio de la sumisión social, la cual origina el Gobierno, procedente de una correlación ciudadana entre el Deber y el Derecho. De tal manera es esto así, que puede calcularse exactamente el número de civilizados que pueblan el Territorio por el expendio de sal en los almacenes de la salina de Upín.

Sal vendida en Upín :

	En 1911	En 1912
Sal de caldero, a \$ 0-50...	4,673 @	4,338 @
Gema o vijua de 1. ^a , a		
\$ 0-38.....	13,315 „	12,575 „
Gema o vijua de 2. ^a , a		
\$ 0-20..... „	943 „
Producto total.....	17,988 @	17,856 @

Consumos :

En 20,000 reses a 12 ¹ / ₂ lb por año (250,000 lb).....	10,000 @
Para 10,000 personas a 20 lb anuales	8,000 „
Sal necesaria.....	18,000 @

VI

FUENTES SALADAS DE ORIENTE

Enumeración y cuantía de las fuentes.--Abundancia inoficiosa actualmente y utilidad en el futuro, mediante una buena organización.--Especificación de las fuentes de la salina de Chita.--Radio de esta salina.--Cuantía del pedido.--Elementos de producción suficientes y su estudio.

Desde Upín hasta la salina de Chita hay una serie de fuentes saladas, con distinta concentración y cuantía, situadas sobre la vertiente de la cordillera que cae al Llano: Gachetá, Mámbita, Chámeza, Recetor, Pajarito, Sirguasá, Sismosá, Muneque y otras de menor importancia. Si se fijara la altura de todas ellas sobre el nivel del mar y su abcisa con relación a un eje coordenado, acaso podría demostrarse la sospecha que abriga el autor de que todas ellas están situadas en un mismo plano inclinado. Este plano no puede ser otro que el que afectaba en la época geológica el fondo del mar a cuya evaporación se debió el banco de sal, el cual sufrió una inclinación y un desplazamiento cuando emergió la cordillera.

Las dos fuentes de Gachetá, La Muralla, y El Chulo, de 18° de concentración, han producido hasta 1,000 @ de sal por mes, o sea 12,000 @ por año; la de Mámbita, de muy baja concentración, está pro-

duciendo 3,000 @ por año; las de Chámeza son tres, Cocuachó Gualibito y La Esperanza, de 18, 20 y 22°, respectivamente, las cuales han producido hasta 40,000 @ por año, y hoy están produciendo únicamente 10,000; las de Recetor y Pajarito tienen 16° de concentración y producen en conjunto 40,000 @ por año; las de Sirguasá y Sismosá, de 11 y 8° respectivamente, han dado un producido hasta de 40,000 @ y la de Muneque de 8° produce 6,000 @ anuales. En la salina de Chita hay las siguientes que caen al río Casanare: El Confite, El Volcán, La Virgen, Los Salitres, Guartinajo, Cuicas, Las Pavas y Turbésiga, de pequeña concentración, y Pozo grande, Pozobravo, Pozo azul y El Palomo, de 20, 20, 22 y 16° de concentración, respectivamente. Además hay otras pequeñas fuentes ocultas en las cañadas y perdidas en el bosque, de las cuales hacen uso las gentes pobres del vecindario para sus contrabandos en ollas comunes de cocina o tarros vacíos de petróleo y manteca americana. Las primeras no se explotan, pero su cuantía es de 100,000 @ anuales, y de las cuatro últimos sólo se aprovecha una mínima parte en la elaboración de sal compactada, y el resto que acusa un aforo de 1.025,000 @ se dejan perder en el río. Bajo la fuente de Pajarito fue descubierto el banco de sal; pero por su situación inferior al río, no ha sido posible explotarlo. El total de la cuantía de las fuentes saladas enumeradas hasta aquí, sin incluir muchas otras poco conocidas, es de 1.325,000 @ arrobas de sal por año, las cuales hoy se pierden en los ríos, casi en su totalidad. ¿No es un oprobio para el pueblo

colombiano y su Gobierno el saber que, no obstante esta prodigalidad de la fortuna, hay al pie de esa cordillera 20,000 hombres desnudos que degeneran y perecen por falta de aquel elemento fisiológico?

Y, sin embargo, aquella prodigalidad le va a quedar corta a la industria pecuaria en no lejana época, cuando haya en las dehesas naturales del Llano los 10 millones de cabezas de ganado que pueden contener holgadamente; pues entonces se necesitará el triple de aquella cantidad de sal para su sostenimiento.

Después de la de Upín, sólo la salina de Chita, por su relativa importancia, merece un estudio especial (1).

Las fuentes principales de esta salina ofrecen atributos interesantes:

NOMBRES	Concen- tración	Tempe- ratura	Litros por minuto	Densi- dad	Sal men- sual
Pozogrande..	20°	45 ctgs.	11,927	1,142	11,700 @
Pozoazul. ...	22°	50 —	16,765	1,160	12,167 «
Pozobravo...	20°	55 —	82,500	1,151	57,000 «
El Palomo..	16°	27 —	8,250	1,126	4,550 «

La sal de esta salina disputa sus mercados por el sur, transmontando la cordillera, con los productos de Zipaquirá; por el norte, con la sal marina importada por Maracaibo, y por el oriente, con la misma

(1) En volumen separado aparecerá algún día un largo y minucioso estudio científico de esta salina, llevado a cabo oficialmente por el autor.

sal importada por el Orinoco, con la del grupo de Chámeza y hasta con la de Upín. El precio de los fletes determina el radio de consumo. Tres caminos parten de La Salina: 1.º, el que conduce a Soatá, pasando por Chita y Boavita; este camino tiene dos ramales: a Jericó, Sátiva y a Socha-Socotá. Enlazada así la salina con la vía nacional del norte que pasa por Soatá, está en comunicación con los pueblos de García Rovira y de Pamplona. Pero de Boavita se desprende por la banda derecha del río Chicamocha un camino directo a Capitanejo, para ir a Málaga, plaza de primer orden en el negocio de sal; 2.º, el que conduce directamente a Pamplona, pasando por Cocuy, que se enlaza con la vía nacional en el alto del Almorzadero; 3.º, la vía de Casanare, la cual, adelante de Sácama, se bifurca para ir a Nunchía, Támara y Moreno y para ir a Arauca, pasando por Lope y Tame. Así, los pueblos que se provén de sal de esta fábrica son los siguientes:

BOYACA

Vía del norte: La Salina, Cocuy, Chiscas, Panqueba, Güicán, Guacamayas y El Espino..... 29,500 hab.

Vía de occidente: Chita, Boavita, La Uvita, La Capilla y Soatá..... 40,700 —

Vía del sur: Socotá, Jericó, Socha, Sativanorte y Sativasur..... 26,000 —

SANTANDER (ambos Departamentos)

Vía del Cocuy: Carcasí, Enciso, Ce-

Pasan..... 96,200 hab.

Vienen.....	96,200 hab.
rrito, Chitagá, Cécota, Pamplona y Chopo.....	33,000 —

Vía nacional: Capitanejo, San Andrés, Málaga, Guaca, San Miguel, Tequia, Macaravita, Molagavita y La Concepción.....

56,000 —

CASANARE Y ARAUCA

Vía de oriente: Sácama, Ten, Moreno, Pore, Támara, Nunchía, Orocué, San Salvador, Manare, Lope, Purare, Tame, Arauquita y Arauca.....

20,000 —

Suma..... 205,200 hab.

Para satisfacer la demanda, esta salina debería producir (para 20 lb por habitante) 14,000 @ por mes. Sin embargo, nunca ha producido esta cantidad, no obstante disponer de fuentes suficientes, como se vio atrás, y de los hornos necesarios para la compactación, como se vera adelante. Durante el medio siglo anterior, la producción ha oscilado entre 8,500 @ mensuales en 1868 y 13,259 @ en 1885. Hay un vaivén entre el precio a que resulta la leña al pie de los hornos y el precio del arrendamiento, en veces muy alto de la salina, que ha permitido, mediante la especulación por mano tercera del producto, hacer fabulosas fortunas a los intermediarios a costa de los consumidores. No habiendo un producto suficiente, el precio de la sal ha llegado a duplicarse en la misma plaza del pueblo, sobre el oficial

a que se expende en los almacenes de la fábrica (1). El resultado de este vaivén, en lo que se refiere a las conclusiones de este libro y sin que deje de tener también su aplicación a los pueblos de aquende la cordillera, es que la provisión de sal a la región de Casanare y Arauca es muy precaria y contingencial, lo que imposibilita el suministro de sal a los ganados, con gravísimo perjuicio de las razas. Por esta razón el precio de la sal en el centro del Llano es siempre muy alto y en veces es verdaderamente prohibitivo!

Si la aplicación de esta salina fuera, como debe de serlo, también para los ganados de Casanare y Arauca, el producto debía elevarse en 10,000 @ más por mes, para que alcance al suministro de sal de 250,000 cabezas. Sin embargo, de aquella región no piden sal sino para el consumo de las personas, el cual se satisface con el producto de la pequeña salina de Muneque, situada 5 leguas al oriente de la principal, que alcanza a 600 ó 700 @ por mes.

El número y la capacidad productora de los hornos de la salina de Chita son suficientes para 23,000 @ por mes. En efecto, los tres hornos grandes de la salina principal producen cada uno de 4,000 a 5,000 @ por operación, según el modo de disponer en ellos las vasijas de compactar. El más pequeño, que tiene una superficie de 103 metros cuadrados, armándolo con lo que allí llaman *seiseros* y *cacharros*, acep-

(1) El autor habla en tesis general, sin referirse a épocas determinadas, y hace presente que ignora las condiciones actuales de producción, las cuales supone ventajosas para el país.

ta 207 piezas con una capacidad total de 4,920 @; al paso que el más grande, con una superficie de 114 metros cuadrados, armándolo con lo que allí llaman *catorceros* y *cacharros* no produce en cada operación sino 4,880 @ en 330 piezas. Los *seiseros* requieren 16 días de fuego y los *catorceros* sólo exigen 14 días y medio de cocción. De modo que puede aceptarse una capacidad media de 5,000 @ para cada horno, por operación, la cual dura 15 días por término medio. Si las operaciones se efectuaran sin interrupción, habría hornos suficientes en la salina principal para producir 30,000 @ por mes; pero las tareas de carga, descarga y refecciones, así como el tiempo de enfriamiento, elevan prácticamente a 25 días el período de evolución, con un producto diario para cada uno de 200 @, o sea 600 para los tres y 18,000 @ en el mes. Además, hay dos hornos de 47 metros cuadrados de superficie, y producción quincenal de 2,000 arrobas cada uno, en la pequeña fábrica de Córdoba, dependiente de la principal y situada a una legua al oriente de ella, los cuales asegurarían una producción mensual de 5,000 @, que junto con las 18,000 de la otra, suma la producción necesaria para todos los habitantes y animales de la Circunscripción.

Los anteriores cálculos sobre hornos se hacen dando por sentado que esta salina no adoptara elementos más rápidos y económicos de compactación que los rudimentarios y dispendiosos de que hoy dispone. La simple aplicación del método actual en hornos continuos y bien calculados, podrá conducir

a una economía del 50 por 100 de combustible y a una rapidez en el despacho que se traducirían en economía de espacio y gastos de administración, con lo que se llegaría al resultado de duplicar el producto actual con el mismo gasto y para beneficio evidente de la región consumidora y del Fisco. Un horno continuo de 800 @ de producción diaria, a razón de 6 @ por metro cuadrado de superficie (1), requeriría una superficie de 133 metros cuadrados, apenas mayor que la del horno *Quinto* de la salina, que no es computable sino en 200 @ diariamente. Un horno de esta producción daría abasto con exceso a la demanda máxima actual, no permitiría la especulación que ocurre en las épocas de escasez y ofrecería un aforo preciso para los efectos del arriendo y una comprobación o *control* eficaz contra los fraudes a que se presta el embolismo del sistema viejo.

La formación superficial del terreno de la región es de un banco esquistoso, sobre el cual se han superpuesto capas delgadas de arcilla alternadas con grandes riegos de cascajos. La movilidad de estas capas ha venido a mezclarlas parcialmente, de modo de no encontrarse un depósito continuo de arcilla libre de pedriscos para la cerámica de las ollas de compactación. En esas condiciones hay dos minas de arcilla en los contornos de la salina, las de Barroblanco y Rodrigoque, situados a una legua de distancia, la primera para las dos locerías dependientes de Córdoba y la segunda para las seis empresas particulares de fabricación de moyas al servi-

(1) Resultado de los estudios científicos del autor.

cio de la salina principal. En Barroblanco podrían construirse 92 ternos o juegos de vasijas, como para una producción mensual en Córdoba de 5,000 @ de sal y en Rodrigoque podrían construirse 496 juegos mensuales, como para una producción mensual de 27,000 @ de sal. Además de esto, como por un lujo inoficioso en alguna época, compró el Gobierno otra locería a inmediaciones de la fábrica, llamada La Floresta, capaz de producir 120 juegos mensuales, como para 6,500 @ más de producción. La manufactura de loza en esta última es antieconómica por el alto precio a que se puede obtener en ella el combustible, como se verá en el capítulo siguiente.

Según su tamaño, las vasijas o moyas de compactación, de forma casi cónica, toman diferentes nombres, de caprichosa o ignorada etimología en la localidad: *Seiseros*, *catorceros*, *asientos*, *madres* y ternos de *cacharros*. El conjunto de todas estas ollas se llama *un juego*.

Los caracteres de estas vasijas en la localidad son los siguientes:

Piezas	Alturas	Diámetro	Superficie	Volumen	Contenido
Seiseros.....	0,m 80	0,m 66	0,m ² 9467	144 lts.	22 @
Catorceros..	0,m 70	0,m 54	0,m ² 7782	90 lts.	13 @
Asientos.....	0,m 62	0,m 51	0,m ² 5765	63 lts.	9 ¹ / ₂ @
Madres.....	0,m 53	0,m 44	0,m ² 4283	36 lts.	5 ¹ / ₂ @
3 Cacharros	0,m 30	0,m 20	0,m ² 8000	36 lts.	5 ¹ / ₂ @
Un juego			3,m ² 4297	369 lts.	55 ¹ / ₂ @

El consumo de leña para la fabricación de un juego en las locerías es de 3¹/₃ tercios de leña, por tér-

mino medio, excepto en La Floresta, donde por las malas condiciones del horno se consumen 5 tercios de leña por juego para la cocción del barro.

Teniendo en cuenta la capacidad de las vasijas, el tamaño de su diámetro, o sea el número de las que pueden caber en un horno de compactación de sal, y la superficie que ofrecen a la acción del fuego o sea su rendimiento económico, resulta que no es indiferente cargar un horno con cualquiera especie de ollas; pues que unas son más rápidas en el despacho y más económicas de combustible que otras, en relación al peso de la sal que en ellas se compacta. Hay una justa relación entre el diámetro y la altura de las piezas, que las recomienda a los prácticos, ora por la mayor rapidez en las operaciones con economía de gastos en la *campana* de un horno, ora por la mayor economía de combustible en relación a la cantidad de sal de primera clase que producen. Por otra parte, las piezas pequeñas son las más ejecutivas y las piezas grandes son las que producen mejor calidad de sal compactada.

Con agusal de 20 grados, el promedio de gasto de combustible en la salina principal es de 4 por 1 de sal, en peso, con el sistema de elaboración más antieconómico posible.

VII

LOS BOSQUES DE LA SALINA

Topografía de la localidad--Lotes de propiedad nacional--Agotamiento de las leñas--Las *cabuyas* o cables de transporte. Precio de la leña--Dificultad para la elaboración oficial--Los dueños de la salina--Objeción a esta pretensión--Métodos empíricos para la producción--Los arbitrios científicos que deben emplearse--Un camino carretero para relacionar a Casanare y La Salina con la gran carretera del norte.

Cuatro cañadas concurren para formar el estrecho cuenco subordinado al servicio de leñas de la salina, a saber: la del río Casanare procedente del páramo de Novagotes que suaviza su pendiente desde una legua antes de llegar a las fuentes saladas, en la cual desembocan adelante de Córdoba, con fuerte inclinación las otras tres; por la derecha la de Guamaraque, por la izquierda las de Chinibaque y Quibambria, separadas estas dos últimas por el cuchillón de Potrerogrande y Bueipelado. Poco menos de dos leguas mide este cuenco, desde Rodrigoque donde el talud suaviza su pendiente hasta la estrechura de Sisagoque, formada ésta por dos serranías enfrentadas que cierran el cuenco por el norte. Transmontada la serranía de Sisagoque, se encuentra otro cuenco más amplio que el anterior, donde se verifica la

confluencia del Rionegro tunebo y el Casanare; pero este segundo cuenco no presta ningún servicio a la elaboración, por su independencia topográfica.

Entre los ríos Casanare y Chinibaque desciende del cerro de El Palmar, donde en 1629 fundó con tunebos el Padre Domingo de Molina el pueblo de La Sal, un contrafuerte estrecho y agudo que termina en Córdoba, a cuya sombra está la fábrica principal; de modo que la cañada de Chinibaque está separada de dicha fábrica por aquel muro, el cual ofrece una importante depresión en un sitio denominado *Pueblo viejo*.

Análogo divorcio existe entre la cañada de Quilambria y la fábrica de Córdoba, por causa del contrafuerte de Potrerogrande y Bueipelado, procedente del alto Sirín.

Entre la quebrada Quilambria y el valle del Rionegro baja, desprendida del alto de Asavita, la serranía de Sisagoque, que domina a plomo sobre el río Casanare.

Tal es la configuración de la banda izquierda. Por la derecha viene desde el páramo, acompañando al río Casanare, una gruesa estribación que muere en Sácama, y cuyos picos notables son Peñasblancas, El Poleo, Gaitas y San Ignacio. Del alto de El Poleo baja la cuchilla de El Curo, separando la cañada Guamaraque de las fábricas, y otro cuchillón que distribuye aguas entre Guamaraque y El Confite.

La vegetación de este abrupto suelo es la que ha suministrado combustible a la salina desde tiempo inmemorial. Una constante tala de 40,000 a 50,000

cargas de leña por año ha debido arrasar una extensión inmensa del bosque.

La limitación natural del radio de explotación del bosque, dados los medios de transporte, la mayor estrechez impuesta por las condiciones topográficas descritas y la circunscripción de los linderos de propiedad nacional, han puesto al presente la consecución de combustible en bien precarias circunstancias, contra las cuales es preciso buscar el auxilio de un consejo científico.

La Nación posee al contorno de la salina varios lotes de terreno, que son:

1.º Arriba de Rodrigoque y en los orígenes del río Casanare, donde hay indicios de carbón de piedra, unos derechos en la comunidad de Salazar, la cual colinda con Recubeche, con los terrenos de D. José Guarín, con tierras de los naturales del pueblo de Chita y con Las Porqueras. Esta propiedad está fuera del radio de explotación por el actual sistema de transportes; pero podría incorporarse por medio de un sistema de rieles o siquiera de un camino de carros;

2.º El lote de Rodrigoque, limitado por la quebrada de El Confite, el río Remteche, la quebrada de La Raja, y por las tierras de Juan de Dios Rodríguez y Domingo Bayona. Los bosques de este lote sólo son aplicables por el actual sistema de acarreo, a las locerías de Rodrigoque;

3.º Los montes de la iglesia, limitados por las quebradas Honda y Recubeche, la parte del río Casanare que está comprendida entre ellas y por tie-

rras de D. José Guarín. Este lote quedaría, así como el anterior, incorporado por medio del camino indicado para el primero;

4.º El Resguardo, lote central donde están situadas las fábricas, demarcado por los siguientes linderos:

«Desde la desembocadura de la quebrada Confite, aguas arriba de ésta, hasta dar a unos nacimientos que dependen de una laguna ciega; de ahí, volteando por la izquierda, a dar a la cima más alta, llamada Peñasblancas; de ahí, volviendo por la izquierda por toda la cima más elevada, que linda con tierras de Sácama, pertenecientes a los herederos del finado Juan de Dios Rodríguez, que continúan hasta el alto llamado El Poleo; de éste, toda la cordillera, a dar al alto que llaman Las Gaitas; de éste, al alto más elevado llamado San Ignacio; de éste, al alto que llaman de Las Cruces; de éste, línea recta, a dar al río Casanare; siguiendo aguas arriba de éste, hasta encontrar la quebrada llamada Quilambría; de este punto, tomando las aguas de esta quebrada arriba, a topar con la quebrada que llaman de El Norte, que baja cruzando el camino que viene del Cocuy; de aquí, tomando quebrada arriba, hasta dar al pozo hondo que llaman El Barro, que está en el mismo camino; de ahí, tomando línea recta, a dar al cerro más elevado de Potrerogrande, llamado Sirín; de éste, tendiendo la vista, a dar al alto más elevado, llamado El Palmar; tomando toda la cordillera hasta encontrar el primer chorro de donde se forma la quebrada de Honda; de ahí, aguas abajo, lindando con tierras

de la iglesia que llaman Tamueque, hasta la entrada de dicha quebrada en el río Casanare; de ahí, río arriba, al primer lindero.» Este gran lote puede tener una extensión de más de 5,000 hectáreas; pero está totalmente arrasado, excepto en aquellos puntos en los cuales ha sido muy difícil el transporte de leñas. Un esfuerzo más en estos transportes, y quedará convertido en rastrojos. Sobre este lote hay un pleito pendiente, promovido contra el Gobierno por los herederos del Sr. Dr. José María Calderón y otros, como representantes de una merced hecha por el Rey en 1770, a favor del Capitán Gabriel de la Fuente Oviedo, de dos *estancias de pan llevar*, situadas en tierras de Chita, La Salina y Sácama.

5.º La Estancia de Quilambria, pequeño lote de 600 a 800 hectáreas, comprendidas entre la quebrada de su nombre, el río Casanare, el Rionegro y una línea entre la primera y el último que pasa por el alto de Asavita, con exclusión de los terrenos llamados de Valderrama que quedan incrustados por el lado de Rionegro. Este lote es aplicable en parte a la pequeña fábrica de Córdoba y en parte es inaplicable por estar al respaldo de la serranía de Sisagoque; y

6.º El globo de tierra denominado Rionegro, de inciertos y mal definidos linderos, inaplicable como el anterior por estar fuera del alcance de los transportes económicos actuales.

La excéntrica situación de las fábricas, con relación al perímetro de los terrenos, ha dado por resultado que el corte de las leñas haya llegado hasta los límites del costado occidental y haya traspasado a

terrenos ajenos, antes de llegar al límite oriental, probablemente de imposible alcance por obstáculos invencibles. La falta de un conocimiento exacto de los linderos y quizás el consentimiento del colindante, han favorecido la elaboración y disimulado o encubierto la extremada pobreza de combustible en que hace algún tiempo entró esta salina.

Interesante hubiera sido levantar el plano acotado de los terrenos dependientes de la salina, con expresión de la parte de bosques útiles aún, de los inaplicables por estar situados en cuencos inaccesibles, y de los rastrojos, para poder presentar deducciones precisas sobre el tiempo de supervivencia que le resta a esta empresa nacional, por falta absoluta de combustible; pero este utilísimo trabajo no puede llevarse a efecto oficiosamente, sin apoyo del Gobierno.

Con los informes de los prácticos y por medio de experimentos directos, se podría saber cuánta leña suministra, por término medio, una hectárea de bosque y con ello con qué velocidad marcha la tala. De la misma manera podría saberse otro tanto, experimentando en los rastrojos. Así también se podrían comparar el poder de las leñas procedentes del bosque y del rastrojo, y sus precios.

La mala calidad del terreno hace que el renuevo de la vegetación sea tardío y raquítico; de modo que los rastrojos son un recurso de elaboración muy efímero. Donde se ha apelado a este recurso se ha presentado después definitivamente la paja, como se ve en la cuchilla que domina la fábrica.

Los diversos períodos por que ha debido pasar la elaboración con respecto a la mayor o menor proxi-

midad de los bosques, han impuesto diversos medios de transporte, más y más gravosos con el tiempo. Primeramente el transporte a espalda humana, cuando los árboles crecían a las goteras de la fábrica o cuando el trabajo de los indios esclavizados era casi gratuito; después este medio se hizo costoso y fue necesario adoptar las bestias de carga; después, las rastras o carretones de montaña, hasta donde lo permitió el terreno; llegó a ser imposible o antieconómico el acarreo con fuerza animal y fue preciso idear el acarreo mecánico de las *cabuyas*, empleado actualmente, el cual va corriendo la suerte de los anteriores. Hoy los obstáculos que median entre los bosques y las fábricas reclaman otros artificios de transporte.

El ingenioso acarreo por cuerdas de fique suspendidas, de que se hace uso en La Salina, con la gravedad como motor por la inclinación de la montaña, ofrece muchos puntos de estudio por su aplicación a varias empresas en nuestro arrugado suelo. El transporte de la caña en los trapiches, por ejemplo, podría hacerse con grandes ventajas por medio de las *cabuyas*. Una inclinación de 23 por 100, por lo menos, y con suficiente tensión para que el seno de la cuerda se venga a formar en el apoyo inferior, son condiciones suficientes en La Salina para que el tercio de leña suspendido de un gancho o *garabato* de madera, se deslice sin dificultad. A medida que la inclinación es menor, la tensión debe aumentar para que la cuerda no ofrezca seno donde se detenga el movimiento. El límite inferior de la inclinación y el máximo consi-

guiente de la tensión los da el ángulo de frotamiento entre la madera del gancho y la fibra del cable. Llegar el caso de que la tensión supera la resistencia del fique y entonces se revienta la cuerda. Hay, pues, una relación entre aquellas dos condiciones que es preciso conocer para encontrar el mínimo de la una y el máximo de la otra, dentro de los cuales se acomodan los casos prácticos.

Para no hacer demasiado fatigoso el presente estudio, no se incorporan en él las ecuaciones que conducen a la generalización del problema; pero se dan los resultados aplicables al caso concreto, a fin de explicar las dificultades ya insuperables que ofrece el sistema de transportes de leña en La Salina.

Cuando la diferencia de nivel entre los apoyos es de un 70 por 100 de la distancia que los separa, la tensión es mínima, caso muy raro en la práctica. Lo frecuente varía entre el 23 y el 33 por 100.

Las cuerdas usadas en La Salina tienen tres centímetros cuadrados de sección, y aunque soportan momentáneamente grandes pesos, no deben someterse a una tensión constante de más de 120 kilogramos. Lo que allí se llama un tendido o sea la longitud de un tiro de cable, es de 70 brazadas o sea de 120 metros, y pesa 19 kilogramos próximamente. Un tercio de leña pesa 40 kilogramos. Con estos datos, la máxima separación teórica de los apoyos es de 526 metros para la mínima tensión, procedentes del 70 por 100 de inclinación. Para un promedio usual de 28 por 100, la separación máxima de los apoyos no puede pasar de 360 metros.

El empleo de cables de acero y poleas en vez de ganchos, permitiría aprovechar pendientes menores del 11 por 100 y salvar grandes distancias, según el diámetro de aquéllas; pero como esta innovación no se ha introducido en La Salina, no obstante existir allí los elementos para hacerlo, por falta de capacidades técnicas en la administración, se puede asegurar que allí las hoyas cuya pendiente sea menor del 25 por 100 y aquellas fajas de terreno distanciadas por cañadas de más de 500 metros de anchura, son inútiles para la elaboración, aunque estén dentro del cuenco de La Salina, descrito atrás. Esto sucede, como queda dicho, con las tierras de Salazar, Rodri- goque y la Iglesia, situadas a nivel insuficiente para establecerles transportes aéreos por medio de *cabu- yas*, y sucede por causa de las cañadas con las tierras de la Estancia de Quilambria. La parte alta de la hoya del Chinibaque satisface las condiciones necesarias, pero dicha región está fuera de los linderos de propiedad nacional. Todo lo cual demuestra que la salina carece de combustible, aunque tiene muchos bosques.

El precio de la leña alcanza proporciones ruinosas para la salina por estas dificultades. Un tercio de leña, con 40 kilogramos de peso, representa en tala, pica, arrume, etc., en montaña, un costo de \$ 0.12¹/₂

Transporte en 5 kilómetros de cable, a razón de \$ 0.03 ¹ / ₂ por kilómetro.....	0.17 ¹ / ₂
Movimiento en puerta de horno.....	0.00 ¹ / ₂

Valor de un tercio de leña..... 0.29¹/₂

Una arroba (12¹/₂ kilogramos) de sal compactada

requiere en esta salina cuatro veces este peso en leña (50 kilogramos) o sea 1¹/₂ tercios, por valor de \$ 0.32¹/₂. De modo que hoy cuesta la elaboración de una arroba de sal en esta salina por lo menos \$0.50, teniendo en cuenta los otros gastos, como loza, bombeo del agua, administración del horno, etc.

Si para facilitar y abaratar la elaboración, se lanzara la idea de que el agusal debía llevarse a los bosques, subiéndola en cántaros, ya que bajando la leña por *cabuyas*, la salina no da abasto al consumo y el precio del artículo resulta carísimo, se diría que no hay calificativo en la crítica económica para censurar semejante arbitrio. Aquello equivale al ingenioso recurso ideado por algún gallego para limpiar de yerba el tejado de casa, consistente en subir a él la vaca y el pollino!

Pues no es otra la pretensión que de tiempo atrás abrigan los vecinos del pueblo de La Salina, al preconizar el sistema de la libre elaboración, fundándose principalmente en dos argumentos, al parecer decisivos: es el primero, que habiéndose escaseado y encarecido las leñas hasta el punto de hacerse ya casi imposible al Gobierno la elaboración, el recurso que le queda a éste es vender el agua salada al pie de las fuentes, para que el público elabore libremente; y es el segundo, cierta teoría que tienen los habitantes nacidos o establecidos en un pueblo donde hay salina, de que la mina es un dón que la Providencia les ha concedido a ellos y que el Gobierno les ha arrebatado. Suelen los blancos, nietos de españoles, sostener esa tesis por medio de la tra-

dición indígena, ante la cual parece que el Gobierno colonial desposeyó a las parcialidades que ocupaban las salinas. La simple enunciación de ambos argumentos sobre libre elaboración bastan a un criterio analítico para encontrarles la correspondiente, decisiva objeción: el sofisma en ambos casos estriba en establecer diferencia entre el *público* como entidad y su legítimo representante que es el *Gobierno*. Lo que es antieconómico para el Gobierno, es antieconómico para el público y lo es para la nación de que éste hace parte, ya sea tumultuariamente ya sea organizado en pueblo, ciudad, municipio o parcialidad. Incorporadas en el Gobierno colonial las diversas nacioncillas, tribus o parcialidades indígenas, por virtud del supremo derecho de la Conquista, se sustituyó el Gobierno colonial en todos los atributos y poderes de los Gobiernos indígenas parciales, a fin de constituir una sola y gran nacionalidad. Dondequiera que en una u otra forma se ha verificado la *unidad nacional*, los fueros municipales y de los condados han desaparecido, incorporados en aquélla, salvo el caso de un estatuto federal en contrario.

En ejercicio de este supremo derecho de propiedad, puede la República otorgar a los pueblos que circundan una salina la merced temporal de la libre elaboración, si esto conviene a las necesidades nacionales a que debe estar consagrada; pero en ningún caso ni por ningún motivo debe el Gobierno despojarse de la obligación que le incumbe de elaborar por su cuenta, con el objeto de alcanzar siempre con el producido, la magnitud de la demanda de sal

como artículo indispensable a la vida. Así sortea la posibilidad, y acaso la aspiración de una parcialidad, de constituir al resto del país en su tributario.

A la salina de Chita el Gobierno está obligado a hacerle producir por ahora 14,000 @ mensuales, para cubrir el radio de consumo personal, y luego 10,000 @ más para atender la demanda de la industria pecuaria de Casanare. «Pero esto es imposible. No hay leñas suficientes,» contestará el Ministro de Hacienda.

Ha agotado el Ministerio todos los recursos científicos imaginables en su sabiduría y en su patriotismo, para obtener aquella producción?

Va para veinte años que yace arrinconado en el depósito de trebejos inútiles de la salina un cable de acero, con sus apoyos y poleas, en espera de ser montado a lo largo del río Casanare, para utilizar las leñas que en dicha hoya se precaven del transporte en *cabuyas*. Hace otro tanto que el autor viene aconsejando en la Prensa el reemplazo del actual sistema de hornos por otro económico de combustible, a fin de producir más con el mismo consumo (1).

Es de pública voz y fama que a inmediaciones de la laguna de Ucubí, en los nacimientos del río Casanare, en terrenos llamados de «Salazar,» en los cuales es copartícipe el Gobierno, hay una mina de carbón de piedra, cuyas muestras ha tenido el autor a la vista, y nunca se le ha ocurrido a este desentendi-

(1) Véase, entre otras: REVISTA ILUSTRADA, *Ignorancia industrial*, vol. I, número 6 (año de 1898). REVISTA GRIS, *Diaquis*, entrega 6.ª (1894). REVISTA DE OBRAS PUBLICAS, *Salina de Zipaquirá*, vol. IV, número 11 (1907).

do copartícipe de aquella comunidad despachar una Comisión de geólogos a estudiar ese suelo en general y a localizar este depósito de hulla en particular. Nunca se le ha ocurrido al Gobierno pagar un visitador inteligente, con instrucciones de que estudie la posibilidad siquiera de cambiar radicalmente el sistema calorífico de concentración por otro mecánico, a fin de utilizar en ella la inmensa fuerza hidráulica del río que corre al pie de las fábricas. Y para justificar los más descabellados métodos de producción de sal, adoptados de tiempo atrás por el Gobierno en esta riquísima salina, se arguye que ya no hay leñas!

Para acarrear la hulla del páramo, para transportar hacia Boyacá a bajos fletes la sal de que carece ese infortunado pueblo, y para llevarla a Casanare a difundir con ella la civilización de las tribus y la reducción de los ganados silvestres, se impone la construcción de una vía carretera, que partiendo del cuenco del río Chicamocha, pase por el sitio de la hullera en el páramo y por La Salina, y termine en Támara. De Belén de Cerinza a Lagunaseca, pasando por Socha, por terreno ligeramente quebrado y a una altura poco diferente de la altiplanice boyacense (2,600 metros sobre el nivel del mar), hay próximamente 35 kilómetros de camino, fácilmente habilitable para carros; de Lagunaseca a Los Corrales, borde de la mesa paramosa, hay 20 kilómetros para subir 900 metros, con una pendiente del $4\frac{1}{2}$ por 100; la mesa tiene por esta vía sesgada para pasar el páramo de Novagotes, 30 kilómetros de suelo casi horizontal; del borde oriental de la mesa a

La Salina hay 20 kilómetros, para descender 1,200 metros al 6 por 100 de pendiente, y de La Salina a Támara hay 65 kilómetros para descender 1,000 metros, con muchas contrapendientes que pueden representar otros 1,000 metros, para no poner pendientes mayores del 5 por 100. En suma: de Lagunaseca a Támara hay necesidad de construir 27 leguas de carretera. Esta distancia se reduce en tres leguas de páramo, llevando la carretera por Chita; pero, en cambio, se alarga y se dificulta el trayecto de Lagunaseca al mismo pueblo de Chita, para relacionar La Salina con la gran carretera del norte.

VIII

LA COLONIZACIÓN DE LOS HUMILDES

Donde se ventila el proceso contra el Llano--Lo que fue la hacienda de *Ocoa* y motivos de su ruina--La hacienda de *El Buque* en lucha con la guerra, la caída del café y el papel moneda--Ya pasó el peligro para los grandes empresarios--El espantajo de la chimenea de *Servitá*--Los que pasan con su escopeta al hombro--Los *conucos* se salvan de las depredaciones de un régimen fiduciario--La democracia de los árboles--Seducciones de la selva--Aplicación del dinero de los ricos--La colonización de los miserables.

El Llano es engañoso: hombres trabajadores, inteligentes y acaudalados se han arruinado allí. Tal es la fórmula del proceso abierto contra el Llano. Quede constancia de ella, en prenda de buena fe, y adelante!

Era *Ocoa* en 1869, según relación del Dr. Restrepo, una bella hacienda de café, cacao y pastos artificiales, establecida científicamente por los Sres. Narciso Reyes y Federico Silva, en la zona de bosque del pie de la cordillera, a orillas del río de su nombre, el cual viene casi íntegramente por entre esta zona, atravesándola diagonalmente desde las inmediaciones del nacimiento del Rionegro hasta desembocar en el Guatiquía.

Una bellísima alameda de árboles frutales conducía a las confortables casas de habitación, donde la esposa de uno de los propietarios, dama de exquisita cultura, hacía los honores de una hospitalidad espléndida.

70,000 arbustos de café en filas paralelas cortadas en ángulo recto, perfectamente cultivados y limpios, formaban con 600 matas de cacao y varias dehesas, el patrimonio de la compañía Reyes & Silva, arrancado a viva fuerza y paciente labor a la madre tierra que defendía sus dominos salvajes con los mil aliados de pestes, insectos y rastrojos, en reproducción vertiginosa.

Llamaba especialmente la atención del visitante el departamento de maquinaria, movida por fuerza hidráulica, para el beneficio del café y el arroz, obra de la observación científica y el ingenio mecánico del Sr. Silva, verdadero agrónomo a cuyos artificios cayó vencida la selva, para dar lugar a la industria sabia y pródiga.

Cuarenta y tres años después atravesó el autor de este libro la misma selva por una trocha rectilínea trazada por D. Luis Convers, descabezando la hacienda de *Ocoa*, para servicio de los cacaotales de *El Cocuy* y *La Trinidad*, que él ha fundado a orillas del Rionegro, y pudo ver con profunda melancolía, con la que invade el ánimo de quien lee la historia de las grandezas humanas, que de la hermosa hacienda de *Ocoa* no quedaba ni siquiera el recuerdo preciso del sitio que ocupó: la selva victoriosa recuperó sus dominios!

La guerra de 1876 hizo suspender temporalmente al Sr. Silva la lucha que tenía empeñada sin tregua con la naturaleza bravía, y el rastrojo, ese precursor implacable del dominio salvaje, invadió las dehesas, el cafetal y los senderos. Para reanudar la lucha se necesitaba una nueva juventud en el Sr. Silva, en cuyos bigotes blanqueaba ya la flor del otoño,

La baja del café en los mercados de Europa y Estados Unidos, que sobrevino, para colmo de males, después de la guerra, acabó definitivamente de consumir la ruina de *Ocoa*.

En la hacienda de *El Buque* se ha acumulado durante cincuenta años el fruto del trabajo y la tenacidad de dos hombres excepcionales, el Sr. D. Sergio Convers y su hijo D. Luis, representativos ambos de una generación atlética: grandes dehesas, cultivos de café, ingenio de cañas, plantaciones de sarrapia, caucho, palmeras, plantas textiles, árboles industriales, etc., casas de habitaciones, casas higiénicas para obreros, botica, talleres de carpintería y herrería, tejares, instalaciones hidráulicas, maquinaria para beneficio de azúcar, café, arroz, etc.

En graves dificultades ha estado esta hacienda en su lucha contra el rastrojo y la crisis económica, como la de *Ocoa*, pues ha sido sometida a más rigurosas pruebas. Primero la *guerra de los tres años*, durante la cual fueron víctimas de las más crueles persecuciones el personal, los semovientes y los cultivos, por parte de un Gobierno que acogió como sus agentes a enemigos gratuitos de la virtud, el talento

y la riqueza bien adquirida, para castigar el derecho de insurrección que habían sostenido sus hombres en 1876, contra neutrales que, como los Convers, no tenían más delito político que sus platónicas ideas; después la crisis en que dejó sumido al país la inconsiderada, enorme y estúpida inundación de papel moneda a que apeló el Partido gobiernista para sostenerse en el Poder, la cual perturbó profunda y radicalmente tanto la moral pública como la fisiología nacional; y por último, la baja del café en los mercados mundiales por causa de la enorme producción brasilera, la cual consumió en la ruina las más florecientes empresas agrícolas del país. Sin embargo, el rastrojo no alcanzó a devorar los cultivos, ni las zarzas y el comején alcanzaron a invadir las habitaciones; gracias a la energía formidable de D. Luis Convers, quien escondido en la selva durante la guerra, defendía su finca contra la locura destructora, como si representara en mínima parte la Providencia de la riqueza nacional!

Dividida hoy la grande hacienda de *El Buque* entre los numerosos hijos de su fundador, quienes empiezan a vender a personas extrañas los lotes que les correspondieron, para someter las grandes acumulaciones a la ley democrática de la subdivisión por la herencia, las pequeñas fracciones del trapiche, el cafetal y las dehesas con terreno donde expandirse al esfuerzo de nuevas generaciones, serán otros tantos puntos de apoyo al trabajo invasor del hombre sobre los dominios de la selva. La obra de los Convers sobrevivió para bien de la civilización del Llano.

Ya el peligro ha pasado, gracias a la moralidad que se ha implantado en el Gobierno después de la guerra y a la redención económica por la valorización del café, por la exportación de bananos y sobre todo, por haberse renunciado a la emisión del papel moneda. Sin embargo, los efectos del mal pasado arredran todavía para los proyectos del futuro, a virtud de una ilusión que consiste en creer que continúa el movimiento después de que éste ha cesado, en sentirse úno enfermo después de haber recuperado la salud o darse de joven después de haber entrado en la edad de la decadencia. La ilusión del *ayer* después de un desastre, paraliza muchas voluntades cuando fuera tiempo de ponerse en actividad.

Todo hace pensar que amanece para Colombia, después de larga noche.

Sobre la base de *La Vanguardia*, *El Buque* y *Ocoa*, haciendas florecientes entonces merced a un propicio instante económico y social que pasó con la rapidez de un soplo de primavera, hizo el Sr. Restrepo su libro sobre la llanura oriental: multiplicó, de acuerdo con los gérmenes prolíficos de la tierra, las labranzas y los cultivos; contó los ganados que se duplican cada cuatro años, y las llanuras de Mesopotamia eran cortas para contener los productos de su multiplicación; midió con ojo de estadista las potencialidades del Llano y quiso levantar con ellas la magnitud del poderío de Colombia en Sur América. Pero su obra literaria fue estéril como la prédica en el desierto y su labor industrial en la región, que él acometió para robustecer la doctrina con el ejemplo,

fue contraproducente, porque su desastre sin el análisis de las causas que lo produjeron, ha servido de espantajo a los tímidos. La chimenea de *Servitá* guarda la entrada de la llanura y desanima al caminante con la amenaza de Caribdis.

Sin embargo, los que no leen en los libros ni en los vestigios del desastre ajeno siguen pasando por la garganta de *Servitá* con su escopeta al hombro, sobre las huellas de su predecesor D. Esteban Aguirre, y duplican la población de Villavicencio y hacen un pequeño desmonte en la floresta o encaminan su éxodo hacia la llanura, en busca no de las grandes haciendas y la opulencia, sino del pan diario que les enseñó a pedir el Sabio.

En el pequeño *conuco* hay siempre plátano y yuca en abundancia, cuyo sobrante vendido el domingo en la feria del pueblo, da para comprar la sal y los pañuelos y alcanza para una copa de aguardiente, consejero de riñas y divorcios. De Villavicencio a la *Boca del monte*, donde se presenta la llanura, hay un hermoso camino bajo la selva, y es de verse los días feriados por la tarde el desfile por él de los labriegos, montados en tardos bueyes, de regreso a sus labranzas, tranquilos y carialegres.

En la tierra de Dios las grandes haciendas se enrastrojan al primer toque del tambor bélico y los frutos de exportación que ellos producen se apolillan al picarlos el gorgojo del papel moneda. Las pequeñas labranzas quedan generalmente ocultas a la depredación del bandalaje y sus productos que son el pan del día, los frutos del país, suben de precio al

compás del despojo oficial, decretado con el curso forzoso de la moneda falsa, Cuando los huevos están a peso, es porque los pesos están a huevo.

En estas laderas no se ven sino por rareza árboles gigantescos, de aquellos que asoman sus copas por sobre el nivel común del follaje; porque allí preside en el bosque, como en el pueblo, una especie de democracia suprema, bajo cuyo amparo crece el rastrojo y marcha la colonización hacia la llanura.

La selva del pie de la cordillera ofrece seducciones imponderales: su luz verdosa fascina la vista, el arrullo de sus rumores deleita el oído, el perfume delicado de sus bálsamos embriaga el olfato y su ambiente tibio y húmedo, cargado de ozono, alegra el corazón y subyuga la inteligencia. Quien, como Esteban Aguirre, recorre sus frondas al amor de sus encantos, sueña con abrir en ella un pequeño desmonte y construir allí un refugio de paz y ventura. La selva tiene, como la sirena, voces engañosas para atraer a los hombres y someterlos a la ley de su santa democracia.

Hay en la selva un poderoso hechizo que hace al colono más confiado en el porvenir y más generoso; pues con gesto de satisfecha indolencia mira crecer las cuatro matas que habrán de darle el pan, sin contar con mezquina aritmética el fruto pródigo. El derrocha las horas y los dones que, como los denarios del Evangelio, pone la Providencia todos los días en su bolsa, y no entiende o desdeña el consejo de la codicia sobre reproducción de la riqueza mediante prescripciones de una economía incomprensible. Qué

va a preocuparse por esto quien está presenciando el derroche perenne de aquella misma Providencia como un mentís a las cicateras teorías de los hombres!

Y es que la selva tropical hace musitar permanentemente a sus hijastros una letanía de prodigios: a la flor colmada de colores y perfumes, al insecto opulento en galas, a la planta montaraz pródiga en bellotas, a la vida en todas sus manifestaciones que fulgura por mil renuevos.

La mirada bolonia que le dirigen los labriegos de la selva tropical al propagandista de los números cuando les aconseja la suma, el ahorro, la acumulación y pretende seducirlos con la tentación del producto intensificado por los métodos científicos, parece traducirse en esta respuesta:

—Pobrecillos vosotros, los hijos de la ciudad, imbuidos en la triste filosofía de las necesidades nunca satisfechas, aunque contéis vuestros caudales por millares, vuestros predios por kilómetros cuadrados y vuestros cultivos por millones de plantas!

Para aquellos hijos de las ciudades que profesan la desoladora filosofía de la miseria, que no cuentan su caudal ni por centavos, su suelo ni por pulgadas y sus cultivos ni por unidades de plantas, pues no alimentan en sus tugurios una flor, aunque no escrito para ellos, va también dirigido el presente capítulo. Millares de miserables azotan las calles de la capital de la República y todas las poblaciones de la serranía, sin dar tregua a la demanda pordiosera; centenares de pilluelos y rateros asaltan a toda hora

al descuidado transeúnte, asechan hambreados los almacenes y se introducen furtivos a las habitaciones; sinnúmero de estafadores, trapaceros y cesantes martirizan su intelecto día y noche en busca de un sistema fácil de explotar al prójimo, de hacer fortuna o de intervenir en la lucrativa administración de la cosa pública; cuando con un ligero auxilio de las sociedades benéficas, con la ejecución de las protectoras leyes de policía en su favor, más que en servicio de la sociedad de que son parásitos, y con una económica ley de fomento podrían trasladárseles a veinte leguas de distancia, a donde la Providencia a manos llenas reparte sus dones.

Por ahora, el autor en su propósito de colonización del Llano no se ha valido del argumento de lucro en grande escala para estimular la codicia de los grandes capitalistas, como lo intentará a modo de corolario, y no más que como un corolario, en los capítulos subsiguientes. Los grandes capitalistas están, en su concepto, llamados a fecundar la industria cómoda de la altiplanicie, mediante la construcción de vías férreas, el establecimiento de ferrerías y grandes industrias, la mejora de las razas en la Sabana de Bogotá, el uso de la agricultura intensiva por los abonos, etc.: cada cual en su puesto. Por esta consideración no se propuso en las anteriores páginas hacer la defensa formal del Llano en el proceso que le pretenden abrir los ricos por el desastre de la hacienda de *Ocoa*; ha alegado en su defensa, de modo secundario, la prosperidad de las haciendas de pastos de *El Triunfo*, *La Vanguardia*, y *El Buque* en la parte

de sus dehesas, para demostrar que el desastre de aquella finca y de las de *Servitá* y *San Lorenzo*, no deben atribuirse a ingratitud de la tierra sino a otras causales, como el desacierto en la elección del cultivo o a la crisis económica que desató sobre este infortunado país el papel moneda.

Tampoco pretende el autor fundar su sistema de colonización del Llano con la emigración de los pordioseros, rateros, estafadores y empleómanos de que está infestada la población de la cordillera por un mal régimen caritativo, policial y político: da un consejo simplemente para solucionar aquellas dolencias sociales, para la fundación de colonias benéficas; pero las considera más bien perjudiciales a la civilización del Llano, como portadoras de vicios que la retardan y enferman temporalmente.

La base sana y propicia de la colonización está en la expansión de los labriegos, estrechados por el arriendo caro, por la servidumbre de las *obligaciones* a que los han sometido los grandes propietarios y por el enrarecimiento económico a que nos ha conducido una administración pública inepta o corrompida. Por esta consideración, el título de este capítulo es *La colonización de los humildes*, y no de los *miserables* ni de los *opulentos*.

IX

LA LLANURA

Descripción de la planicie--Aspecto triste de las sabanas--Relaciones confundidas de tiempo y espacio--Empequeñecimiento de las perspectivas--Los cordones de selva y las *matas* aisladas--Los senderos y la orientación--Las lejanías--El nacimiento del sol--Diferentes especies de suelo--Explicación de los *surales*--La loma de Alvarado--Lo que allí musita el *mohán*.

La media luz verdosa del bosque se torna de repente en luz esplendorosa y brillante, con el mismo efecto que se experimenta al salir de un socavón.

La parte de pastos está guarnecida a uno y otro lado por una orla de bosque, por sobre el cual descuellan los penachos de las palmeras. La ilusión que producen estas líneas paralelas de follaje, es que ellas constituyen las márgenes de un gran río, cuyas aguas amarillentas tienen un rizo de ondulación imitado por la paja movida por el viento. Una mata de arboleda situada en medio del cañón del aquel río estático, a modo de isla, completa la ilusión fluvial. La vista, encauzada por este cañón, busca el horizonte lejano y encuentra las perspectivas del río que la imaginación se ha forjado. Un aliento de lejanía y de marina confusa invitan a la aventura, como cuan-

do se contemplan los espacios en noche estrellada: se siente la provocación de un vuelo, la seducción de lo ignoto, el instinto errabundo de las migraciones.

La soledad y el silencio, la fuerte brisa que viene de allá abajo como mensajera de una región vacía, las lontananzas melancólicas de dos líneas de árboles que se alejan y se pierden de vista, despiertan en el espectador algo como la emoción de una despedida. El buque balanceándose en la rada, el pitazo de la locomotora, el camello enjaezado a las puertas del desierto, todo lo que promete irse prepara en nuestra alma la actitud de un *adiós*. Hay en esto una vaga tristeza.

Otros explicarán en qué consiste la provocación que ofrece la sabana al ensueño, a la meditación, al delirio. La vista del río quieto, del suelo mustio, del espacio callado, por qué levantan en el alma el misterio de lo eterno? Es que la ondulación que se amplía hasta el límite del horizonte transforma nuestras nociones de estática en nociones de dinámica, las cuales, por una sucesión en serie mental, conducen a la concepción vaga del infinito en el tiempo? Al borde del bosque que constituye la vida, limitada e inquieta, y al comienzo de la sabana que, por aquella metáfora mental, parece representar lo eterno, se medita y se sueña....

Dicen en Villavicencio que las leguas y las horas llaneras son muy largas. Cuando un habitante del Llano expresa una distancia, sea en magnitud lineal,

sea en el tiempo empleado en recorrerla, se atiene naturalmente a la noción de espacio a que está acostumbrado. La inmensidad enseña que las leguas y las horas son pasos y son instantes. Para quien mira por primera vez la sabana, le parece que es un potrero y que de punta a punta del bosque que la limita, no hay sino unas pocas cuadras. Por esto, a quien ha mirado por muchos años la engañosa perspectiva, le importan muy poco las leguas y las horas.

El hombre en la sabana es menos que una hormiga: a un kilómetro de distancia se le ve el sombrero y a dos kilómetros ha desaparecido entre el pajonal.

Cuando se alcanza a ver un vaquero que por calidad anda por el mismo sendero que uno recorre, parece que estuviera quieto: sus pasos y los del caballo en que uno galopa se suman para la aproximación, pero la magnitud de los puntos de comparación hacen microscópicos el tamaño del hombre y su velocidad. Los árboles gigantes que bordean los linderos de una sabana, se ven como los enanos matorrales que sirven de valladar a cualquier predio rústico. Una enhiesta palmera que levanta su plumaje sobre el tallo rectilíneo, no se ve más airosa en la llanura que una espiga en un prado.

La consecuencia de esta ilusión de las magnitudes es el empequeñecimiento del panorama. La magnificencia del paisaje pierde, pues, mucho en la mente del espectador.

Como en el mar, el paisaje en el Llano es monótono. A uno y otro lado y a distancias más o menos

largas, siempre una fila casi rectilínea de bosque que, ora se pierde en el horizonte, ora hace una quiebra en forma de península que lo limita. Estas puntas de verdura son las miras indicativas del sendero y generalmente tienen su nombre en el lenguaje pintoresco del llanero. «Entre la punta de *Los cafuches* y la de *El mico* hay una hora.»

Los cordones de selva están cortados por un sendero, cuya entrada es imperceptible, para pasar de una sabana a la sabana vecina. Después de haber recorrido un largo descampado a pleno sol, la travesía de estas cintas de bosque es deliciosa. Por el eje de cada una de estas cintas corre un riachuelo de aguas silenciosas, las cuales en el Llano toman el nombre de *caños*. El paralelismo de los ríos y caños del Llano forma tiras de sabana, desde la cordillera hasta el Meta, con cierta independencia entre sí y en veces aisladas por lo invadable de las grandes corrientes.

Contiguas unas a otras y ensambladas entre sí por una costura de bosque, a derecha e izquierda, por todo el pie de la cordillera, desde Uribe hasta el Sarare, del Mediodía al Septentrión, y hasta los remotos confines de Venezuela y el Brasil, corre la llanura oriental de Colombia, con pretensiones de infinita.

Un *mata de monte* es una agrupación limitada de árboles, un pequeño islote en medio de estos mares de gramíneas. «Donde se muere una res, nace una mata,» dicen los llaneros. Son como oasis del desier-

to, de sombra bienhechora para el caminante calcinado por el sol. Las palmeras se agrupan en familias para formar las *matas de moriche*. Todas las *matas* del Llano tienen un nombre, y casi todas una historia de tigres y sirven al caminante como puntos de itinerario.

— «*Enjila* por la *mata del encanto* a dar con la *mata de los pericos*; muerde el banco de sabana, se recuesta sobre el monte del caño y se deja *d'ir*.» Así dan sus señas del sendero los llaneros.

Cuando la sabana ha sido quemada y está en retoño, se ve el sendero de 30 centímetros de ancho, sinuoso como la huella de un borracho. Esta cinta, casi imperceptible, ante alguna dificultad de más adelante, vacila en su nitidez y se subdivide perpleja para sortear diversas soluciones del conflicto. Pasado éste—un *sural*, un bache, una ciénega, un hoyo—la cinta imperceptible se unifica nuevamente y sigue sin vacilación indicando el rumbo. Pero en veces, después de la subdivisión no aparece adelante la dificultad que hubiera de producirla, y se sigue andando, andando, hasta que el caminito engañoso conduce al viajero al centro de una sabana desconocida, en la cual no se sabe dónde está el norte; entonces, si el viajero no lleva provisiones en las alforjas, puede pasar muchas hambres antes de volver a orientarse. Viejos conocedores de los diferentes bancos de sabana, por evitar un *sural* y en persecución de una res, suelen quedarse desorientados y aturridos en medio de la llanura, sin saber para qué lado echar. No es fácil darse cuenta de cómo se pierde un hom-

bre en un espacio, al parecer limitadísimo y rodeado de muchos puntos de referencia. La *mata de las gualdas* no puede confundirse con la *mata del entelerido*; la *punta de las avispas* tiene una palma descopada que la distingue perfectamente de la *punta del présteme medio* que le queda contigua, la cual termina en un árbol de caucho; el *rincón de los fríos* tiene un morichal en línea recta, al paso que en el *rincón de la médica* hay una laguna que no se presta a confusión, y sin embargo, el hombre aturrido en la sabana que conoció desde niño, descubre muchas *matas* que no había visto jamás y ve otras tantas palmeras descopadas y árboles de caucho a la orilla del bosque y lagunas y morichales en rincones nuevos para él. Eso es lo que se llama, en términos pastoriles, el *encantamiento del banco*.

Vaya usted a dejarse *d'ir* por las señas de un llanero y verá lo que le acontece por estas sabanas de Dios!

El horizonte en el Llano casi siempre está limitado por una línea azul de arboleda que se pierde entre la bruma; pero en raros casos, especialmente en Casanare donde las sabanas son más extensas que en San Martín, la limitación del *banco* se retira de tal manera que se ve en el confín la comba marina. Sobre este disco redondo de la tierra es por donde conviene presenciar el nacimiento del sol. Las estrellas del hemisferio empiezan a ponerse mustias y se apagan una a una; parece que la aurora, como una entidad mitológica, tomara en sus labios la trompe-

ta del bullicio para despertar al mundo y convidarlo al espectáculo, y el mundo de la llanura, compuesto de animalejos de toda especie, como una muchedumbre impaciente, empieza a murmurar por el retardo: los pájaros entonan una verdadera rechifla, las vacas producen un murmullo como de duda, los sapos, las chicharras, los grillos y demás hijos menores de la selva, como chicos malcriados, hacen también en algarrabía insoportable sus manifestaciones de mofa: tal parece que se tratara de un espectáculo chistoso! Y el sol, a la postre, sale dando pequeños saltos, hecho una ascua pero inofensivo, enorme, lento, magnífico y soberbio como un rey, como una Providencia a iluminar la pradera, como un Dios ante quien las flores presentan sus corolas, las mieses ofrecen sus tributos, los elementos vibran a la vida y los hombres de la llanura se prosternan para adorarlo y pedirle mercedes!

No es el suelo de la llanura, como es de fama, una mesa de billar. Cada placa de sabana tiene una inclinación en diferentes sentidos: ora parece que sube el terreno, ora parece horizontal, ya se inclina al norte, ya al sur; en veces tiene un lomo en el centro, en veces ofrece una hondonada bien perceptible. Para formarse una idea cabal del *movimiento* del suelo en el Llano, es preciso comparar las sabanas con los escudos de una tortuga, cada uno de los cuales afecta la forma de una superficie alabeada.

En la llanura se distinguen dos especies de suelo: el banco y el vegón. El primero es alto y seco, el

segundo es deprimido y pantanoso. En medio de los bancos suele haber una curiosa conformación del suelo que denominan *sural* en la región. El sural es un profundo resquebrajamiento de la corteza superficial del suelo, el cual constituye un grave peligro para los ganados y viandantes de a caballo que en él se internen. Caer en un sural puede ser la muerte, por las dificultades de la salida, desde luego que algunos son tan profundos que ocultan una bestia de alta talla. Hay *surales de hoyo* y *surales de zanja*, a cual más fatídicos para el pastoreo. No se confunda el sural con el pantano o el tembladal: aquél es seco en verano y muy barrialoso y resbaladizo cuando llueve y de tan enredado laberinto que una res caída en él no vuelve a salir y sucumbe de hambre y de sed, después de agotar sus fuerzas para engolfarse más y más en el dédalo fatal. Para salvar un toro *ensuralado* hay necesidad de levantarlo en peso con mil dificultades, haciendo pie firme en los almohadillones secos, y sacarlo en andas.

Poco importa saber cómo se forman los *surales* en qué consisten, qué fenómeno geológico los origina; el sural es la peor de las amenazas que ofrece el Llano, inclusive los tigres y los cuivas, y eso basta al conocimiento del colono novel. Pero, con el objeto de explicarlo mejor, vaya la siguiente hipótesis sobre su formación.

Parece indudable que el suelo de la llanura es de origen lacustre. Bajo la capa superficial hay lechos de arcilla, arena, cascajo y turba alternados. Una capa de arcilla seca tiene por debajo otra de arena húme-

da y movediza, la cual al más ligero movimiento produce un vacío que hace el papel de caja sonora al paso de las cabalgaduras, como se observa en muchos sitios que pueden llegar a convertirse en surales. Lluve diluvialmente, como es el caso corriente en el Llano, el agua se apoza y se infiltra por fisuras y enraizamientos; luego vienen el sol y las quemadas del verano a resquebrajar la cáscara falseada, para formar el sural.

La uniformidad es muy socorrida para acrecentar los más pequeños acontecimientos: así los hombres que viven una vida llana tienen generalmente materia para muchas narraciones de aventuras. Otro tanto sucede en la inmensa planicie oriental, donde cualquiera arruga del terreno es como una montaña. Hacia el centro de la sabana de Apiay que se desarrolla entre los ríos Guayuriba y Guatiquía, por ejemplo, hay una cosa estupenda: *la loma*. Es la loma una tequilla que podría medirse por gemes y pulgadas, pero se ve como una cordillera a varias leguas de distancia. En esa loma tenía hace muchos años su casa de habitación el llanero Alvarado, tipo clásico del hombre de la pampa, que ha dejado imperecedero recuerdo. Hoy, por supuesto, en este mover incesante de la vida nómada del Llano no queda del *hato de Alvarado* sino un cariñoso recuerdo, fantaseado por la leyenda; pero subsiste una cosa en la cúspide de la loma: el *ojo de agua* que indujo al viejo llanero a construir allí su casa, o mejor dicho, a armar allí su tienda en la peregrinación del desierto.

Desde la cumbrecilla se contempla en majestuoso conjunto una grande extensión del Llano, como desde el alto de Buenavista y las *Torres de Medina*, y en todos esos observatorios la inmensidad silenciosa y sugestiva, inspiradora de fantásticos y hermosos proyectos, habla el mudo lenguaje de maravillas y opulencias. «Esto va a ser una Argentina septentrional, en cuanto los colombianos escuchen mi voz de llamamiento hacia aquí,» piensa el viajero soñador de grandezas para la Patria. «Por aquí, por el pie de esta loma va a correr muy en breve y todos los días el humilde carretón, cargado de productos del pie del cerro, para embarcarlos en el inmediato puertecillo del Meta: la sal de Upín, a inundar el Orinoco y la Amazonia; el cacao, el arroz, el algodón, la harina de plátano de más de 500 labranzas de los contornos de Villavicencio, a venderse en los mercados de Europa y Estados Unidos, a precios remuneradores que habrán de indemnizar generosamente las labores del *conuco*; por aquí volará después el automóvil sin tropiezo alguno, en busca de la pequeña gasolina que se balancea en Barrigón, para comunicar a Bogotá con Ciudad Bolívar en ocho días; mediante el sabio fomento del éxodo ganadero de las sabanas de Apure, esto va a quedar colmado en diez años, y entonces los *packing houses* y los ferrocarriles y la civilización y el poderío militar....» Tal es lo que musita el *mohán* en la *loma de Alvarado*.

¡Quién pudiera, como Alvarado, montar allí su tienda y aguardar la tarde de la vida, aurora de esplendores para la Patria!

X

METEOROLOGÍA DEL LLANO

Teoría sobre la fijeza de las estaciones en el trópico--La ley de las lluvias--Ocho meses de invierno y cuatro de verano en la llanura--Cantidad de agua llovediza--Un chubasco--Los vientos y la navegación--La brisa y las quemas--Los *huelos* del Llano--El sereno y el rocío--Las aguas subterráneas y la ganadería.

En la región cordillerana de Colombia y de las demás naciones suramericanas que están en el mismo caso, hay una falsa noción sobre las estaciones entre los trópicos, y se cree que éstas tienen la condición peculiar de no ser fijas como en las zonas templadas. La causa de las variaciones meteorológicas en toda la superficie de la tierra es la inclinación de su eje de revolución con respecto al plano de su órbita, y por esta identidad de causa, es de presumirse que la fijeza de los períodos que se cumple en una latitud debe repetirse con igual precisión en todas partes, aunque la magnitud de los períodos varíe con la altura sobre el ecuador. Si la inmersión y la emersión de la tierra en su plano de giro son fijamente periódicas, los fenómenos consecuenciales deben ser fijos también. Los dos principales fenómenos determinantes de frío y calor, lluvia o sequía, en cualquier lu-

gar de la tierra, son la incidencia variable de los rayos solares y la amplitud de los vientos alisios que se reglan por ellos. Estas circunstancias, eficaces en la zona templada, no deja de serlo en la zona tórrida; pero en las regiones montañosas de ésta los alisios cambian de rumbo por los valles y los vientos locales, que dentro de ellos originan las montañas como refrigerantes, ejercen una perturbación en el régimen de las estaciones, la cual es preciso estudiar para encontrar los ciclos perturbadores intercalados en los períodos meteóricos.

La prueba más palmaria de que son las montañas la causa de la irregularidad aparente de las estaciones en la zona tórrida, es que en el Llano, donde no existen esos motivos de perturbación, las lluvias son periódicas con exactitud casi matemática. Suprimidas las cordilleras de nuestro suelo, por una abstracción de la mente, veríamos cómo los vientos alisios del norte y del sur dominaban alternativamente en todo el país y en las épocas de coincidencia (equinoccios de primavera y otoño) determinaban, por una especie de transacción, una línea neutra, con sus meteoros precisamente periódicos.

El estudio de los vientos encauzados y diversificados por los valles intercordilleranos, por observaciones hechas simultáneamente en todas las oficinas telegráficas en conexión con el Observatorio nacional, conduciría indefectiblemente a los hombres de criterio científico a encontrar la *ley de las lluvias* en

Colombia, con provecho para toda la zona tórrida (1).

Por la época del equinoccio comienzan en el Llano las lluvias que trae el alisio del sur y alcanzan su máximo de intensidad en el mes de junio, época de la mayor invasión del sol en el hemisferio del norte, cuando pasa este astro, genitor de todos los acontecimientos, por el trópico de Cáncer, en el solsticio de verano. Estas lluvias continúan en decadencia hasta la aproximación del solsticio de invierno, en diciembre. Pero hay un corto verano en agosto, a la aproximación del equinoccio de otoño, después del cual vuelven a primar las mismas influencias que en marzo, aunque en sentido contrario, por causa del alisio del norte. Los fenómenos de las temporadas equinociales se anticipan al mes de septiembre y se atrasan al de marzo, es decir, que se cumplen en agosto y abril, por motivo de nuestra posición septentrional. Estas dos transferencias alargan dos meses la estación lluviosa, que sólo debía durar seis en el ecuador térmico; de modo que por esta razón en los llanos hay ocho meses de invierno y cuatro de verano.

Durante los meses de invierno en el Llano, cayeron en el año de 1882 las siguientes cantidades de agua en Villavicencio:

Febrero	65.1	milímetros
Marzo	87.7	"
Abril.....	251.2	"
Mayo....	521.9	"

(1) Véase nuestra *Memoria* sobre la necesidad de estudiar oficialmente el clima, presentada al primer Congreso agrícola en su sesión inaugural (abril 16 de 1911).

Junio.....	701.0	milímetros
Julio (en este año se anticipó, por circunstancias ignoradas, el verano de agosto)	273.7	"
Agosto.....	426.1	"
Septiembre.....	458.4	"
Octubre.....	396.8	"
Noviembre.....	000.0	"

El modo como se cumple el invierno en el Llano es por medio de furiosos aguaceros, que son temibles por sus estragos, alternados con días de sol y por vendavales que allí se designan con el nombre de chubascos. Los animales y los hombres se llenan de terror y angustia a la aproximación casi súbita del meteoro: el ganado vacuno corre apresurado en busca de refugio, los caballos relinchan con acento angustioso, las fieras producen lúgubres bramidos y los hombres se cubren de pavor. Nada indica, sin embargo, al viajero novel la aproximación del chubasco. De repente el sol se pone mustio y presenta el aspecto de un eclipse total; las nubes toman un color violáceo, como si se cubrieran con el luto que precedió a la muerte de Jesús; el huracán, al correr por la sabana como fiera desencadenada, silba enfurecido y hace inclinar las copas de las palmeras; ráfagas eléctricas azotan el espacio oscurecido como a la hora de nona, a cuyo chasquido los toros y las vacas arquean el espinazo, las cabalgaduras parecen hincarse de rodillas y en las chozas los hombres supersticiosos apagan el fuego. Las nubes se resuelven primero en gruesas gotas de agua, las cuales atra-

viesan la grande altura de donde caen, como verdaderos proyectiles, y perforan las cumbres de las casas, y luégo es tan rápida la sucesión de balas de agua, que se convierten en chorros. En veces el huracán, los rayos y la lluvia juegan en la llanura un giro de remolino y se alejan devastando cuanto encuentran con fuerza de tirabuzón. La gran velocidad de estos ciclones los hace pasar en pocos minutos; la atmósfera se despeja, un arco iris suele adornar el firmamento y toda la naturaleza sonrío como un niño después de haber pasado el espanto.

El alisio del norte predomina en la época en que el sol se aproxima al trópico de Capricornio, es decir, hacia el mes de diciembre. Entonces hay *nortes* propicios a la subida del Orinoco y del Meta, al impulso de la vela en contra de la corriente.

Otro tanto sucede en verano con los vientecillos de oriente, para surcar a la vela los tributarios de aquellos ríos que cruzan en esa dirección nuestra gran llanura. En tales épocas es más fácil la subida que la bajada de los ríos; circunstancia muy de tenerse en cuenta en los itinerarios de transportes, para la aplicación industrial del Llano.

La temperatura en las sabanas durante el día pasa de 35°. Mirando el pajonal a cierta distancia se le ve vibrar por el enrarecimiento del aire, como la cúpula de un horno. Sin embargo, esta temperatura es soportable y aun se hace placentera por causa de la brisa que sopla de oriente durante el verano. Entonces es periódica en el transcurso de un día: comienza entre las ocho y las nueve de la ma-

ñana y calma entre las tres y cuatro de la tarde, salvo los días sin sol, en los cuales no hay brisa o es muy tenue y el bochorno se hace insoportable. Estas circunstancias demuestran que se trata de un viento local, establecido rastaramente entre la llanura y la cordillera, por la calefacción del suelo al medio día.

Este viento seco del verano presta gran servicio en la operación de las quemas, principalísima y casi única labor agrícola del Llano. Dice alguna leyenda indígena que la brisa es la amiga del fuego y la enemiga del sol. En efecto, sin brisa no se pueden hacer las quemas de los pajonales, de cuyo retoño se sustentan los rebaños. Una buena brisa, seca y retuesta la paja de las sabanas en los primeros días del verano y a su soplo después avanza la quema, la cual se inicia siempre en la parte baja u oriental del banco, para que invada la sabana de beneficio. Las quemas se hacen, pues, en verano con buena brisa y buen sol, y es de verse la tarea de los llaneros con sus hachones, tendidos en larga fila, comunicando el fuego a los pajonales. Entonces el cielo se cubre de humo y el horizonte no ofrece las mismas nitideces que en invierno. Por la noche la marcha del fuego en las extensas sabanas y el cielo enrojecido ofrecen un espectáculo magnífico.

Las praderas del Llano en retoño, en los primeros días del invierno, son de una hermosura sin rival y hacen la delicia de los rebaños. Endurecida ya la paja, cuatro meses después, escasea el sustento de la grey; pero viene el veranillo de agosto, durante el cual se hacen las quemas de travesía.

Es la brisa enemiga del sol, en el concepto de la leyenda indígena, porque le impide insolar a los hombres y a las bestias con sus rayos de fuego. Cuando el día está nebuloso la brisa corre tenue y agita discreta los cantos de la ruana blanca; cuando, por el contrario, el cielo está despejado y el sol despliega todas sus energías, la brisa corre presurosa y sacude con alegría todo cuanto encuentra a su paso, inclusive las ruanas y los sombreros. La ruana blanca y la brisa se ponen de acuerdo para burlar el castigo del sol en las espaldas del viajero. El barboquejo, aunque un tanto simplón y ridículo, se impone también como auxiliar del viajero en los Llanos.

Otro agente precursor de las quemas del verano, porque reseca y retuesta toda especie de vegetación intrusa entre el pasto natural de las praderas, es el *hielo* del Llano. El agricultor de la altiplanicie, al ver esta palabra que adrede aparece subrayada, se quedará lelo. Hielos en el Llano! Sí, señor, eso que en la Sabana de Bogotá llaman también *helar*, es un meteoro acuoso que se cumple en la ardiente llanura, en idéntica forma y con el mismo efecto. Ni aquí ni allá hay hielos o escarcha nocturna, consistente en la congelación del vapor de agua sobre los vegetales durante los intensos fríos de la noche, por debajo de cero grados. Pero aquí y allá la condensación del vapor de agua de la atmósfera saturada, se cumple en veces en forma de un polvillo que al recibir los rayos del sol se torna instantáneamente al estado de vapor, con hurto brusco de temperatura sobre las hojas o cogollos sobre que estaba depositado

Esta captación instantánea de calor que verifica el polvillo sobre los vegetales tiernos, hace la misma función que la mezcla frigorífica en las garrapiñeras para hacer helados: congela la savia de los vegetales y destruye sus tejidos con apariencias de quemadura. Cualquiera que sea la hipótesis adoptada para explicar el fenómeno del *hielo*, es el caso que tanto en la Sabana de Bogotá, a 2,600 metros sobre el mar, y 14° de temperatura media, como en el Llano, a 200 metros sobre aquel nivel y 28° de temperatura, se cumple el meteoro con idénticas apariencias y efectos.

Amanece el cielo profundamente azul, la atmósfera fresca, casi fría por comparación, aunque el termómetro acusa 20°, y por el aspecto holandés del paisaje, por las neblinas que se levantan del suelo, por el vaho de las vacas que se acercan al corral en busca de sus hijos, y sobre todo, por la capa de rocío menudísimo y blanquecino que cubre la planicie a modo de escarcha, se experimenta al amanecer en el Llano la ilusión de que se está gozando de un asueto dicembrino en la Sabana de Bogotá. Ha *helado*, y al salir el sol como una bola de fuego, pone sus rayos sobre la pradera y la quema.

Cuando el capricho de la aventura pone al excursionista en la necesidad de colgar su hamaca entre dos árboles, para pasar la noche a la intemperie, no valen las hogueras que se encienden en el campamento contra las asechanzas del tigre, para evitar la sensación del frío nocturno y aparecen al día siguiente verdaderamente mojados los abrigos por el

sereno y yertos los vestidos de dormir por la condensación del tenue vapor del cuerpo al transpirar.

El rocío de la noche es, pues, abundante en el Llano y atenúa en parte durante el estío la absoluta ausencia de lluvias. Entonces, aunque la vegetación subsiste y los pastos no se agostan del todo, los ríos se reducen a un ínfimo caudal y los caños y abrevaderos del ganado se extinguen por completo. Largas correrías tienen que emprender los rebaños en busca de aguas, especialmente en Casanare y Arauca, donde la anchura y amplitud de las sabanas y el alejamiento de las corrientes perpetuas, obliga la utilización de los pantanos y lagunas como bebederos. Afortunadamente el subsuelo del Llano está formado por capas alternadas de arena, cascajo y un riego de piedra suelta, a cortas profundidades, por las cuales se desliza el agua subterránea que a modo de esponja infiltra constantemente el ancho macizo de la cordillera. La primera capa de cascajo bajo el terreno vegetal, está en una extensión de 25 leguas del pie del cerro, a una profundidad de 1.50 a 2 metros, la cual atraviesan los colonos por medio de pequeños aljibes en sus fundaciones, para extraer agua potable de uso doméstico. Esto se llama el *jagüey*.

Podrían tallarse acequias en este suelo casi nivelado y practicarse grandes drenajes para proveer de agua permanente las praderas que carecen de ella en verano; pero, salvo excepciones, los dueños de hatos no acometen estas obras, que por otra parte no representan un gran costo en relación con su cuantioso provecho, por no ejecutarlas en terreno

que mañana les será arrebatado por una inconsulta adjudicación del Gobierno o por la ocupación arbitraria de algún colono audaz. Este es uno de los principales motivos por que no prospera cuanto debiera la industria pecuaria en el Llano. Sin la adjudicación de las sabanas en propiedad a los ganaderos, por medio de una ley expedita, no se llegará jamás a ver el Llano colmado de ganados, ni podrán allí mejorarse las crías, ni comenzará la vida social fundada en el supremo derecho de propiedad.



XI

EL LLANERO

El artífice de tipos antiguos decae--El llanero de la epopeya--La obra del medio y del aislamiento--La locomoción y el caballo--Ponderación de los sentidos--El paisaje y la imaginación. Literatura llanera--Los *galerones*--La hospitalidad--El valor--Tipo raizal--Los recién llegados y su riqueza--Las dos corrientes pobladoras--A través de los indios.

No se conoce la llanura de un modo completo sin conocer sus productos, el principal de los cuales es *el llanero*; pero la elaboración de ese bello producto, en que era maestra la pampa, está sufriendo perturbaciones por causa de la civilización actual. Esa sabia y paciente orfebre de joyas antiguas no puede ya trabajar a gusto y empieza a dejar inconclusas sus obras.

Un centauro que colea ganado al galope de su caballo; que aguarda en medio de la sabana, de pie firme, al toro viejo y lo clava de hocicos, tomándolo por los cuernos; que caza tigres con lanza y se bate a cuchillo con los caimanes en el río; que pasa a nado el Orinoco con su silla de montar en la diestra y el ronزال de su yegua entre los dientes; que canta *galero-**nes* al són de una guitarra ronca, y que habla un lenguaje lleno de metáforas, vibratorias como el viento

y rápidas y deslumbradoras como el rayo; ese llanero, compañero de Páez y Rendón, desapareció en la epopeya. De ese Marte liberal de la llanura sólo queda la silueta en la Historia de Colombia, la gloriosa.

La antigua incomunicación de los pueblos por falta de caminos, y más que todo, por ciertas condiciones de estática social que va desapareciendo por causa de la Prensa y el telégrafo, determinaba la formación de tipos regionales. El llanero era uno de ellos. La presión del medio, ejercida sin perturbaciones extrañas, a través de una serie indefinida de generaciones, debía obrar en el organismo y en la mente del hombre profundas modificaciones que le imprimían carácter especial en la fisonomía, en el lenguaje, en la mentalidad y en las maneras. Preciso era que el troquel de impresión de estos tipos tuviera aristas aceradas. La planicie y la montaña, el aislamiento y la comunicación con el mundo, el frío y el calor determinan diferencias sustanciales en las modalidades humanas; pero el ferrocarril y el vapor conspiran contra esa diferenciación y la antropología moderna ha acabado con las razas.

El Llano ofrece, como ha podido verse en los capítulos anteriores, varios motivos de diferenciación en el hombre: la forma del suelo, la amplitud del horizonte, la monotonía, la soledad, la temperatura, la mayor mortalidad, los peligros de la vida.

Es curioso observar que las facilidades del suelo plano y los ríos para el transporte, hayan creado en el hombre el hábito de no hacer uso de sus órganos de locomoción: el llanero salta del *chinchorro* al caba-

llo y del caballo al *chinchorro*. Un llanero a pie no sirve para nada!

Por desgracia el caballo llanero es un sér triste, taciturno, pensativo, perezoso, flaco, sarnoso, pelado y feo; porque vive enfermo. Los murciélagos le chupan la sangre de noche y los tábanos lo enloquecen de día. El caballo, como el indio en el Llano, no tiene un momento de solaz. La mortalidad de estas bestias allí es aterradora, y por eso las crías de caballos son muy difíciles. A precio de mil cuidados se mantienen los caballos durante su corta y precaria existencia. Un caballo, según sus condiciones, vale en el Llano cuatro, seis.... diez novillos!

La amplitud del horizonte intensifica los sentidos: el llanero distingue a largas distancias una vaca de un toro y una res del propio ható de otra res del ható vecino. Las voces de los cazadores de venado y las señas estratégicas de la batida las entiende el llanero de un extremo al otro de la sabana. Las percepciones de toda especie de ruidos en el hijo de la pampa es cosa de maravillar: ellos oyen y distinguen desde el rancho el paso de la piara, el arrullo de las pavas y el rumor de las fieras en la *matz* lejana.

La uniformidad del paisaje, la línea siempre horizontal del suelo, la vida llana desarrollan en la pampa, por una especie de contraste, el paisajismo mental de los hombres, la consiguiente metáfora en el lenguaje, la superstición de lo fantástico, el cuento de los imposibles. La voz del llanero es lenta y cadenciosa, pero su charla es anecdótica y seductora. Los cuentos de los llaneros están llenos de pinturas y de

movimientos; en sus relaciones se ve el tigre deslizándose majestuoso por la llanura, se oye el casca-bel del crótalo, se siente el raudo correr de los venados.

La musa del Llano huye con la colonización de la cordillera. El poeta popular que improvisaba *galero-nes* al són de la bandurria y el tamboril en los *fandangos*, ya ha desaparecido; pero subsisten sus versos en la memoria de los llaneros alegres, próximos también a desaparecer. Como muestras preciosas de la literatura pastoril de nuestra encantadora región oriental, recogemos los *galerones* más vulgarizados allí, para salvarlos del olvido en vísperas de que la civilización, que invade la América del sur con paso acelerado, haga desaparecer al llanero, sus tradiciones y sus versos. Siempre es grato fijar en el recuerdo de las generaciones el rasgo fugitivo que caracterizó un estado social que no volverá jamás!

Mi mama me dio el consejo
que no fuera enamoraó,
y si veo una bonita
me le voy de medio lao:
como el gayo a la gayina,
como la garza al pescao,
como la torcaz al trigo,
como la vieja al cacao!

Por aquel yanito abajo,
donde yaman Para Para,
me encontré con un becerro
con los ojos en la cara;
el rabo lo tenía atrás,

tenía pelos en el cuero,
los cachos en la cabeza
y las patas en el suelo.

Más acá de no sé dónde,
juntico de la quebrada,
iba yo, ya nohecita,
y hayé la tigre cebada.
No sé qué estaría pensando
el dianche de la malvada
que, así que me vido encima,
me tiró una manotada.

Huiste! le dije a la indina:
«No sea busté tan malcriada,
que pa saludar un hombre
no se le tira a la cara!
¿No ve que el morcillo es potro
y que se asusta de nada?»

Yo soy nació de Aroa
y bautizao en el Pao;
no hay zambo que me l'haya hecho
que no me l'haya pagao,
que anoche comí culebra
y esta mañana pescao;
que los dedos tengo romo
de pegalle a los malcriao;
los brazos los tengo blancos
de vivir enchelecao;
no hay zambo que me l'haya hecho
que no me l'haya pagao!
Yo no soy de por aquí,
yo vengo del otro lao
y me trajo un capuchino

en las barbas enredao.
Si hubiere alguno en la rueda
que con yo esté incomodao,
sálgase de para afuera
p'echarlo patarribiao
con este brazo invencible
que Jesucristo me ha dao;
que en esos yanos de Achagua
yo soy el zambo mentao:
yo fui el que le dio la muerte
al plátano verde asao,
con un cabito de vela
y un padrenuestro gloriao.

Por los años de sesenta
para colear el ganao,
me dieron para mi siya,
un cabayito melao;
me echaron un toro josco,
los cachos abercelaos;
le di tan fuerte jalón
que lo dejé mancornao.
Vino el mayordomo y dijo:
«No me maltrate el ganao»;
Yo le dije: «Cabayero,
sea busté mejor hablao»;
que me yaman «tántas muelas»
aunque no las he mostrao,
pues si las yego a mostrao
se ha de ver el sol clisao,
la luna teñía en sangre,
los elementos trocaos;
que jumo tabaco en bomba
y escupo de medio lao!

.....

Por otra manifestación extraña de la ley de los contrastes, la soledad y el aislamiento en que viven los llaneros les da aquel espíritu hospitalario de que justamente se ufanan. Son contadas en la existencia del llanero las ocasiones en que un forastero llega a su cabaña; era de esperarse que fuera montaraz, y sin embargo, sale al encuentro de la caravana para ofrecerle amparo en su casa. Para el llanero no sólo es sagrado el huésped sino que lo constituye en amo y señor. El *trago de café* de la bienvenida parece sellar un pacto, en virtud del cual todo, desde el chinchorro hasta el perro, quedan a la orden del visitante. Al principio el llanero se muestra discreto en sus intimidades, por timidez, pero luego abre su corazón, denuncia sus secretos y cuenta su historia.

La vida de peligros que pasa el llanero, en lucha frecuente con las fieras y en desafío permanente de peligros, le infunde un valor estoico de que él no se da cuenta. Caza el tigre como pudiera hacerlo con un armadillo, cruza el río embravecido durante la tormenta, soporta la perniciosa bajo el mosquitero como si se tratara de un catarro y se burla de la muerte a cada paso como si le fuera indiferente la existencia.

La indolencia, el talento, la generosidad y el valor son las características que el Llano sabe poner en la índole de sus hijos. En cuanto al físico del llanero, se lo imprimen el calor y la alimentación: color moreno, ojos negros y brillantes, estatura mediana, seco de carnes.

Estas condiciones aparecen en el tipo puro, raizal del Llano; porque la migración cordillerana, reno-

vada diariamente, tiende a neutralizar la obra del medio. Pero el medio tiene un poder formidable y es tenaz como el tiempo. Entre la montaña y la llanura se ha establecido, en efecto, una lucha: la cordillera manda a sus hijos fornidos y el Llano los enflaquece; diligentes, y el Llano los empereza; mezquinos y pacatos, y el Llano los hace pródigos y chisparosos; tímidos, y el Llano los convierte en audaces. Pero antes de que la transformación se cumpla, la muerte cosecha un 7 por 100 anual de rebeldes a la adaptación.

Entre los niños bogotanos voceadores de periódicos que algún Prefecto de Policía deportó al Llano en 1887, iba uno de diez años de edad, vivaz y sentimental como todos los de su oficio, llamado Milcíades Naranjo (alias *la pulga*). Las calenturas apagaron el color de su rostro, la escrófula le rayó las pantorrillas, la anemia le secó las carnes, la nostalgia le apagó el genio y el sentimiento de la injusticia le laceró el corazón. Sin embargo, el hijo querido de los embaldosados de la ciudad no murió, y hoy es dueño de un pequeño ható en el centro de una rica sabana y padre de familia y hace por temporadas una larga correría para traer un nuevo alumno a las escuelas de Villavicencio.

Los Sres. Francisco y Carlos Vásquez fueron al Llano en 1884 con sólo crédito, y hoy sus descendientes que giran bajo la respetable razón social de Vásquez Hermanos, tienen dos magníficos hatos allí, con cerca de 4,000 reses y han podido adquirir, además, con el producto de su afortunada y meritoria labor llane-

ra, varias fincas valiosísimas en la hoya del río Bogotá. El éxito de aquellos dos hermanos antioqueños atrajo al Llano a diez hermanos más, tan trabajadores y afortunados como ellos.

El Sr. Ricardo Rojas R. llegó sin dinero al Llano en 1862, y al principiar la malhadada guerra de 1899 era dueño en Villavicencio de dos espléndidas haciendas de pasto y cañas y un hato de más de 1,000 cabezas, que la guerra destruyó. Su hermano, Antonio de P. Rojas, vino al Llano en 1880, adolescente aún, como administrador de un hato, y al morir, dieciocho años después, legó una cuantiosa fortuna, consistente en dos grandes haciendas de pasto y caña y dos hatos de 800 reses.

Hacia el año de 1860 se estableció en Villavicencio el Sr. D. Manuel Fernández, sin un real en el bolsillo, principió a trabajar como un héroe, educó a su numerosa familia en los mejores colegios de Bogotá y le dejó al morir, treinta y cuatro años después, dos haciendas de pasto y un hato de más de 1,000 cabezas.

Manuel Velásquez, Antonio Puentes, Milcíades Martínez, Juan Acuña, ricos comerciantes de Villavicencio, comenzaron allí su fortuna hace doce años.

Santos Quevedo, Justo Flórez, Acisclo Velásquez, Lino Rojas, Gregorio Rey, Juan Herrera, Bautista Rodríguez y centenares más, ricos hoy, comenzaron su labor llanera sin recursos.

Y, para decirlo de una vez, todo mozo caqueceño que llega al banquete de la vida y no encuentra en él puesto, porque lo ocuparon ya otros con prela-

ción de tiempo; es decir, que le falta tierra en el apretujo de labranzas de sus mayores, toma su escopeta, le dice adiós al terruño y busca la aventura en el Llano. El derrotero es conocido y el éxito probable: después de un año es dueño de cabaña y *conuco*, y si persevera, a la vuelta de diez años es hombre de capital a inmediaciones de San Martín o Villavicencio. Por millares podrían citarse nombres: todos los vecinos del Territorio del Meta, con pocas excepciones de lejanas procedencias, son hijos de los cuencos del Rionegro, el Guavio y el Garagoa. Otro tanto puede decirse de la humilde colonización boyacense, por los malos caminos de la cordillera hacia Casanare.

Como la sedimentación lenta, perseverante y eterna de la montaña sobre la llanura no se nota de un año a otro y parece que no existiera, así el aporte humano de aquella sobre éste. Si mediante un registro estadístico se contaran las pequeñas fortunas levantadas de la nada en el Llano, cada cierto período de tiempo, sumarían guarismos cuantiosos. La acumulación de esas pequeñas porciones representa para el país lo que la agricultura microscópica de los estancieros, una gran riqueza de conjunto.

Hay, pues, una tenue corriente humana, afortunada y próspera, aunque humilde y casi imperceptible, que baja de la cordillera hacia el Llano, la cual hará al través de los siglos su obra de colonización de la gran llanura, por el colmataje del tiempo. Acelerar este movimiento en velocidad y sobre todo, en intensidad, por un método de concurso científico, es el ob-

jeto de la civilización moderna en esta lucha que tienen empeñada las naciones para llegar pronto a su apogeo.

Pero hay otra corriente humana que sube del Llano hacia la cordillera, la cual cumple el mismo fin que la anterior y que se debe someter a los mismos procedimientos acelerativos. Nótase, en efecto a medida que se interna el observador en la llanura, que la migración del Apure va trayendo lentamente sus rebaños en pequeñas o grandes partidas hacia Arauca y Casanare, en busca de mejores condiciones de vida. Venezuela verifica sobre Colombia un éxodo inconsciente, del cual puede aprovecharse esta última para apresurar el coronamiento de sus anhelos de progreso. De cierta distancia de la *pata del cerro* (como por allá dicen) para abajo, casi todos los dueños de grandes hatos, de empresas de transportes y almacenes son venezolanos, muchos de los cuales, como D. Ramón Real, son verdaderos propulsores de nuestro progreso.

El llanero venezolano, más atemperado al clima al través de su largo éxodo en las llanuras de su propia Patria y con una mezcla de sangre africana que le presta atavismos tropicales, es quien caracteriza verdaderamente el tipo regional y quien impone sus costumbres, sus gustos, su estilo y sus supersticiones, a cuya escuela concurre el llanero colombiano de procedencia serrana y sangre mezclada de indio.

Todo esto, aunque aclimatado más o menos en una o varias generaciones, es de procedencia exótica, donde predomina muchísimo la sangre andaluza,

como se descubre por cierta genialidad gallarda y chispeante de que están impregnadas con grato perfume las maneras de la gente de nuestra llanura oriental.

Pero hay otro elemento étnico propio de la región, del cual trataremos en capítulo especial cuando bajemos el Meta, y son los indios llaneros, cuya importancia demográfica va siendo cada día menor, a medida que el contacto de la raza dominante los degenera y elimina. Hay tiempo de salvar lo que resta.

En la época de la Conquista era la parcialidad de los achaguas, una de las más dóciles que poblaban la llanura en toda la extensión del Meta, en número incontable, hoy ha desaparecido casi del todo, víctima desde entonces de la persecución de los blancos. Subsisten aún en considerable número los sálivas y los guahibos y rastros poco significativos de otra multitud de tribus del Orinoco remontadas hacia la cordillera por sus afluentes. Con todas ellas estaría al presente inundada la inmensa llanura, sin la perturbación del régimen demográfico que introdujo la conquista española con todas sus crueldades y depredaciones, apenas comparables con las depredaciones y crueldades de los actuales peruanos en la Amazonia.

Razón tienen los guahibos cuando les gritan en mal castellano a los pasajeros del vapor que hace viajes en el Orinoco:

«Blanco ladrón! Lancha mía, río mío!»

XII

UNA FUNDACION

La labor del hombre en esta tierra--Dispersión de las labranzas. Qué es una fundación--Entrada a una labranza típica--Variedad de cultivos--Estudio de la caña de azúcar--La cocina del Llano--Los corrales--Una mancha de copaiba--Caucho *sápium*--El llanero en su casa--La revista del hato y la caza del tigre--Descripción del rebaño--La oración del buey.

Conocidas la tierra, la meteorología y la gente del Llano, se impone el estudio de lo que hasta ahora ha hecho el hombre en tal tierra. Los *conucos* son pequeños cultivos entre la floresta que cubre las orillas de los caños; una platanera, un yucal, algunas matas de tabena y la choza rodeada de tal cual arbusto de café y cacao. No faltan tampoco el mínimo entable de caña y su pequeñín trapiche de manubrio. Esta es la hacienda del colono incipiente, del pobre, del que no ha pasado todavía de la categoría de peón o vaquero a jornal, concertado en la *fundación* cercana del rico propietario, dueño de hatos.

Las tareas agrícolas y pecuarias del patrón se cumplen principalmente durante el verano; de modo que en el invierno el concertado queda libre para atender su estancia. Pronto el colono tiene con qué comprar una vaca, la cual deja al principio en el hato

del patrón, y otra y otra, y un toro, hasta formar también su pequeño rebaño. A la larga, la multiplicación y el incremento lo obligan a buscar sabana aparte, y a su turno, se constituye también en patrón y se independiza. Entonces ya no cabalga en buey de carga para ir a la feria, sino que va en silla chocontana, en jaca o en mula; abre créditos en alguna casa comercial del puerto inmediato, lo llaman *Don Fulano* y es dueño de *fundación*.

Las fundaciones en el Llano son innumerables; pero están situadas a largas distancias una de otra, por escogerse para ello las mejores sabanas, las aguas permanentes, el río navegable, la querencia de alguna capitania de sálivas que trabaja a jornal y, sobre todo, para que en esta inmensa extensión baldía haya completa independencia en los ganados y tierra donde acrecentarlos. Para visitarse los vecinos y para concertar sus negocios y la asociación en ciertas labores que requieren el concurso de muchos peones o vaqueros, suelen tener que hacer jornadas de más de un día. El excursionista del Llano encuentra en las fundaciones posada y franca hospitalidad, pero en veces no alcanza a ellas y tiene que arrancar *a la pampa*.

Para dar una idea al lector de cómo son las labranzas y fundaciones del Llano, a fin de que, generalizando, las conozca todas y vea cómo se hace la vida pastoril de la región, vamos a conducirlo a una de carácter típico, tanto por el sistema metódico que ha presidido su establecimiento, como porque en ella existen todos los cultivos locales y se cumplen todas

las condiciones de una fundación modelo. No mencionaremos el dueño, para mayor generalización.

Recorrida al rayo del sol la *vega del diablo*, se pasa un *caño* sobre un puentecillo de vigas y se entra por un callejón, a la sombra del bosque centenario que crece a orillas del río. El callejón va por el eje de una gran revuelta de la corriente, especie de península larga y estrecha que hace una curva entrante sobre la rica sabana del lado opuesto. Los caños y los ríos en que desaguan, circunscriben encierros de sabana donde existen fundaciones aisladas, del exclusivo disfrute de un solo colono. Así hay en todo el Llano numerosísimos emplazamientos, propios para fundar haciendas independientes, separables entre sí por una línea de cerca artificial de corta longitud.

En la extremidad de la península, en medio del bosque hay un cacaotal de veinte años de edad, constante de unas 1,500 matas frondosas y cargadas de mazorcas. El espesor de la capa vegetal, medida por medio de un hoyo que hizo practicar el autor, es de 1, m 80, bajo la cual está una capa de piedras sueltas, procedentes de antiguos riegos del río. Otras excavaciones en diferentes regiones del Llano y la altura de las riberas de los ríos le han servido para comprobar que la profundidad del subsuelo estéril en el Llano permite el establecimiento allí de toda especie de cultivos. aun de aquellos que, como el caucho y la sarrapia por sus grandes raíces, exigen una gruesa y potente capa vegetal. Anótase este hecho interesante para la futura agricultura de los Llanos, a fin de desimpresionar a quienes juzgan que el pajonal de

las sabanas incultas proviene de la escasez de suelo vegetal, Aradas estas sabanas, vírgenes al hierro, y regadas con semillas de pastos artificiales, se podrían hacer en ellas potreros tan buenos como los del valle del Cauca, los cuales engordan dos novillos por hectárea en seis meses.

Contiguas a la plantación vieja de cacao, hay también nuevas, de variedad de semillas, para comparar clases por sus ventajas: de mazorca blanca, amarilla, roja y morada; de forma alargada, abombada y redonda; de pequeño y de gran tamaño. El total de matas de esta labranza alcanza a unas 2,000 con un futuro producido no menor de 40 quintales.

La siembra de cacao en el Llano apenas comienza, gracias a que los colonos han comprendido que este fruto de consumo interior, siempre tiene buena demanda y no corre las contingencias de la exportación. En el Territorio del Meta se han establecido ya las siguientes labranzas:

Villavicencio	<i>La Trinidad</i>	10,000	matas
«	<i>El Cocuy</i>	3,000	«
«	<i>El Engaño</i>	2,000	«
«	<i>La Vigía</i>	3,000	«
«	<i>La Providencia</i>	5,000	«
«	<i>Yacuana</i>	2,000	«
San Martín.....		3,000	«
Surimena		4,000	«
	Total en el Meta.....	32,000	«

Este es un punto de partida, sobre el cual conviene dejar constancia para ver con qué rapidez marchará la propaganda de este cultivo en el porvenir.

Los nuevos desmontes en la fundación a que hemos conducido al lector, le permiten ver una infinidad de arbolillos de caucho *sapium* nacidos espontáneamente entre el rastrojo. El *sapium* es silvestre y tenaz para reproducirse en esta región, y produce una goma sonrosada, de mediana demanda en los mercados extranjeros por las inferiores condiciones de beneficio empleadas en el Llano. La corteza de este desgraciado habitante de la floresta llanera, aparece acribillada a machetazos, dados sin orden ni concierto a la altura de un hombre: no se metodiza la extracción por ninguno de los sistemas de sangría recomendados por la previsión, ni siquiera se sabe aprovechar toda la longitud del tronco del árbol. Andan los caucheros dispersos por los ríos y caños del Llano, donde hay bosques nacionales sin dueño, y recolectan grandes cantidades de látex que prensan con débil fuerza en cajones de brandy vacíos. La humedad interpuesta en el bloque de caucho lo pudre y descompone a la larga. En todas las casucas dispersas desde Villavicencio hasta el Meta, se encuentran muchos bloques de esa forma, amontonados en los corredores, en espera de fletes para Bogotá. Por los ríos de Casanare salen al Orinoco en vía para Ciudad Bolívar, cantidades considerables, sobre las cuales no se lleva cuenta. La estadística de la Aduana de Orocué en 1907, sólo arroja la ínfima cifra de 240 quintales de este abundante producto casanareño; por la de Arauca no se supo entonces si pasaba cantidad alguna. Por las Aduanillas del camino de Cáqueza pasaron para Bogotá, procedentes del Te-

rritorio del Meta y del Vaupés, 1,454 quintales, en los meses de marzo a diciembre del año de 1912. La mayor producción se verifica, sin embargo, en los meses de verano, de diciembre a marzo, sobre los cuales no conseguimos dato alguno. La mínima producción es en lo crudo del invierno, de mayo a julio.

Otro producto vegetal muy explotado en el Llano es el aceite de copaiba. En la orilla del bosque de la fundación que vamos conociendo, tuvimos ocasión de ver algunos ejemplares de este árbol precioso. Sus copas, de ramaje horizontal y muy oscuro, descuellan sobre el bosque, sus troncos son gruesos, brillantes y de corteza rojiza y esparcen en el ambiente un perfume de droguería. A la altura de un hombre les han practicado un taladro hasta el centro del tronco, el cual está corchado con un fuerte tapón de madera que, al retirársele en la menguante de la luna, permite la secreción del depósito de perfumado aceite que ha acumulado la vena central durante un mes. Cada uno de estos árboles produce, pues, periódicamente, una cantidad considerable de aceite valiosísimo, como si fuera la renta de arrendamiento del suelo que ocupa.

Desde el borde de la barranca del río se dominan con la vista en la opuesta vega los pequeños cultivos accesorios del fundo. Las dehesas de pasto guinea que hacen las delicias de los bueyes de servicio y de los caballos de vaquería; en una *madre vieja* del río, limosa y húmeda, la plantación de arroz, del cual se producen en la región 2,600 cargas, sumando

lo cultivado en pequeñas vegas y en abandonados corrales majadiados por el ganado; el entable de caña de azúcar con sus penachos de pluma y sus tallos en verde *veronés* y por último, los yucales de hoja estrellada que producen a razón $2\frac{1}{2}$ lb de tubérculo por metro cuadrado.

Las condiciones lluviosas del Llano permiten el cultivo del arroz en grande escala en las sabanas, mediante el empleo del arado para remover bien la tierra endurecida por las quemas. Sería preciso durante el primer mes del invierno repetir la operación cuatro o cinco veces con intervalos de ocho días, para conseguir un suelo bien suelto y húmedo, antes de regar la semilla. La de secano, de procedencia del Japón, donde se cultiva el arroz con sólo riego en terreno seco, desechando las vegas pantanosas, sería la semilla apropiada para establecer grandes cultivos en la llanura. En aquel país, con 140 litros de sembradura por hectárea se cosechan, al cabo de seis meses, 4.500 litros, o sea el 300 por 1.

El corte brusco de las lluvias en noviembre permitiría acometer en el Llano el cultivo del algodón en grande escala, como seguramente sucederá allí cuando estén establecidos los transportes de ruedas a los puertos fluviales y se haga muy barata la navegación del Meta. Los grandes gastos que impone la recolección a mano, mientras no pueda establecerse por procedimientos mecánicos, y la modesticidad comparada del rendimiento, no permiten aconsejar por ahora este cultivo en el Llano sino por vía de estudio o ensayo.

Otro tanto puede decirse respecto del cultivo de la caña de azúcar en grandes extensiones, a que estará consagrado el Llano cuando el vapor y los rieles crucen sus ámbitos.

Dada la temperatura media de la región y la calidad de las tierras hasta ahora empleadas allí para el cultivo de caña, ésta da corte por primera vez a los diez meses y en lo sucesivo a los nueve. Una hectárea de caña allí produce 800 @ en los dos primeros cortes y luégo baja hasta no producir sino 200 @ al cabo de cuatro cortes; entonces es preferible abandonar la plantación. En las mejores condiciones produce una hectárea de 25 a 30 cargas de panela, lo que ofrece muy modesto estímulo para el cultivo, hoy por hoy.

Sin embargo, como haya de principiarse algún día el desarrollo agrícola de nuestra región oriental, llamada a ser el emporio sacarino de Sur América, valgan para la iniciación de vanguardia los siguientes informes prácticos, aplicables también al resto del país. Las 800 @ de miel de los primeros cortes de una hectárea provienen de 640 cargas de caña. Suponiendo el corte a 500 metros distante del trapiche, una bestia haría veinte viajes diarios y se necesitarían 33 animales para el transporte en un día de la caña de una hectárea de plantación. Es claro que si no ha de molerse en un sólo día la caña que produce una hectárea, el servicio de animales de transporte se reducirá en proporción. Un trapiche mediano, cuyas masas tengan 0.50×0.30 , con fuerza animal de bueyes o mulas, muele de 70 a 80 @ de miel por

día, de modo que en este caso sólo se necesitarían 3 ó 4 bestias para el transporte de la caña a 500 metros de distancia; pero a medida que la distancia aumenta hay que aumentar en proporción el servicio de transportes, con el objeto de que el trapiche trabaje constantemente. El exceso de caña, en el caso contrario, para depositarla durante uno o varios días, como tienen de costumbre los colonos pobres, da muy mal producto en miel y hace casi imposible la fabricación de panela o azúcar, por la fermentación de la caña.

El tamaño del trapiche impone la extensión del cultivo, para una empresa formal: si una hectárea produce en nueve meses 800 @ de miel, producirá poco más de 1,000 @ en un año, y si el trapiche muele, a razón de 80 @ diarias, 16,000 en los 200 días útiles del año, se necesitan 16 hectáreas de cultivo.

Al pie de la cordillera, en vez de fuerza animal para mover un trapiche de esta cuantía, se puede utilizar con grande economía la fuerza hidráulica por medio de una rueda de madera de 4 metros de diámetro y 50 litros de agua por segundo. El transporte de la caña en carros, tanto allí mismo, como en la llanura, determinaría una reducción de bestias del 60 al 80 por 100, pues sobre ruedas una mula arrastra lo que cargan cinco a lomo, en menor tiempo y sin maltrato.

Por último, la hornilla para concentrar la miel ha de tener 10 metros cuadrados de superficie de caldeo en los fondos, para dar un despacho diario de 80 @. La más acertada distribución de esta superficie, para la buena calidad del producto, es en tres fon-

dos, así: 2 metros cuadrados el *despachador* que queda sobre la parrilla, 3 el de en medio, llamado *limpiador*, y 5 el primero, destinado a recibir el jarabe que viene del trapiche.

Con estos datos, reducidos en proporción a la cuantía de la empresa, puede cualquier colono del Llano disponer sus trabajos sobre cultivo de caña, cosa que no le aconsejamos sino sobre un plan metódico y científico, para que no le dé molestias y pérdidas.

Después de la anterior charla sobre agricultura tropical, se habrá quedado el lector pensando que nos hemos extraviado en el sendero engañoso de la fundación a la cual lo veníamos conduciendo. En el Llano la agricultura es un accesorio de la ganadería, y las labranzas se establecen como simple apoyo de esta industria netamente llanera. Lo que en todas partes es tópico fundamental, aquí es apenas de importancia secundaria. Una *fundación* es una hacienda de ganado, que tiene como complemento algunos cultivos y la explotación de tal cual producto natural del bosque, como el caucho y la copaiba. Considerados ligeramente estos detalles, sigamos nuestra visita a la fundación.

Al frente tiene el lector un paisaje: el río al pie, de aguas azulinas y transparentes, en cuyo fondo se ven jugar en número infinito los pescados; sobre la linfa la canoa, digamos la *curiara*, para no desafinar; al frente una barranca roja, hendida en el medio para dejar pasar un caño de aguas negras, criadero de *ba-*

billas, desde donde los pequeños saurios hacen su agosto sobre los pececillos del río; sobre la barranca, entre palmeras, la enramada del trapiche de bueyes corpulentos y mansos, que lanza al espacio un caudal de notas agudas y un perfume delicioso de miel cocida; entre flores de escandaloso color y tamaño tropical, la cocina contigua al trapiche, en la cual oficia una moza, coqueta y alegre, en la fritada de lomo de marrano, *patacones* y café claro, para la merienda de los trapicheros, y allí, en el fondo verde del follaje, un puentecillo colgante de cuatro hilos sobre el caño de las *babillas*, para comunicar el trapiche con los potreros de ceba de la vega del río.

La sabana, con su horizonte deprimido y sus perspectivas indecisas que permiten mirar proyectadas en el lienzo gris del atardecer las espigas del pajonal y los árboles aislados de una mata solitaria, cambia nuevamente los toques festivos del bosque y del río por la uniformidad desoladora de la línea recta. Allá, a lo lejos, a la hora del crepúsculo, se ven las techumbres de la fundación y las cercas de los corrales que la rodean. Un gregal de ganado tendido en la llanura pone tal cual punto colorante en esa mar quieta de paja pálida. Algunas vacas a paso lento se aproximan a los corrales a lamer el terrón de sal botado sobre la grama, y el buey que las llama muge apacible y amorosamente para armonizar con esa nota vaga la paz del paisaje.

Llega el llanero a la fundación al cerrar la noche, caballero en una jaca vieja o envejecida por los trabajos, ensillada con un fuste sin forrar, de estribos

de aro y jaquimón de cerda. En estos estribos, que se hicieron para apoyo de unas botas, desarmonizan el pie descalzo y la polaina raída. Aparta el hombre del sendero con la zurriaga las vacas que echadas en él, rumian tranquilamente antes de coger el sueño. Abre desde a caballo la puerta de talanqueras del corral, al través de las cuales una madre acaricia a su ternero que lloriquea por el lado de adentro. Grita las *buenas noches*, y una veintena de perros sarnosos llegan a agasajarlo cruzándosele por entre las piernas y lamiéndole las manos, mientras él desensilla su bestia y cuelga los aperos en un gancho de madera o *garabato* que pende del alero de la enramada. En ésta están atravesadas varias hamacas de *cumare* tejidas por los indios, dispuestas allí para dormir él y su servidumbre. Sobre el envigado de la casa hay un entablado donde se duerme bajo mosquiteros. Una escopeta, un arpón y una lanza, armas del hombre del desierto, completan los enseres de estas casas sin tabiques, levantadas sobre horcones y expuestas al viento de la llanura.

La merienda la constituyen una sopa de arroz con trozos de carne de puerco o algún animal de monte, fritada de plátano y yuca y café sin dulce.

Después de comer, el llanero y los vaqueros llegados antes que él a la casa, cogen sus chinchorros y llaman el sueño con cuentos de cacería y aventuras con los guahibos. Al compás de los ronquidos, del mugir del ganado, del ladrido de los perros, del be-rrear de los becerros mortificados por los murciélagos, van pasando las horas de la noche hasta los

primeros tintes de la aurora, en que peones, patrón y cocinera se ponen en actividad. Distribuido el *trago de café*, a modo de desayuno, los peones se dispersan hacia el bosque a picar los cauchos, el patrón monta a caballo y llama a sus perros para dar un vistazo al ganado y la mujer ordeña las vacas, trae agua del *jagüey* y hacia el medio día prepara el almuerzo.

De la revista del ganado resulta frecuentemente la desaparición de algún becerro y la consiguiente busca del tigre que se lo está engullendo en la mata vecina. El tigre en los Llanos de San Martín y éste y los indios *bravos* en Casanare y Arauca son la preocupación permanente del llanero. El hábito de cazar tigres ha hecho de esta faena una ocupación familiar; en el Llano se caza un tigre con la misma sencillez empleada para un conejo o un tapir. Sin embargo, la cosa suele ofrecer peligrosas aventuras, sobre las cuales se refieren infinidad de consejas. Todos los habitantes del Territorio del Meta refieren el modo como un tigre le arrancó las narices a D. Polo Solano, llanero viejo de San Martín. Salió D. Polo a matar un tigre cebado que le hacía daños en su hato; se armó de su escopeta y llevó en su compañía a sus dos hijos, mozo adolescente el uno y niño de ocho años el otro, provistos, respectivamente de una lanza y un cuchillito. Llegan los tres a la mata donde la fiera estaba en asecho; le dispara el viejo y marra el tiro; el animal lo acomete furioso y le clava las garras en los muslos y las espaldas en un abrazo mortal, al propio tiempo que a dentelladas le destroza el cráneo y le arranca las narices. El mozo

de la lanza, viendo perdido indefectiblemente a su padre, se aterroriza y huye a todo correr, acobardado por el pánico. El viejo lucha a viva fuerza y el felino, ciego de cólera, sólo atiende a su víctima sin preocuparse por el chicuelo del cuchillito, quien se lo envasa por los hijares, causándole una muerte instantánea. Desangrándose D. Polo se arrastra con el niño salvador hasta la casa del fundo, donde encuentra a su hijo mayor, todavía lanza en mano, encaramado en el zarzo. Allí el indignado padre levanta la mano para maldecir al cobarde, pero el chillido de rodillas le implora y obtiene su perdón.

El habitante natural del Llano que lo anima y lo embellece es el ganado vacuno. Las sabanas solitarias son desapacibles. Hacia las vegas del Meta donde anda el gran rebaño actualmente, el pasto en retoño de un verde tierno y la presencia del numeroso hato prestan al panorama un delicioso ambiente de vida.

Las vacadas en una sabana se despliegan como un ejército en línea recta para comer durante el día, acaso con el previsor objeto de agotar el pasto en tandas metódicas y no pisotear el que han de comer en lo sucesivo. Por la noche los toros llaman a sus *madrinas*, o sea a las sultanas de su respectivo harén, en número de veinte a treinta, y las agrupan por pelotones con las crías hacia el centro y hacen la guardia contra el tigre; pero estos pequeños gregales siempre ocupan la línea de ataque sobre el pasto. Así van dejando atrás las sabanas agotadas, y avanzan los rebaños poco a poco hacia el extremo

opuesto. En el veranillo de agosto se hacen las quemadas en ese lado, para que no falte durante el resto del año el pasto tierno. La prescripción de no incendiar los pajonales de las sabanas la aconsejan quienes no tienen ganados en la llanura, con la utópica intención de no esterilizarlas por el fuego.

La paz de la grey se trasmite al campo y del paisaje al espectador. La vaca que lame y acaricia a su hijo; las alegres corvetas de éste, con su cara ingenua como la de un niño; la circunspección baturra del toro y su afectada seriedad, tan semejante a la de ciertos hombres sin ideas que llegan como él a ocupar puesto de primer orden en el rebaño; la organización de este en grey tranquila, y sobre todo, la sugestión bíblica de la vida pastoril, que evoca vagos recuerdos de una sociedad feliz, bajo el gobierno patriarcal de Abraham y de Jacob: todo esto le presta al ganado un delicioso encanto que se difunde por el prado y llega como una caricia de la madre tierra al alma del hombre ciudadano atormentado por la duda, por la política mezquina y por la malevolencia del prójimo.

La numerosa vacada, agrupada en *madrinas*, parece tranquila en estas sabanas y se multiplica según la ley del mormón. Hay, sin embargo, entre los toros, como entre los hombres, curiosos estados de conciencia que se traducen en una especie de filosofía acética como la de los brahmanes. Estos buenos monjes de la India, después de haber sido los mimados del mundo creyente, hacen el último curso de santidad, retirándose al monte; allí miran la salida y

la entrada del sol parados en un pie y cantan, con voz profunda, los versículos del Veda.

En el centro de una sabana solitaria, a la caída de la tarde, vimos un toro cenobita contemplando la ocultación del sol, que mugía con lúgubre lamento. La melancolía de la hora, la soledad del bovino y la triste despedida del astro, cuyos últimos lampos de luz dibujaban con un trazo de fuego las dentelladuras de la cordillera, daban al paisaje el sentimiento de una oración.

Ante tal espectáculo se explica la tradición egipcia de Apis, como símbolo del solsticio, de la fecundación nílca, de la agricultura y de la fertilidad. La oración del buey evoca a Osiris y justifica la religión de los Bonzos.



XIII

DE GANADERÍA LLANERA

Donde empieza a descubrirse el plan--Fomento de los Distritos de Oriente por la cesión del arrendamiento de los bosques nacionales.--Los ferrocarriles no son el principio del progreso--Ganadería actual del Llano y lo que será--Fomento de la ganadería por medio de la sal--Exodo de los ganados de Apure--Multiplicación de los ganados y tiempo necesario para colmar las sabanas--Saneamiento del clima por el ganado--La ganadería como principio de la civilización--Intensificación por los pastos artificiales--Desplazamiento hacia el Llano del centro de gravedad nacional.

La aplicación industrial del Llano es la ganadería, salvo el cultivo de las labranzas de *pan llevar* y las pequeñas extracciones de caucho y aceite, descritas atrás, de actual incentivo para el desarrollo de aquélla. Las cifras a este respecto son de valor muy mediano pero prometen, al favor de sembradíos y cultivos, proporciones de mayor significación, las cuales, en último análisis, valen muy poco en comparación a los rendimientos del ganado. El Gobierno se preocupa por conservar los bosques y cuida, hasta donde su defectuosa organización se lo permite, de sacarles utilidad para el Fisco, inspirados los administradores de la cosa pública en los consejos de una

aritmética usual y corriente. Esto es muy honroso, desde el punto de vista de la equidad y la pureza en el manejo de los caudales; pero demuestra cortedad de criterio, si se considera que los dones con que nos dotó la Providencia, no solamente deben conservarse sino aplicárseles al fomento de la cultura, y a la civilización del país. El capítulo de arrendamiento de bosques nacionales ha merecido el más acendrado celo de nuestros Gobiernos, de algún tiempo a esta parte.

Se presenta un postor con el intento de legitimar la explotación de los bosques que pudiera acometer clandestinamente, como lo hacen los demás, y el Gobierno le presenta toda clase de obstáculos, regateos y demoras, considerándolo acaso como un presunto especulador insaciable y de mala fe. Mientras el Gobierno está dificultando a una persona el paso por la estrecha puerta que el Código fiscal ha levantado en medio del campo abierto, centenares de miles pasan por uno y otro lado sin avisarle y sin que él los vea y pueda impedirselo. Los contratos que a la postre se celebran, sobre linderos ideales, en muchos casos, a trueque de una participación nugatoria y de otras ilusorias ventajas en favor del Gobierno, suelen servir de título de exclusión para perseguir, no sólo a los competidores en el negocio a mil leguas a la redonda, sino para hostilizar a los antiguos colonos y cultivadores. La inseguridad, el malestar, la despoblación de las regiones colonizables donde se enseñorean los arrendatarios de bosques ricos en productos exportables, y una misérrima renta de \$ 50,000,

computada con el capítulo del Presupuesto, titulado *Bienes nacionales*, es lo único que se ha conseguido con la aritmética de los cuartillos.

Por una excepción de este ramo de las matemáticas miopes, algunos Distritos disfrutaban del arrendamiento de los bosques nacionales situados dentro de su jurisdicción, y gracias a la inmediata administración de esta renta, han logrado reglamentarla, hacerla lucrativa y aprovecharla en beneficio del fomento local, como lo ha hecho Tumaco, por ejemplo; con lo que ha alcanzado el título de *Municipio modelo*. Pero en vez de sacar de esto una enseñanza sobre el uso que deben tener los dones gratuitos con que nos favoreció la suerte para nuestro adelantamiento y cultura, en vez de hacer de aquella excepción la regla de una economía de alto vuelo, parece que la prosperidad de Tumaco ha levantado en el corazón de los defensores del Fisco nacional cierta tendencia a la nivelación por lo bajo, disfrazada de equidad, como sucede siempre que se trata de igualar.

Refiriéndonos al caso concreto de la explotación de los bosques de los Llanos, que la República desaprovecha por la imposibilidad en que está de celar por la lejanía, y de administrar por *las setenta mil razones del Cura*, creemos que, cedida esta renta—hoy casi nula—a los anémicos Municipios de la región, ellos la levantarían, la cultivarían con el interés de la cosa propia y la utilizarían en el adelanto local, de que tanto han menester.

Base muy importante del fomento del Llano es ésta, (de ningún sacrificio perceptible para la Repú-

blica, y aunque se lo impusiera), que debería aceptarse como fundamento de la prosperidad de aquellas regiones puestas bajo la tutela de la Nación, no para dejarlas perecer en el abandono, y mucho menos para explotarlas, sino para levantarlas bajo su benévola, generosa y progresista *patria potestad*.

La importancia de Villavicencio, como etapa de colonización de la llanura que se desarrolla a sus pies, se debe hacer extensiva a todos los pequeños centros de población del pie de la cordillera y puertos de los ríos navegables.

Es preciso darles entidad de verdaderos Municipios, asegurarles vida propia, enriquecerlos y prestarles, siquiera sea artificialmente al principio, la importancia sociológica de que luego han de ser factores. Fundar en la llanura focos de irradiación de la vitalidad del país es hacer dueño a éste en lo efectivo de lo que no ha sido sino en el nombre. Ese aliento de vida municipal tiene una eficacia poderosísima en el desarrollo económico hasta donde alcance en un extenso radio la potencialidad de cada centro social; de modo que el principal empeño que debe animar la obra de fomento del Llano debe consistir en darle vida a las moribundas poblaciones que allí hay dispersas, y esa vida no se concibe sino por medio de una alimentación nutritiva, en forma de rentas perpetuas cedidas por la nación y no de auxilios temporales e intermitentes, como ha solido hacerse. Un hilo de agua continuo riega y fecundiza más que un torrente repentino.

La obra de la civilización y engrandecimiento industrial de la inmensa llanura oriental de Colombia es

gigantesca y ofrece una masa de resistencias comparable al macizo granítico de nuestros Andes; pero, como las grandes dificultades, aquéllas se aminoran y terminan por desaparecer a medida que uno se les acerca y las acomete sin miedo. Una cordillera mirada en conjunto y desde cierta distancia es barrera formidable e irreductible a la invasión del explorador; pero al paso que éste se le aproxima y la mira atentamente, le descubre cañadas accesibles, seguidas las cuales por él con paso firme, asciende insensiblemente a la cúspide y le encuentra gargantas fáciles y boquerones franqueables, y cuando menos lo espera, ha vencido la espantable dificultad sin gran trabajo. Tomar el problema del fomento del Llano por el extremo final, costoso y difícil de los ferrocarriles, como se ha pretendido, es hacer imposible su solución.

La ganadería rudimentaria, puede decirse, es lo único que hay en el Llano, y esa es la base de su porvenir económico. El principio para atravesar la dificultad consiste en impulsar la industria pecuaria, y esto es muy hacedero, mediante aquella aritmética espléndida y de alto vuelo que echamos de menos en la administración de los bosques nacionales.

En los 16 millones de hectáreas de sabanas que tiene el Territorio del Meta caben no más que 5 millones de cabezas de ganado, por causa de la inferioridad de los pastos naturales que las empradizan. En pastos artificiales cabrían 32 millones de bovinos; pero actualmente sólo hay lo siguiente, para oprobio de nuestra desidia.

Comunidad de Apiay, así:

Hato de <i>Boca del monte</i>	150	reses
— <i>La Vigía</i>	300	—
— <i>Los Pavitos</i>	300	—
— <i>La Esperanza</i>	200	—
— <i>El Paradero</i>	350	—
— <i>Pachaquiario</i>	300	—
— Barrancas.....	4,000	—
Sabanas de Cumaral.....	1,000	—
— Yacuana.....	1,000	—
— San Martín.....	12,000	—
20 por 100 no computadas.....	400	—
Total.....	20,000	reses

Este cálculo aproximado se comprueba por el consumo de sal de Upín en 1912, así:

Para 10,000 habitantes, a 20 lb por año.....	8,000	@
Para 20,000 reses, a 12 ¹ / ₂ lb por año..	10,000	„
Suma.....	18,000	@
Producción y venta de la Salina.....	17,856	„
Diferencia o error.....	124	@

También queda comprobado el cálculo por la estadística del movimiento de las aduanillas y por el consumo de carne en el Territorio en 1912, así:

Reses traídas de Casanare....	860		
— sacadas para Bogotá..	2,379	3,239	reses
<hr/>			
Consumidas en Villavicencio.	987		
— — San Martín..	311		
— — Cumaral.....	109		
— — Uribe..	87	1,494	—
<hr/>			
Suma.....		4,733	reses
20 por 100 del producto de 20,000			
reses.....		4,000	—
<hr/>			

Diferencia próximamente igual a las importadas de Casanare..... 733 reses

En los 3 millones de hectáreas sabanas de Casanare caben hoy, sin cultivo de pastos, un millón de cabezas de ganado y podrán caber en el porvenir, mediante ese cultivo, 6 millones; pero se calculan actualmente 100,000 de existencia en los hatos.

En los 2¹/₂ millones de hectáreas de praderías naturales de Arauca, sin canales de irrigación ni cultivo, pueden caber 800,000 reses, y cuando sea posible a los ganaderos introducir estas mejoras en las sabanas por una seria garantía de su propiedad territorial, podrían alimentar allí 5 millones de cabezas.

Resumen de los ganados:

	Actualmente.	Colmo posible.	Colmo deseable
En el Territorio..	20,000	5.000,000	15.000,000
En Casanare.....	100,000	1.000,000	6.000,000
En Arauca.....	150,000	800,000	5.000,000
<hr/>			
Sumas.....	270,000	6.800,000	26.000,000

El ganado de las sabanas del Territorio del Meta bajo el influjo de la sal de Upín, es hermoso, de gallarda estatura, de piel brillante, prolífico y manso. Lo contrario se ve en Casanare y Arauca, porque la salina de Chita no cumple la misión para que fue creada allí por la Providencia, pues los ganados de estas regiones privadas del beneficio de la sal por la estolidez de los Gobiernos, son raquíticos, hirsutos y bravíos.

La explotación de la industria pecuaria con la sal como auxiliar, es fácil y altamente reproductiva, como no hay otra. Media arroba de sal, cualquiera que sea su precio, que se le suministra anualmente a cada animal, queda generosamente compensada con las múltiples economías en todos los otros gastos de la administración de los hatos, por la mejora de la raza y por la excelencia de la carne.

Es un error supino de cálculo entre los dueños de hatos de Casanare y Arauca el no suministrarles *siempre* sal a sus ganados, porque diz que les cuesta a razón de \$ 6 la arroba, a diferencia de los de San Martín, a quienes les cuesta hoy a 0-20 c. El ganado de Casanare y Arauca es muy inferior al sanmartinero, únicamente por la falta que le hace la sal a su fisiología. Los gastos de recolección, por una parte tratándose de reses bravías, y el ínfimo precio de éstas, flacas y pequeñas, que se sacan a dos sogas, encalambradas de cólera de las sabanas recónditas donde se esconden, por otra parte, imponen al buen cálculo de los negocios el suministro de sal, aunque el precio de este artículo de vida, indispensable a la

cultura de hombres y animales, alcanzará precios relativamente fabulosos.

«Si la montaña no viene, es preciso ir a la montaña,» según la frase de Mahoma. En cada pueblo o caserío de Casanare y Arauca debe el Gobierno poner un almacén de sal de Upín, la cual hoy constaría con la traslación y almacenaje, a razón de 0-30 c. la arroba, para que sirva como agente de reducción de indios y ganados. En vez de 20,000 @ anuales, debería la Salina de Upín producir 30,000 @ para atender a esta necesidad.

Por los procedimientos bárbaros, descritos en el capítulo relativo a la Salina de Upín, le cuesta al Gobierno algo más de 0-24 c. cada arroba de sal; por el procedimiento aconsejado en este libro puede costarle menos de 0-10 c. y el transporte a los almacenes de Casanare y Arauca no pueden valer más de 0-20 c. por arroba; de modo que para las 250,000 cabezas de ganado, a razón de $\frac{1}{2}$ @ por cabeza, el costo de suministro de sal representaría una suma para la actual población bovina de Casanare y Arauca de \$ 3,750 anuales. Sería esta cantidad distraída del Tesoro público, para los partidarios de la aritmética cursi un motivo de ruina para el país, si se propusiera en el *Plan de fomento del Llano* que la sal fuera gratuita para los ganaderos, en razón del número de reses mansas que tuvieran aquerenciadas en sus hatos?

Este sería un estímulo para provocar el éxodo de los ganados de Apure hacia nuestras sabanas orientales, que vale por todas las leyes de fomento que puedan dictarse en favor de esa región.

Nada más propicio que aquella medida para la incrementación de los ganados en la llanura. Merced no más que a la baratura de la sal en el Territorio del Meta, experimentan los hatos de esta región un aumento anual del $4\frac{1}{2}$ por 100, por causa de la invasión a ella de los ganados de Casanare. En 1912 el aumento por este motivo fue de 860 reses, como se vio atrás.

En la llanura oriental aparece en la forma pastoril la infancia de una civilización, la cual es necesario apresurar en esta hora de la vida acelerada y vertiginosa del mundo, y nada tan eficaz como activar el éxodo de los ganados, que puede observarse en el hecho de que los Estados venezolanos del bajo Apure están colmados, en Arauca hay una res por cada 17 hectáreas de sabana, en Casanare hay una res por cada 30 hectáreas, y en el Territorio del Meta hay una res por cada 8,000 hectáreas.

Por la reproducción natural allí se multiplican los ganados rápidamente. Una novillona allí tiene cría a los dos años de edad. Para cada 25 vacas se necesita un padrote, y a los cinco años se considera viejo un toro; porque allí la vida es presurosa para todos los seres. Así, hay necesidad de sacar anualmente el exceso de machos de un hato y las reses viejas, con cuyo producto se hacen generosamente los gastos de la fundación, inclusive la sal cara, y se duplica el número de cabezas cada cuatro años.

Si a esta opulenta reproducción se agregara el incremento por el éxodo ganadero, provocado a virtud de una magnánima ley de fomento, las inmensas

sabanas de oriente se colmarían acaso en el término de diez años. Si se quiere saber al cabo de cuántos años se llega al colmo posible de 6.800,000 cabezas, tomando por base la existencia actual de 270,000, sin computar el incremento de importación, debe aplicarse la fórmula de población así:

$$6,800,000 = 270,000 (1.25)^n$$

de donde

$$n = \frac{\log. 6,800,000 - \log. 270,000}{\log. 1.25} = 14\frac{1}{2}, \text{ años}$$

Catorce años! eso es nada, y todavía se reducirán por medio del apoyo agrícola de que trataremos en el siguiente capítulo.

Colmada esta población bovina, por una rara condición de salubridad experimentalmente observada en el ganado, podrían establecerse yegüerizos en gran número, al paso que hoy puede decirse a duras penas alcanzan los que hay para un pastoreo deficiente, porque las pestes los destruyen.

El ganado vacuno es inmune contra las pestes que suelen atacar a los caballos y salubrifca para éstos el campo que ocupa plenamente. Se nota, en efecto, que en aquellas sabanas colmadas de reses se mejora el clima. Es lo cierto que cuando en Casanare y San Martín estaban casi colmadas las sabanas, como antes de la Independencia, había numerosos yegüerizos que se utilizaron en la Guerra Magna, y eran desconocidas las pestes que hoy acaban rápidamente con los caballos. Conocida por los llaneros esta misteriosa influencia benéfica del ganado, la aprovechan en las noches que pasan a la pampa ha-

ciéndole guardia, para librarse de los zancudos: desalojan una res del sitio que ocupa y se acuestan allí para dormir el rato que dura impregnado el ambiente con el preservativo perfume bovino.

Interesante sería descubrir la razón de esta maravillosa condición del ganado vacuno, de que se ha valido hasta ahora instintivamente el hombre para domeñar, por medio del pastoreo previo, las tierras inclementes que luego le sirvieron para establecer civilizaciones superiores. El valle del Misisipí, por ejemplo, fue tan insalubre como es hoy el Llano, y gracias al desarrollo que tuvo allí al principio la industria pecuaria, es hoy el asiento tranquilo y seguro de la gran civilización agrícola y manufacturera de los Estados Unidos. Allí pudo comprobarse en los tiempos modernos el escalonamiento de roturadores sucesivos de que tuvieron necesidad en tiempos remotos algunas civilizaciones cumplidas en suelo hostil por su clima, como la egipcia. Primero el ganado porcino sana las tierras pantanosas y limpia el suelo de alimañas y reptiles venenosos; después entra el ganado vacuno a prepararle el clima a los caballos, indispensable auxiliar del hombre; en seguida entra una raza de hombres inmunizada como la africana a echar las bases de la agricultura, para llegar, por último, el anglosajón a fundar una civilización superior: tal fue el curso seguido en el gran valle del Misisipí. Y tal ha de ser y viene siendo el proceso colonizador de nuestra gran llanura oriental, tan generosamente dotada por la fortuna como aquel valle. Solamente que nuestra llanura no ha podido

salir todavía ni siquiera alcanzar completamente la etapa ganadera, no por falta de condiciones intrínsecas, sino por el temperamento bélico, tornadizo e impróbido de la raza latina, a quien le tocó en merced. A conquistar esta etapa está llamada la juventud inteligente de la Colombia actual, escarmentada de las guerras y penetrada como los Estados Unidos de su *Destino manifiesto!*

Colmadas las sabanas del Llano de ganados criollos, que por cierto son muy buenos, se impondrá la necesidad de cultivar pastos artificiales, más nutritivos y rendidores, a fin de hacer seis veces mayor e número de cabezas que allí se pueden sostener. Cuando, por este motivo, allí haya veintiséis millones de cabezas de ganado ordinario, por regla de competencia se impondrá la necesidad de mejorar la raza por la introducción de sangre selecta. Reemplazados los 26 millones de bovinos ordinarios, que dan cada uno un producto medio de carne de 20 @, por ganados de raza fina que produce por lo menos un 50 por 100 más, es como si los 21½ millones de hectáreas de sabanas de paja se hubieran convertido, primero en 129 millones y luego en 194

Calcúlese la importancia que tendría una riqueza de tal magnitud. Nada habría en el resto del país que se le pudiera comparar; la influencia que en los negocios de la Nación tendría una masa tan grande de capital, de créditos y de movimiento comercial, no habría con qué contrabalancearla; el fiel de la báscula económica se inclinaría hacia el oriente; se desplazaría el centro de gravedad nacional: el país palparía en la llanura!

XIV

PODEROSO AUXILIAR AGRÍCOLA

Relación entre la selva y la sabana en el Llano--La agricultura, para su fomento, no necesita sino el 4 por 100 de la selva--Un solo empresario podría hacer esto--Tres especies de cultivos. Cultivo y rendimiento del plátano--El civilizador del trópico--Estudio de la harina de plátano--Con una hectárea de plátano pueden comprarse quinientas reses cada año--Cultivo y producción del cacao--Estudio agrícola de la sarrapia--Prodigioso rendimiento de este cultivo, superior al de todos los de la América--Indicaciones prácticas para un pequeño colono--Maquinitas portátiles para la harina de plátano--Rendimiento fabuloso de diez fanegadas--Su aplicación al ganado

La proporción que guardan las sabanas de la llanura con las selvas que la invaden por el pie de la cordillera y por el curso de las corrientes de agua mide también la relativa importancia que tienen allí la ganadería y la agricultura. Esta relación entre las dos formas de terreno, propias para una y otra industria actualmente, es próximamente el 10 por 100; de modo que si se computan 21 y medio millones de hectáreas para aquélla, se pueden presuponer 250,000 para cultivos.

La agricultura de que se ocupará el presente capítulo en forma muy somera y únicamente para cal-

cular la magnitud del apoyo de que es capaz en favor de la industria pecuaria, no alcanzaría a ocupar un 4 por 100 de aquella extensión: tal es su formidable potencialidad!

Simplemente a tres pueden reducirse los cultivos que sería preciso acometer en el Llano, en la minúscula extensión de 10,000 hectáreas, para sacarle a la tierra el pequeño contingente necesario para poner la ganadería en un soberbio y nunca soñado pie de esplendor; de modo que un solo empresario, sin ser un Rockefeller podría acometer la obra, con tanto mayor razón un país, por pobre que sea. A tan extraordinaria conclusión llegó el autor de este libro mediante operaciones de una aritmética al alcance de cualquier escolar, y por esos mismos cálculos elementalísimos, de irrefragable fuerza de convicción, se propone llevar al lector, para que no se le tache de fantástico.

Los tres cultivos en referencia, de carácter esencialmente práctico, son el del plátano, el del cacao y el de la sarrapia, hábilmente combinados para que den su mayor rendimiento económico.

Fue el Barón de Humboldt quien concedió al plátano el papel de civilizador de los trópicos. En este capítulo aparece una comprobación numérica de tan profundo aserto. Dice el Sr. Dr. Salvador Camacho Roldán: «El plátano, no para consumirlo fresco solamente, sino para secarlo, reducirlo a polvo, conservarlo y transportarlo como harina alimenticia de primer orden. El plátano *dominico*, entre todas las variedades de esta familia, quizás la de más abundante producción, y las diversas clases de *guineo*, no exi-

gen, como el *hartón*, tierras bajas y ricas en humus, sino que pueden cultivarse en las faldas de los cerros; de lo que puede verse ejemplos indudables en las inmediaciones de Tena y en los declives que de La Mesa descienden con pendientes rápidas hasta el Bogotá. En la forma de harina, este vegetal privilegiado—que en igual extensión de tierra rinde una cantidad de sustancia alimenticia muchas veces mayor que el trigo—pudiera entrar en la alimentación humana con mil preparaciones diversas y a la vez pudiera ser transportado a los mercados más distantes.» (*)

El plátano principia a dar cosecha entre los diez y los doce meses. Del segundo año en adelante, mantiene su producción constante hasta el sexto año inclusive, cuando empieza a decaer y hay que destruirlo para poner una plantación nueva. Se pueden computar tres racimos por mata anualmente, o sea más de cien frutas, como minimum, pues hay matas que dan cinco racimos con sesenta frutas cada uno, o sea trescientos plátanos anuales

Las matas se siembran en tresbolillo a cuatro metros de distancia, de modo que caben en una hectárea 750, con una producción anual, desde el segundo año, de 75,000 frutas como minimum. Para traer a Bogotá, en Villavicencio se paga el ciento de plátanos a \$ 1; de modo que una hectárea produce la suma de \$ 750, por lo menos, para esta aplicación; pero como cultivo industrial no hay que contar con este consu-

(*) NOTAS DE VIAJE, pág. 46. Ya en Alemania y Estados Unidos tiene gran demanda la harina de plátano.

mo limitado, aunque bien puede utilizarse al principio, porque no requiere el montaje de ninguna empresa. La verdadera aplicación industrial del plátano está en la preparación de la harina, para mandarlo en esta forma a los mercados extranjeros.

Según experimentos del Sr. Dr. Evaristo García en el Cauca, un plátano *dominico* pesa con cáscara 230 gramos, y sin cáscara 180.

Según personales experimentos del autor, un plátano *hartón* de Villavicencio pesa con cáscara 500 gramos, y sin cáscara 300.

Según análisis, el plátano, por término medio, contiene en cien partes :

Cáscara.....	22
Agua evaporable.....	58
Harina seca.....	20
Suma.....	100

Según esto, una carga de harina de 125 kgs. proviene de 1,250 plátanos, los cuales valen \$ 12.50, al precio de plaza en Villavicencio. A esto hay que agregarle gastos de manipulación de la harina, empaque y transporte, así :

Valor de 125 kgs. de harina..	\$ 12 50
Manipulación	1 50
Empaque.....	1
Transporte a Bogotá.....	5
A Nueva York.....	5
Suma.....	\$ 25

En Estados Unidos y Alemania se cotiza a 20 c. la libra, de modo que los 1,250 plátanos de una car-

ga salen vendidos en Nueva York en \$ 50; de donde resulta que, deducción hecha de gastos de manipulación, empaque y transportes dobles por el río Magdalena, cada centenar de plátanos que produce una mata dan una utilidad de \$ 3 y las 750 matas de una hectárea producen \$ 2,250. Deduciendo los \$ 250 para gastos anuales del colono, podría adquirir cien reses cada año, al alto precio a que se obtienen hoy en Villavicencio, y 500 al precio de las sabanas de Apure.

Por la reduplicación del ganado en el Llano y con el incremento anual de cien reses, el producido de una hectárea de platanera en los cinco años de actividad puede convertirse en un hato de 2,000 reses, que paca gratuitamente en una dehesa natural, sin requerir más cuidado que las quemas del verano. Así se comprende cómo 10,000 hectáreas de cultivo de plátano serían suficientes para vestir de ganados en breve tiempo las hoy casi solitarias sabanas.

Una hectárea de cacao contiene también al tresbolillo 750 matas, entre las cuales se ponen otras tantas de plátano para el sombrío. Cinco años emplea el arbolillo para llegar a su completo desarrollo; de modo que puede al cabo de ellos reemplazarse la platanera, ya decadente para entonces, con el cacao-tal, aunque éste da un rendimiento muy inferior y requiere más cuidado. Una mata de cacao de tres años apenas ofrece una que otra mazorca, al cuarto año produce media libra de fruto, y acaso apenas un cuarto de libra, computando por el producto general de la plantación, en la cual muchos árboles se han

perdido y ha habido necesidad de resembrarlos tarde. Al quinto año puede computarse una libra, pero sobre el 75 por 100 de la plantación nominal. Sólo del sexto año en adelante puede computarse la producción de 1 a 1½ libra sobre el total de la plantación, aunque hay árboles que dan 3, 6 y más libras.

De modo que al precio de 20 c. la libra de cacao, una hectárea en plena producción, con seis años de cuidados, sólo da un rendimiento adicional de \$ 300 a \$ 450, el cual, comparado con el del plátano, decide sin vacilación la preferencia del cultivador en favor de este último. Afortunada tierra aquella, donde parece pequeña tan pingüe utilidad! No conceptuamos, por esta razón, que el cultivo del plátano debe ser auxiliar del de cacao, subordinándolo a las pericias de éste y únicamente para que le sirva de sombrío en los primeros años; sino al contrario, que el desmonte y los cuidados de la platanera debe aprovecharlos el colono para ir reemplazándola, a medida que ésta va entrando en decadencia, por una plantación de cacao, que le queda como adehala de aquélla.

Pero mejor que el cacao para este último efecto, y que debe preferirse siempre que las condiciones del terreno lo permitan, es la sarrapia, cuyos productos sitúan este cultivo en un lugar de preeminencia sobre todos los de la región.

El cultivo de este preciosísimo árbol del Llano ofrece seducciones eminentemente halagüeñas. El árbol de la sarrapia es indígena de nuestra región oriental, donde se produce silvestre en grandes agru-

paciones o manchas; allí pueden estudiarse las condiciones del terreno que le es más propicio. Las tribus nómades del Orinoco explotan los sarrapiales silvestres y de su fruto hacen los navegantes de aquellos ríos lucrativo comercio. *Socolada* una mancha de sarrapia, los árboles centuplican el número de sus frutos. La altura en que estos árboles viven y se desarrollan con lozanía, a virtud del cultivo, está comprendida entre la de Villavicencio y Medina, a 550 metros sobre el nivel del mar, donde se les ve frondosos, hasta las bajas vegas del Orinoco, a 97 metros sobre el océano, donde crecen sin cultivo alguno.

«*Dipteris odorata*—Willd—Es un árbol de la región septentrional de la América del Sur, tiene las hojas alternadas, el pecíolo marginado y las hojuelas también alternas. Las flores son papilonáceas. Las semillas, conocidas con el nombre de *tonka* o *sarrapia*, son muy aromáticas, contenida cada una en un fruto drupáceo ovoide, monospermo e indehiscente. Se usan en perfumería.

Debe la *tonka* su aroma a una sustancia cristalizable que, según las investigaciones de Quibourt y otros, es diferente del ácido benzoico; constituye un principio esencial llamado *cumarina*, obtenido recientemente por síntesis. La *cumarina* se encuentra asociada en la sarrapia a un aceite volátil, a un aceite graso y al ácido benzoico.

«Estas semillas, además de ser perfume, son tóxicas y gozan, según Fonsagrives, de propiedades estimulantes y antiespasmódicas. La tintura es de efecto

medicinal, recomendable en los casos de debilidad notable con somnolencia, vértigos y náuseas.

«En Colombia se encuentra este árbol hacia la región del Orinoco y en los Departamentos del Magdalena, Bolívar y Santander.» (*)

El cultivo de la sarrapia se hace por almácigas, picando y abonando con boñiga el suelo donde se establezca, a la sombra y con riego. A los diez o doce días de sembrada la semilla brota el tallo. Cuando la pequeña planta ha levantado unos 40 centímetros, seis u ocho meses después de puesto el semillero, puede trasladarse al entable, en hoyos colmados de tierra rica en humus, cuando se hace el cultivo en suelo pobre de esta sustancia, y allí se coloca el pequeño árbol en disposición triangular, a 4 ó 5 metros de distancia, bajo un discreto sombrío, como el del plátano, que no lo prive enteramente de los rayos del sol. El trasplante debe hacerse en abril, o sea al comenzar el invierno, para economizar el riego que requiere al principio; pero ha de elegirse un terreno que no se inunde, a fin de que el arbolito no sufra demasiada humedad. Los sitios del Orinoco y el Meta donde hay sarrapiales silvestres, son altos y secos; el árbol no requiere terrenos ricos en humus sino para principiar su vida, pues se desarrolla bien en las faldas estériles y en los terrenos de aluvión pobres en capa vegetal. A medida que el árbol se desarrolla, al cabo de dos o tres años, hay necesidad de irle quitando sombrío, si estuviere muy

(*) Santiago Cortés. FLORA DE COLOMBIA, pág. 33.

tupido, y siempre, para que sea fecundo, es preciso defenderlo de yerbas, enredaderas y parásitos. A los diez años de edad, los árboles son delgados y escasos de follaje todavía, aunque alcanzan una altura de 10 a 15 metros, y en su edad madura despliegan una frondosidad como la del mango, al cual se asemeja.

La fortaleza del árbol joven, aunque delgado y escaso de follaje como un adolescente, y el profundo enraice que lo arraiga al suelo lo defienden contra el huracán del alisio en invierno y contra la fuerte brisa del verano.

La cosecha empieza durante esta última estación en que las frutas maduras se caen espontáneamente al sacudimiento del aire fuerte, pero es preciso auxiliar esta caída por medio de orquetas con cuchillas, para apresurar y metodizar la recolección. El máximo de la cosecha se cumple en los primeros meses del invierno; de modo que puede decirse que la recolección dura seis meses. Las cosechas son alternadas: después de una abundantísima sobreviene otra escasa.

Las frutas deben recogerse en plena madurez, cuando empiezan a dejar el color verde para tomar el amarillo. La recolección de frutas verdosas produce una almendra blanca que nunca alcanza ni el color casi negro de la almendra madura ni su penetrante y exquisito perfume, y suele suceder que se vanan o se pudren.

Las frutas son muy semejantes a las del mango y tienen unos 8 centímetros, con una corteza perfuma-

da y pecosa, de olor repelente y fastidioso, bajo la cual hay un mesocarpio fibroso que defiende el *cuesco* o endocarpio huesoso, dentro del que está la semilla o almendra preciosa, opulenta en perfume. Esta, de unos 4 centímetros de longitud, es blanquecina cuando se rompe el cuesco y va tomando color desde el cepia y el carmelita hasta el negro, a medida que se seca.

200 almendras, sin escoger, chicas y grandes, forman próximamente una libra, la cual vale actualmente en Europa \$ 4. Contadas las frutas de un arbolillo de la hacienda de *El Buque*, de cinco años de edad, produjo 294. es decir, libra y media con un rendimiento en dinero de \$ 6. A los diez años los árboles alcanzan una producción de 1.000 frutas en cosecha o sea 5 libras, por valor de \$ 20, y cuando llegan a la opulenta frondosidad del mango, a los cincuenta años, producen tantas frutas como éste, con un peso de 100 libras de almendras y un rendimiento fabuloso de \$ 400. El patrimonio de una familia!

Colocadas las frutas en sitio seco y sin apilarlas para que no se pudran, se espera a que se enjuten y entonces se rompe cuidadosamente el cuesco y se extrae la almendra, la que se pone al sol hasta que toma el color negro. En este estado sirve de semilla para nuevos cultivos. Se ca la almendra, se la rocía con alcohol, con lo que se consigue que el principio esencial que ésta contiene se disuelva y se cristalice en la superficie para ponderarle su perfume.

Las almendras pasadas por alcohol se hacen infecundas y no sirven, por consiguiente, para semi-

llas. Al comprar éstas para fundar un cultivo, téngase cuidado de esta importante circunstancia.

En una hectárea caben de 650 a 700 árboles en distribución triangular y a 4 metros de distancia uno de otro, como queda dicho atrás, los cuales pueden ser plantados por un solo hombre y a él le devuelven a los cinco años 1,000 libras de almendra, por valor de \$ 4,000 al principio, para ir aumentando a \$ 14,000 a los diez y hasta sumas fabulosas a los cincuenta años, suponiendo constante el precio del artículo.

Son tan pequeños los gastos de desyerba de una hectárea y los de transporte a Europa de media tonelada que produce a los cinco años, en comparación a su valor allí, que puede decirse que los rendimientos anteriormente calculados representan la utilidad neta por hectárea de cultivo.

Los tratados de agricultura tropical apenas se ocupan de la sarrapia como útil para la confección de perfumes, sin dar a conocer a los cultivadores los simples procedimientos que deben emplear. La extraordinaria utilidad de este archiexcelentísimo cultivo, propio del Llano, nos ha obligado a tomar informes de personas estudiosas, que muy en pequeño lo han emprendido allí, para formar esta deficiente guía, con destino a los nuevos colonos que nuestro libro ha de llevar a las llanuras orientales. Nada hay en el opulento emporio de la zona tórrida comparable a la sarrapia, ni el quebracho, que ha hecho la civilización argentina, ni el huano, que hizo la del Perú y Chile, ni el cacao, que está haciendo la

del Ecuador, ni el café, que hizo la del Brasil, ni el tabaco, que hizo la de Cuba!

Por vía de ejemplo del trabajo que impondría una pequeña plantación combinada de plátano y sarrapia; para tener idea de las diligencias preliminares necesarias a fin de que un joven juicioso, emprendedor y de un pequeño capital se convierta en colono, y para que se vea la utilidad de esa aplicación en diez años, vamos a complementar el presente capítulo con algunas indicaciones de orden práctico, sin pretender gran minuciosidad de detalles que huelgan a quien haya leído con atención este libro y de los cuales se provera el presunto colono, según sus circunstancias, en el momento de iniciar su empresa. Se trata aquí únicamente de los rasgos generales de un anteproyecto, para hacerlo viable en el ánimo de muchos jóvenes deseosos de trabajar y hacerse ricos, en el de los padres de éstos y en el de muchos hombres de algún capital que querrán impulsar a sus socios industriales o a sus meros protegidos por un sendero de labores fáciles, remunerativas y gloriosas.

Estos jóvenes, de mentalidad superior, de aspiraciones y capaces de imprimirle progreso a sus labores, con relaciones importantes fuera de la región para servirle de agentes intermediarios con las ciudades de la cordillera y con Europa, susceptibles de ampliar el radio de sus negocios hasta constituirse en centro económico de los del contorno y en auxiliares poderosos, por su ejemplo industrial, por

sus consejos y por su apoyo pecuniario a la larga, serán en el movimiento regenerador de la llanura como sus ejes de concentración, como sus elementos directivos, como los prohombres de su sociología. Y si le han de prestar importantes servicios, recibirán en cambio el merecido señorío de un país próspero. A estos jóvenes oficiales del ejército civilizador del Llano es preciso situarlos allí en posiciones preferentes, para que las estudien, conozcan el deber que les incumbe y sirvan de cabos de escuadra en la recluta.

Lo primero que necesita hacer el presunto colono de esta categoría, es calcular el pequeño capital que ha de requerir su empresa para nacer, desarrollarse y empezar a dar fruto. Al efecto se informará de lo que cuesta, en primer lugar, un viaje previo de exploración, en el curso del cual tomará nota del precio de los jornales, del valor del desmonte de una hectárea de bosque, de lo que cuesta un rancho, del número y valor de los animales que le han de servir de auxiliar (el perro, la vaca, el pollino, el cerdo, las gallinas, etc.), de las herramientas, máquinas de beneficio y demás enseres que ha menester (hachas, machetes, azadones, máquina de cortar el plátano, estufa portátil de latón para secarlo, molino de mano, etc.), del lugar donde ha de proveerse de las semillas, precio de éstas y dificultades para el transporte; de si hay peones en el sitio escogido o si tendrá necesidad de llevarlos.

Calculado el presupuesto de capital, digamos \$ 1,000 para una plantación de 7 hectáreas de plata-

nera y sarrapia, en dos tandas de a 3¹/₂, hectáreas cada una, levantará esta suma de sus propios recursos si los tiene, la tomará a préstamo a tres años de plazo o se asociará con un capitalista en participación de utilidades y pérdidas.

Con la suma de dinero en mano, adquirirá los elementos necesarios y el remanente que ha de emplear en jornales, gastos permanentes y contingencias de la empresa, lo colocará a la orden o en cuenta corriente en poder de una persona acaudalada y de buen crédito de las inmediaciones, como un rico dueño de hatos del contorno, un comerciante al por mayor de la población más cercana, un comisionista respetable del puerto donde se cumplen los negocios del circuito. En todo caso arbitrará los medios para disponer oportunamente de sus fondos, sin mantener sumas de mayor cuantía en la bolsa, para evitar un asalto.

En el viaje de exploración habrá estudiado el presunto colono si le conviene fundar su empresa al pie de la cordillera, cerca del camino que viene de su pueblo, o en el centro de la llanura, como nos permitimos aconsejárselo, a inmediaciones de un río navegable, afluente del Meta o del Orinoco. Las vegas del Pauto y el Cravo en comunicación con Sogamoso, del Cusiana en comunicación con el valle de Tensa, del Casanare en comunicación con el norte de Boyacá, y del Arauca en comunicación con Pamplona, ofrecen sitios de primer orden para una empresa de aliento que pretenda llegar a ser poderosa en el porvenir.

Como no hemos de contar con el apoyo del Gobierno, o mientras nuestros Cónsules se preocupan por estudiar la venta de nuestros artículos, conviene que desde luego el colono novel se provea de muestras de harina de plátano de cualquier procedencia, para remitirlas a Nueva York, Hamburgo y otras ciudades de gran comercio, a cargo de comisionistas acreditados cuya dirección le suministran los comerciantes y cafeteros, para que les busquen mercados de consumo en el Exterior. Entre tanto que esto sucede y mientras el colono hace su rancho, desmonta bosque y ve levantarse su primera plantación de plátano, conviene que vaya ensayando sus máquinas de producción de harina y que adquiera la experiencia necesaria para fabricar un buen producto, así como sobre la fruta que mejor le convenga, entre las sesenta especies que hay de esta planta, para emplearla en sus cultivos en lo sucesivo. Por lo pronto le aconsejamos el *guineo* o el *hartón*. Para hacer aquellos experimentos debe adquirir en compra plátanos de las inmediaciones, en estado de sazón pero verdes, para poner a funcionar sus máquinas y producir un artículo de fácil aceptación.

A estos productos de ensayo y a los primeros de la plantación debe el colono buscarles mercado dentro del país, donde la harina de plátano tiene ya buena demanda, entre otras consideraciones para obtener pronto los primeros rendimientos de su labor y atender con ellos el ensanche de la empresa. Pero no debe perder de vista el propósito de buscarles mercado en el Exterior, donde la competencia es

menos peligrosa para la uniformidad en el precio de venta. Nuestras plazas interiores, aun la de Bogotá, se congestionan al menor exceso en la oferta de un artículo de consumo.

Para los primeros despachos a sus consignatarios conseguidos en el Exterior, puede el colono valer-se de alguna Casa comercial respetable situada en la ciudad más accesible y luego por conducto de las Casas comisionistas de Orocué o Arauca y Ciudad Bolívar, según el caso, transmitiéndoles instrucciones sobre la rapidez que exige el despacho para que la harina no sufra daños por el retardo en clima húmedo.

Después de establecidos con regularidad los envíos sobre el Exterior por intercesión de comerciantes y Casas de comisión, quienes suelen anticipar fondos y corren con el asunto de giros, haciéndose pagar estos servicios a alto precio, puede el colono inteligente hacer estas operaciones directamente, con intermediarios mejor escogidos y no permitiéndoles más intervención que la relacionada con los transportes.

Hemos supuesto un colono que se propone sembrar en dos años cinco mil árboles de sarrapia con su correspondiente sombrío de plátano. Ya lo consideramos instalado en su rancho, en medio de un pequeño desmonte donde se ha apresurado a sembrar chonque, tabena, maíz, yuca y demás frutos menores para el sustento, operaciones en que lo conceptuamos mejor instruido que el autor de este libro.

Ante todo, en el pequeño desmonte plantará el semillero de 2,000 almendras de sarrapia en 80 me-

tros cuadrados, al comenzar el verano de noviembre, para que estén de trasplante seis meses después, es decir, para el invierno de abril. Estas almendras pesan próximamente diez libras, y bien escogidas, pueden adquirirse al precio de venta en Europa, es decir, a \$ 4 la libra. Mientras la almáciga cumple su período de desarrollo, se cumple el desmonte de tres y media hectáreas (próximamente cinco fanegadas) y la siembra de las 2,500 matas de plátano que servirán de sombrío. Mientras éstas no estén del tamaño suficiente para prestar este servicio, no debe acometerse la tarea del entable de la sarrapia, pues nada importa que el trasplante de los arbolitos se retarde un poco, con tal de que la operación se haga en invierno.

Durante éste hará el trasplante y los ensayos de su maquinaria para fabricar harina de plátano, y al aproximarse el siguiente verano, repetirá las mismas operaciones para otras tres y media hectáreas. Para entonces tiene que atender ya en forma industrial a la manufactura y despacho de la harina, pues se encuentra en presencia de una producción de 250,000 plátanos que le van a dar para 200 cargas, las cuales le producirán \$ 7,500, si supo prepararles mercado oportuno, o simplemente \$ 2,500 si puede lograr vender los plátanos en fruta como comestibles, operación más difícil y aleatoria. Es de suponerse que la mayor parte de esta primera cosecha la empleará el colono en repartir muestras en los mercados de Europa y los Estados Unidos, muchas de las cuales las perderá en el intento.

La preparación de la harina es un punto muy importante, sobre el cual conviene insistir. El plátano debe emplearse verde, porque en ese estado contiene toda su fécula, sin que haya comenzado a convertirse en azúcar por la madurez. El corte para secarlo debe hacerse en delgadas rodajas, llamadas vulgarmente *patacones*, y esto se hace rapidísimamente por medio de una máquina de picar pasto. Podrían secarse los patacones al sol en un patio de cemento, si se practicara esta operación en la época del verano; pero como la fabricación es permanente, a medida que la plantación produce, hay necesidad de emplear una estufa de rápido despacho. Las más apropiadas al efecto, de una instalación ligera y rudimentaria, son de la forma de una cómoda, de muchos cajones de latón, por entre los cuales circula el aire a la temperatura conveniente. A proporción que los patacones se van secando, se retiran los entrepaños para renovar constantemente la carga. En la Sección de agricultura del Ministerio de Obras públicas puede verse un modelo para secar frutas, que allí existe y del cual se pueden fácilmente hacer imitaciones al tamaño que convenga, según la cuantía de la producción. En cuanto al molino para pulverizar los patacones secos, bastaría para una pequeña empresa con uno de mano para cualquiera otra especie de harina, de los que se expenden a bajo precio en los almacenes de ferretería. La harina del primer paso debe tamizarse para remoler las partículas gruesas.

Es claro que este improvisado e incipiente tren de maquinaria debe emplearse únicamente para in-

clar la empresa o para labores muy humildes y en pequeña escala. Engrandecidos los trabajos y en los aprovechamientos cuantiosos que seguirán a los pocos años, habrá necesidad de molinos al estilo de los del trigo, con todas sus dependencias y movidos por vapor.

Resumiendo la cuenta de aprovechamientos de la pequeña plantación de 5,000 árboles de serrapia, en combinación con otros tantos de plátano, que hemos presentado como ejemplo, resulta que de los seis años de producción del sombrío, mientras empiezan a cargar aquéllos, cuando ya no lo necesitan, se utiliza a razón de \$ 15,000 cada año, menos al fin del primero, en que damos por desperdiciada, en muestras de harina, la mitad.

La producción del sarrapial principia al fin del quinto año, a razón de una libra por árbol, y va en aumento progresivo de una libra más cada año, de modo que a los diez produce cada árbol cinco libras.

Según eso, el producto es así:

Años	Harina	Sarrapia	Valor total perdidas
1.º	200 cargas (distribuidas)	—	\$ 15,000
2.º	400 «	—	15,000
3.º	400 «	—	15,000
4.º	400 «	—	15,000
5.º	400 «	—	15,000
6.º	400 «	2,500 libras	25,000
7.º	200 «	7,500 «	37,000
8.º	— «	12,500 «	50,000
9.º	— «	17,500 «	70,000
10	— «	20,000 «	80,000

Si una buena parte de estas utilidades quedara en el Llano, en forma de ganados, bastarían 320 establecimientos análogos, o sean 2,240 hectáreas de cultivos, para colmar las sabanas en diez años.

Véase en demostración de esa sorprendente tesis, el siguiente cuadro de la aplicación de las utilidades anuales de las siete hectáreas de la anterior labranza a la compra y reproducción de ganados, a razón ésta del 20 por 100 anual y al precio de \$ 20 por cabeza:

Con \$ 10,000 se obtienen	500 reses,	que a los 8 años, son	2,150
-- 10,000	-- 500	-- 7	-- 1,800
-- 10,000	-- 500	-- 6	-- 1,500
-- 10,000	-- 500	-- 5	-- 1,240
-- 20,000	-- 1,000	-- 4	-- 2,070
-- 30,000	-- 1,500	-- 3	-- 2,590
-- 40,000	-- 2,000	-- 3	-- 2,880
-- 60,000	-- 3,000	-- 1	-- 3,600
-- 70,000	-- 3,500	-- 0	-- 3,500
Suma.....reses			21,330

XV

VÍAS AL META

La vía por el pie de la cordillera las enlaza a todas--Porvenir de esta gran comunicación--Itinerario de Zipaquirá a Cabuyaro--Medina y sus estadísticas industriales--El camino de Macanal a Upiá para el valle de Tensa--El camino de Sogamoso a Chámeza y un río de sal--Comunicación en el río Cusiana, poblado por los indios sálivas--Lo que vale el concurso de estos indios y un cultivo de sarrapia--La capital económica de Boyacá y el camino del Cravo--La navegación del Pauto y la *vía mater* del comercio boyacense--De Casanare a Santander. Las colonias indígenas en el río Casanare--Comunicación con Arauca--La carretera del Sarare--La ciudad de Arauca.

No queda completa la noción de los transportes de la cordillera a la llanura con lo dicho en el Capítulo I, acerca de los varios senderos establecidos o por establecer al través del ramal oriental de los Andes, para servicio de los diferentes grupos de población intercordillerana. Es preciso detallar ligeramente estos senderos, y sobre todo, ponerlos en relación con los ríos que atraviesan la llanura hacia el Meta, a fin de que el presunto colono vea cómo puede llevar sus productos al Exterior por este río o para entregarlos al consumo interior de la República, junto con las mercancías de importación de retorno, con-

duciéndolas por estos senderos a Santander, al centro de Boyacá y a Cundinamarca.

Hay un mal camino por todo el pie de la cordillera, desde Arauca y Tame hasta San Martín y hasta Uribe que pasa por Támara, Nunchía, Labranza grande, Medina y Villavicencio, el cual sirve de enlace a todos los diferentes bancos de sabana, especie de tiras a través del Llano que sus numerosos ríos separan e independizan. Este importante camino es un vínculo de unión por tierra, como lo es el Meta por agua, del cúmulo de intereses que germinan en la llanura y del emporio de empresas que se establecerán allí con el tiempo. Este camino descabeza por su origen multitud de corrientes y atraviesa los ríos que nacen en la intercordillera, sobre puentes en muy raros y por puntos vadeables en toda época los más. Los últimos espolones de la cordillera, que allí mueren, determinan fuertes subidas y bajadas, fácilmente evitables por medio de variantes de corta longitud que rodearan las curvaturas del terreno, y por desarrollarse en su mayor parte bajo el sombrío del bosque, donde el sol no entra a desempeñar el oficio de *peón caminero* de que lo hemos encargado en todas nuestras vías públicas, el fango, los baches, los canchales y los resbaladeros hacen en éste penosa la marcha y costosos los transportes. La necesidad de la industria hizo nacer espontáneamente al servicio este camino, del cual se valió en una gran parte el Ejército Libertador para su gloriosa campaña sobre Nueva Granada, en 1819.

El desarrollo industrial de la llanura lo convertirá a su turno en carretera o en ferrocarril, tan útil al

fomento de la región como lo serán la carretera del norte, cuando llegue hasta Cúcuta, y el ferrocarril central, cuando llegue hasta Bucaramanga.

Después del camino de Villavicencio, descrito detalladamente en los primeros capítulos de este libro, se encuentra hacia el norte el que atraviesa la cordillera para ir a Medina por Gachetá. De Zipaquirá a Guasca hay cinco leguas de camino plano que se recorren en tres horas al galope del caballo. De Guasca a Gachetá, capital de la Provincia del Guavio, con 3,000 habitantes, ya en la cordillera, hay cinco leguas de buen camino que se recorren en cuatro horas. De Gachetá se desprende un sendero hacia el poblado valle de Tensa. De Gachetá a Gachalá, rico Distrito del cuenco, hay ocho leguas. Entre este último y Ubalá, donde hay un yacimiento de petróleo de la familia Bunch, construyó en 1909 el Sr. D. Eugenio Gómez un hermoso puente colgante de 35 metros de luz, sobre el Guavio, por cuenta del extinguido Departamento de Quesada. Este camino hasta aquí ha merecido importantes reparaciones, con el intento de convertirlo en carretero, por las ventajas que ofrece para la saca de ganados de Medina y por la emigración del valle de Tensa que invade lentamente el cuenco. De Gachalá a Medina hay siete leguas de un sendero infernal a través de Miralindo, último contrafuerte de la cordillera sobre el Llano. En el extremo de este contrafuerte, al morir sobre el río Garagoa, están las fuentes saladas de Mámbita.

Medina está a la misma altura que Villavicencio (550 metros sobre el nivel del mar) y en una situa-

ción semejante con relación a la llanura. Su caserío es de agradable aspecto y contiene 1,000 habitantes, poseedores de labranzas que producen al año 10,000 cargas de maíz y 900 de arroz. Conviene anotar para fijarle a la sarrapia sus límites altimétricos, que en la plaza de este pueblo crecen frondosos algunos de estos árboles. En las sabanas que se extienden al pie de Medina pacen 3,000 reses vacunas, 500 caballos y hay próximamente 1,500 cerdos.

Por último, de Medina a Cabuyaro, primer puerto sobre el Meta, hay quince leguas. En suma, de Zipaquirá a Cabuyaro hay cuarenta leguas, así: cinco en la sabana de la altiplanice, veinte en cordillera y quince en la llanura.

Del pueblo de Miraflores, en Boyacá, pártase una malísima vía hacia el Llano por el cuenco del río Lengupá, afluente del Upía, por Campohermoso, Páez y Barroblanco, a salir a Maquivor, sobre el Meta, la cual se recorre en cinco días de a caballo. Del pueblo de Macanal, en el Valle de Tensa, a las hoyas de los ríos Lengupá y Upía, se trabaja un costoso camino en roca, para reducir y facilitar considerablemente esta comunicación al Meta. De Bogotá a la Barranca de Upía, por el Ferrocarril del norte, habrá tres jornadas, según concepto del Sr. Enrique Garcés, ingeniero a quien se debe el trazo de ese camino.

De Sogamoso pártase hacia Chámeza un camino por el lago de Tota y el boquerón de Boguita. Existe la tradición, por el nombre indígena de *Vijua*

que tuvo el antiguo pueblo de Chámeza, de que allí estuvo descubierto el banco de sal gema. Por Receptor y Pajarito corre un río también con el nombre de Vijua, por la cantidad de cloruro de sodio que arrastran sus aguas, y allí, bajo ese río, ya fue descubierto el banco salino. El río Salinas, que pasa por Chámeza, se junta con el Vijua para formar el Cusiana, el cual es navegable desde Tauramena hasta su desembocadura en el Meta. La fertilidad de las sabanas que riega este río y la querencia de los indios sálivas en sus vegas, se explica por la cantidad de sal que sus aguas arrastran de la cordillera.

Estos bondadosos indios establecidos en las márgenes del Cusiana, labran la tierra, hacen cazabe para la venta y explotan los sarrapiales, hoy silvestres que algunos blancos plantaron en otro tiempo. Uno de estos blancos, D. Hipólito Escobar, en carta de informes al autor dice al propósito:

«La fundación de *El Campanero*, a orillas del Cusiana, fue hecha por mí en el año de 1882 con una colonia de indios sálivas, bastante civilizados e instruidos en los trabajos agrícolas y muy hábiles para la construcción de edificios de campo, cuyo Capitán Nazario Paiba, los mantenía organizados y adictos a la fidelidad prometida y al cumplimiento de los deberes morales. No les era permitido hablar en otro idioma que el propio, aunque muchos conocían el castellano, ni tratar con persona extraña a la tribu sin consentimiento del Capitán y en su presencia, quien les resolvía cualquiera dificultad. Paiba y su tribu me sembraron el sarrapial de *El Campanero* con almendras que yo les traía cada año de mis viajes a Ciudad Bolívar, las cuales procedían de sarrapiales del Caura. Traje más de 5,000

frutas inútilmente, porque no germinaban en el semillero, hasta que se me ocurrió que la larga distancia y el tiempo de cogidas hacían que se pasaran las semillas. Entonces pedí directamente unas mil frutas a San Fernando de Atabapo, con encargo de que me las trajeran a la mayor brevedad, y con ellas, convenientemente puestas en la almáciga, bien abonada y regada, conseguí el plantío, del que hoy sólo existen unos 600 árboles entre el rastrojo, los cuales han continuado aprovechando en mi larga ausencia toda clase de indios nómades que cruzan por Casanare. En cuanto a la producción de cada árbol, tuve la curiosidad de contar las frutas de uno de seis años, durante la cosecha, y le resultaron dos mil y pico, de las que saqué 7½ libras de almendra. Le explicaré a usted la causa de esta fecundidad: los cuatro árboles respecto de los cuales pude llevar la cuenta de sus pepas, fueron trasplantados del sarrapial de tres años de edad, a las cuatro esquinas del patio de la casa, practicando en ellas un hoyo profundo que llené de despojos vegetales para abonar los árboles trasplantados.

Mis indios no me causaban ninguna clase de molestias; con ellos fundé también mi hermosa finca de *Matarrara*, donde hice cultivos espléndidos durante cinco años. Produje cuanto desear se puede en un campo de la rica región oriental. El Capitán me rendía todas las noches informe minucioso de las tareas del día y pedía instrucciones para el siguiente, las cuales eran estrictamente cumplidas. Hasta una fábrica de ron, para llevar a Ciudad Bolívar, desarrollé allí con el auxilio de mis buenos indios sálivas.

Con el sobrante de los productos de mis fincas, después de hechos generosamente los gastos de manutención, vestido y jornales de los indios para que vivieran contentos a mi lado, establecí en la extensa sabana que se desarrolla entre el Cusiana y el caño Cusiva, un magnífico hato, mez-

clando la cría de 80 vacas de tercera sangre inglesa con ganado escogido de San Martín y elevé a 545 el número de reses en cinco años, sin gastar de este rebaño ni una sola para el consumo, pues contaba en lo alto de la sabana con el ganado arisco y sin dueño que por allí aparece perseguido por los guahibos, y traía todas las semanas una res para el gasto.

Una fiebre perniciosa y sus largas consecuencias me obligaron a retirarme por algún tiempo de mis lucrativas empresas del Cusiana, y cuando volví a ellas para entrar en sociedad con el Dr. León Beck, súbdito belga, quien aportaba 5 000,000 de francos para continuar su desarrollo, todo lo encontré invadido por el rastrojo y el hato reducido a 85 reses; las demás habían muerto apestadas por falta de sal o se habían *alzado* para juntarse con el ganado sin dueño.

Sin embargo, la seducción de estos sitios y el prospecto del sarrapial indujeron al Dr. Beck a sostener sus propósitos de traer un fuerte capital para explotar en grande escala esa riquísima y bien situada región de Casanare, y los hubiera cumplido, si la fiebre amarilla no hubiera puesto fin a sus días en Manaos, en viaje ya para Europa, a donde iba a levantar el capital prometido.»

También de Sogamoso, verdadera capital económica de Boyacá, arranca el camino del Cravo, que conduce a Orocué. Pasa por las poblaciones de Tópaga y Mongua, atraviesa la cordillera por el alto de San Ignacio, punto culminante del páramo, y pasando por las salinas de Sismosá y Sirguasá, llega a la importante población de Labranzagrande. De ésta al puerto de Garcitas el camino recibió notables reparaciones, variantes cómodas y algunos puentes, en 1909, en cumplimiento del contrato de reparación

hasta Sogamoso que celebró el Sr. D. Juan B. Reyes, por aquella época de renacimiento industrial. El Cravo es navegable por canoa en una extensión de treinta leguas, y es muy frecuentado por los peligrosos guahibos, quienes lo transitan en busca de la sal de la cordillera. Por esta razón los viajeros escasos de compañía se desvían hacia el río Pauto, aorta indiscutible del Territorio de Casanare.

En efecto, el Pauto es un gran río que aporta trescientos metros cúbicos de aguas al Meta, por muchas bocas, formando un delta bajo y arenoso que se inunda en invierno. La cuantía del Pauto en su desembocadura, es próximamente igual a la del Meta en Cabuyaro. Por la principal de las bocas entran bongos en todo tiempo y suben el río en una extensión de cuarenta leguas, hasta el puerto de Remolino, a una jornada de la importante población de Moreno. Lanchas de vapor sólo han subido hasta La Trinidad, llamada por antonomasia *La Parroquia* por los indios mansos en que abunda la región. En 1896 puso el Sr. Ramón Real, por primera vez, en aguas del Pauto el vapor *Boyacá*, el cual subió sin tropiezo alguno hasta el puerto de La Plata, a treinta y dos leguas de Sogamoso*.

La Trinidad es el centro de Casanare, a donde confluyen los senderos que conducen a los hatos de

* Véase: REVISTA ILUSTRADA, *Navegación del Pauto*, por Elisio Medina, pág. 67. Allí está la fotografía de ese primer vapor del principal afluente del Meta, debido al progresista Sr. Ramón Real.

este Territorio, constituídos hoy por más de 100,000 cabezas de ganado, desgraciadamente bravo en su mayor parte por falta de sal. De La Trinidad se va a Pore en dos jornadas cómodamente, haciendo paradas en ruiseñas y hospitalarias fundaciones, donde abundan los recursos y el cariño para el viajero. En Pore se encuentra el sendero que desde Arauca atraviesa la gran llanura en toda su extensión por el pie de la cordillera, comunicando poblaciones de recursos como Chire, Moreno, Nunchía y Marroquín. Siguiendo de Pore hacia occidente por camino llano, se llega en seis horas a Támara, extremo oriental de la carretera que, al final del Capítulo VII sobre la salina de Chita, hemos proyectado para comunicar a Boyacá con el Meta. En Támara se encuentra el camino que conduce de Tame a Labranzagrande y Chámeza, pasando por Lope y Ten. Cada uno de estos pueblos tiene comunicación con la región poblada del país, al través de la cordillera, así: de Lope a La Concepción, en García Rovira, Departamento de Santander; también de Lope al Cocuy por Rechíniga; de Ten a Chita, en la hoya del río Chicamocha, pasando por Sácama y La Salina (camino convertible en carretero), y de Labranzagrande a Sogamoso por el lago de Tota, desviando por Pajarito.

El eje económico de Boyacá y Casanare, redentor de aquel aislado Departamento de la República, llamado a ser el primero en el país por sus innumerables condiciones de vida, es la carretera de Lagunaseca a Támara, y el río Pauto, navegable por vapor.

El río Casanare, de 300 metros de anchura, aporta al Meta casi las mismas aguas que el Pauto y su navegación desde el puerto de San Salvador, a 60 leguas distante de la boca, es cómoda en bongos de 4 a 6 toneladas. En las vegas de este río, cubiertas de hermoso bosque, hay labranzas de indios *rationales*, y de distancia en distancia aparecen las fundaciones hospitalarias de los llaneros, rodeadas de ganados. Este río, lo mismo que el Cusiana, viene de grandes yacimientos de sal, y es digno de observarse que merced a esta circunstancia, forman ambos la traza de un éxodo, no de caribes ni salvajes, sino de indios con tendencias sedentarias, que practican la agricultura y aman la tierra. Por el Cusiana suben los sálivas, por este río Casanare andan los yaruros y achaguas, de quienes trataremos en capítulo especial.

De San Salvador, pueblo de antiguas misiones se va a la ciudad de Arauca en cinco jornadas, caminando casi al oriente con un pequeño desvío hacia el norte, y atravesando muchos ríos en pasos peligrosos en verano e invadeables de a caballo en invierno. En los pantanos que forman el desborde de estos ríos abundan de una manera prodigiosa toda especie de garzas, desde el *garzon soldado*, del tamaño de un hombre, hasta la *chumbita*, de la más fina pluma. Para cosechar 110 libras de plumas que salieron por la Aduana de Arauca en 1908, debe ser casi infinito el número de garzas que hay en la región. Las plumas de setenta garzas reales, según observación del Sr. General Max. Carriazo, pesan una

libra, así como las de 560 *chumbitas*. En Europa se pagan las unas a \$ 100 y las otras a \$ 500 la libra. Cada *garzón soldado* produce treinta plumas útiles, al precio de \$ 0.06 centavos, o sea \$ 1.80 por individuo. Este codiciado artículo de exportación traerá por consecuencia el matar las *gallinas de los huevos de oro*; porque ya la pluma no se recoge en los dormitorios o garceros, como cuando éstos eran de propiedad particular, sino por medio de cacerías hechas por los arrendatarios de la renta oficial. *

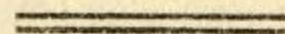
Partiendo de Labateca, cerca de Pamplona, en el Departamento de Santander, hay una mala trocha al río Sarare, sin pasar páramo alguno, por la hoya del río Morgua que es el mismo Chitagá, afluente de éste. Actualmente se han hecho algunas mejoras a esa importante vía, para poner en seis jornadas en comunicación a Pamplona con la ciudad de Arauca.

Los Llanos están divididos por los ríos Upía y Casanare en tres regiones: la del Territorio del Meta o San Martín, la de Casanare y la de Arauca. La primera es una dependencia del Departamento de Cundinamarca, la segunda lo es del Departamento de Boyacá, y la tercera, acaso la más próspera, lo será algún día del Departamento Norte de Santander, cuando se establezca una vía carretera al río Sarare, de una longitud menor de 20 leguas de muy suave pendiente. Del río Sarare al río Arauca se pasa por la laguna o desparramadero y luego este último es navegable por vapor en todo tiempo desde la ciudad

*Max. Carriazo. LLANOS ORIENTALES, página 20 y siguientes.

de Arauca hasta el Orinoco, de modo que entonces se podría ir de Pamplona a Ciudad Bolívar en nueve días.

La ciudad, de 2,000 habitantes, la mayor parte venezolanos y extranjeros, es alegre y culta y se comunica en tres días por vapor con Ciudad Bolívar. La Aduana establecida allí, eficaz únicamente para las introducciones del poblado y sus inmediatos contornos, por lo abierto y extenso de la frontera, introduce cosa de 90 toneladas por año, por valor de \$ 32,000. El río de su nombre, afluente del Orinoco, tiene allí 120 metros de ancho y una profundidad mínima de 24 pies, como para que lleguen hasta ella los grandes vapores del océano. Un brazo de este río divide la ciudad en dos partes comunicadas por un puente de 35 metros. En invierno parece Arauca un islote en medio del mar, que se mira de hito en hito con su fronterizo venezolano pueblecillo de Amparo.



XVI

NAVEGACIÓN DEL META

Atributos del río--Hasta dónde han subido las lanchas.--Bajada en canoa--El puerto de Cabuyaro--Cantidad de aguas en Cabuyaro y velocidad media del río--Las palmeras del Llano y sus aplicaciones--La inundación y los garceros.--Arrastradero de San Pedro de Arimena para pasar al Vichada y al Orinoco--El puerto de Orocué--El vapor *Libertador*--Dónde debe estar la capital de los Llanos--Vueltamala y los cuivas--Los arrecifes--El raudal de Caribén--Distancia a Ciudad Bolívar--Itinerario del río.

El *viso del Meta* es uno de los espectáculos más festivos y espléndidos del Llano. Siempre el agua será la nota alegre y habladora de los paisajes, y cuando se han recorrido en el verano las agostadas sabanas con semblanzas de desierto, se experimenta en presencia de un río navegable la emoción de vida que él imprime, con la intensidad de un verdadero deleite.

Tiene el Meta en el extremo de la sabana que se extiende sin interrupción desde Villavicencio, más de 100 metros de anchura y ofrece allí fondo suficiente para la navegación por vapor; sus aguas corren, es cierto, con una velocidad que las hace todavía rumorosas, a diferencia de lo que sucede algunas le-

guas más adelante, donde el caudal se desliza silencioso y precavido por en medio del bosque de sus barrancas, con la cautela y contoneos de un ofidio malicioso. Antes de las bocas del Rionegro, que mejor debieran llamarse bocas del Humea, donde está situado el primer puerto o puerto de Barrigón, el río sólo ha recogido las aguas de la cordillera por dos corrientes principales, desde frente a La Calera, donde nace el Guayuriba, hasta el nevado de Sumapaz, donde nace el Humadea, cuyo nombre lleva hasta allí; pero ofrece ya comodidades para la navegación a vapor, pues tiene una profundidad en verano de más de cinco pies. Lanchas han subido hasta Jirama, veintisiete leguas más arriba.

En el *viso* vive el negro Correa, hijo de un esclavo brasileño prófugo, quien hizo con su familia larga peregrinación en una gran balsa por los ríos y caños de la llanura, en busca del trabajo libre que había de darle la dignificación de propietario de *conucos* y ganados en Colombia. Correa es un hombre laborioso, honrado y benévolo, dueño de labranzas y de un trapiche, en cuya casa encuentran el turista, el negociante en productos del Llano y el viajero extraviado hospitalidad, informes y recursos. Hacia el equinoccio sube el pescado de mar hasta estas alturas (200 m. sobre el Océano) y las toninas o delfines hacen en sus ondas amarillas las volteretas con que se distraen los aburridos pasajeros en los trasatlánticos. Correa entonces envenena con barbasco las aguas del río, frente a su casa, y coge una cantidad fabulosa de peces de gran tamaño que allí llaman *valen-*

tones y hace de ellos salazón para la venta en los pueblos y ciudades de la cordillera. La mujer de Correa es una llanera del bajo Apure, conversadora y graciosa, que ejerce en estos contornos el ministerio de médica oracionera y botánica indígena, con grandes y útiles aciertos contra los nuches, las mordeduras de culebras y las calenturas; sabe además galetones y cuentos de tigres, los cuales constituyen la literatura incipiente del Llano; pero se precave de comunicar sus conocimientos hipocráticos a los blancos.

Cuatro canoas en el pequeño puerto, al cual se baja por una escalera irregular tallada en la barranca de tierra roja de cuatro metros de altura, constituyen la escuadrilla en que se mueve Correa para sus correrías fluviales.

El viento del verano sopla a medio día y retarda la bajada del río; pero refresca gratamente, neutralizando los rayos del sol que elevan la temperatura a 35 o 40°.

Sobre la barranca, a uno y otro lado, crece el bosque coronado de palmeras, cuyos abanicos descuellan airosamente sobre el follaje de un verde oscuro.

Las suaves curvaturas del río ofrecen largos trechos de alameda en el canal tranquilo, en cuyas ondas rizadas por la brisa corre la canoa impulsada por los canaletes de dos bogas, a razón de una legua por hora.

A poco andar se pasa por el puerto de Barrigón, de donde parte cada diez días un champán con el co-

rreo nacional, en el que se puede tomar pasaje hasta Cabuyaro u Orocué, donde se encuentran lanchitas de vapor para continuar la bajada del Meta hasta el Orinoco. Las aguas de este río, desde el Océano y desde Ciudad Bolívar hasta los raudales de Atures, son surcadas por grandes buques de vapor.

Las aguas del Meta se duplican con las de Humea, Guatiquía y Rionegro llanero en el Puerto de Barrigón; pero la navegación no es franca por las estrechas curvaturas del río y por las diversas islas que reparten el caudal.

Las diez y ocho leguas de Barrigón a Cabuyaro se recorren en día y medio de canoa.

Cabuyaro, sobre la barranca izquierda del Meta, a cuatro leguas antes de llegar a las bocas del Upía, que aumentan considerablemente sus aguas con las que vienen del lago Tota, es un pequeño caserío de 160 habitantes que sirve de puerto a los traficantes de Medina, de donde dista quince leguas casi al sur. Hasta la Boca del Upía se extiende el Territorio del Meta o de San Martín.

De Cabuyaro para abajo, el río Meta es francamente navegable por vapores que calen hasta cinco pies. Esta población, hoy insignificante por el número de sus habitantes, aunque no por la cuantía de las operaciones comerciales que allí se celebran, será cuando se establezca una línea regular de transportes, uno de los más importantes puertos fluviales de la República, comparable al de Honda sobre el río Magdalena.

Los ríos que en Cabuyaro se juntan para formar el Meta, le aportan aguas de una superficie de 10,000

kilómetros cuadrados próximamente, lo que produce un aporte, a razón de tres metros de lluvia por año, de 317,5 metros cúbicos por segundo, por término medio, suponiendo un gran coeficiente de absorción de las tierras del 70 por 100.

La anchura del río en este punto es de 300 metros y la velocidad media de sus aguas, desde aquí hasta su desembocadura en el Orinoco, en un trayecto de 172 leguas, es de 0.^m 81 por segundo. En este trayecto el cauce tiene un desnivel de 100 metros.

En tales condiciones, una canoa con dos bogas de canaleta y un patrón recorre las 51 leguas de Cabuyaro a Orocué en cuatro días de bajada, sin tener en cuenta la dirección desfavorable del viento, y en el doble de este tiempo de subida, con tiempo favorable. Si se hace uso de la vela, puede subirse el Meta, de Orocué a Cabuyaro, también en cuatro días.

En el champán-correo se puede hacer el viaje a Orocué con relativa comodidad y generalmente con buenos compañeros, quienes son además muy útiles para tranquilizar el espíritu contra la zozobra de los salvajes; a falta de champán, es preciso contratar canoa y tripulación y llevar sal para el trato probable con los indios.

Cómodamente sentado el viajero en el fondo de la canoa sobre un carapacho de tortuga descocorado, ablandado por los dobleces de un grueso bayetón, con los primeros rayos de la aurora se despide de Cabuyaro. Las altas barrancas del río, coronadas de palmeras, el rumor de la corriente sobre la orilla de arena, tal cual coletazo de los pescados contra la

corriente, las despedidas de los bogas y la luz del amanecer, traen al espíritu un bienestar delicioso que se traduce en deseos de cantar. La tripulación canta al golpe acompasado del canaleta y el viajero lleva un acompañamiento entre dientes, mientras contempla las lejanías del agua risadas por los resplandores de un sol naciente. Hay quietud en la atmósfera y los animales del bosque saludan al día con el rumor festivo de todas sus notas.

Para evitar los ardientes rayos del sol de costado durante la mañana, los bogas buscan la sombra de la barranca del lado derecho, pero pronto es inútil este recurso y la temperatura de 27° de las primeras horas sube a 30° y sigue subiendo hasta hacerse insoportable. El paraguas blanco presta un efímero auxilio, porque en verano se desata la brisa antes de las diez de la mañana, y entonces aquél es un estorbo para la navegación y aun puede convertirse con los golpes bruscos de viento en un peligro, si la *curiara es celosa*; pero mientras llega la hora de almorzar y la barquilla arrima a una playa de arena para cumplir este precepto de la vida, la brisa neutraliza grandemente la temperatura. Las horas del medio día, en que ésta alcanza a 45° y 50°, transcurren cogiendo troncos secos arrastrados por el río, haciendo la fogata y preparando la sopa de arroz con carne seca y yuca, lo que constituye la frugal comida.

Podría hacerse el almuerzo en alguna de las pocas casas que existen sobre la banda izquierda del río, habitadas por colonos blancos que tienen sus

ganados y labranzas en esta región del Llano, y en este caso habría *patacones* fritos y gallina asada. La siesta podría dormirse en un chinchorro de cumare, se estaría complacido con las rosas que cultiva el llanero en el patio de su casa, y con las numerosas gallinetas que chillan y marchan en compañía a través del corral y con el canto de los arrendajos que cuelgan sus nidos en forma de mochilas en el árbol inmediato, para precaverse del gavilán, al abrigo de las casas de los hombres.

La banda izquierda del Meta ofrece a la vista amplias sabanas, en las cuales se mantienen algunas vacadas, al paso que la banda derecha, bordeada por el bosque, aparenta estar desierta, si no fuera por que se sabe que tras del bosque u ocultos en él, están los guahibos suspicaces y pérfidos, en asecho del viajero para engañarlo con hipócritas súplicas de bautismo, para explotarlo con demanda de sal, o para asesinarlo dormido y robarle cuanto lleve.

El quemante sol del medio día hasta las tres de la tarde y la fuerte brisa que alcanza a entorpecer la navegación en canoa a esas horas, hacen perder un largo tiempo en la playa donde se almuerza. A fuerza de remos es preciso recuperar el tiempo perdido, para alcanzar la jornada. Las horas de la tarde, al empuje de la barquilla, frescas y risueñas, pasan con la rapidez con que lo hace la barranca amarilla del río, la cual parece correr hacia arriba, coronada de arboledas, y como los incidentes fugitivos de cada instante, ante las arenas de la orilla, ante la isla frondosa, ante el saurio que huye y ante los mil in-

cidentes baladjes de un viaje, los cuales son como los de la vida que pasa llena de vulgaridades.

Al venir de la noche con su luna llena, se hace alto en la costa occidental de una isla cubierta de palmas de diferentes estaturas y aspectos: allí está la *palma real*, con su grueso tronco envuelto en vieja hojarasca; el *marasay*, con sus frutos rojos en racimo; el *chiquicique*, de fibra textil para cables; el *trompeto*, tan socorrido en el Llano por sus hojas que se emplean en cubrir las casas; el *corozo*, cuyo fruto sirve para criar marranos y produce un aceite alimenticio; la *macana*, espinosa y delgada, de dureza férrea; el *chontaduro* o *pirijao*, de tronco espinoso y hojas plumadas, cuyos enormes racimos producen una fruta como yema de huevo; el *manaco*, de copepe risado, de usos ignorados; la *mapora*, de hojas grandes en abanico, útiles para techumbres; la *maraya*, de tronco barrigón y fibroso; el célebre *mori-che*, utilísimo para construcciones y usos industriales en el Llano; el *seje*, cuyo cuesco produce un aceite eficaz contra las enfermedades del pulmón; la *tagua* o marfil vegetal; y, sobre todo, la airosa palma del *cumare*, de largo peine de hojas y cogollo amarillo, del cual hacen los indios las hamacas o chinchorros. Quien quiera conocer las palmeras de Llano, que vaya a la hacienda de *El Buque*, en Villavicencio, cuya entrada la forma una alameda de todas las especies que crecen en la inmensa llanura. Allí, como en un jardín botánico, que el Gobierno no ha tenido la idea de fundar, le explica a vuesa merced un buen patriota las diferentes clases de palmas llaneras y sus mil aplicaciones industriales.

Por el predominio de palmas de *cumare* en la isla de la posada, seguramente se le designa con el nombre de *Cumaral*. Frente a la isla desemboca por la lejana orilla izquierda del Meta (cosa de 500 metros), un caño que se distingue por las aguas negras que aporta a las amarillas del río. Generalmente se puede asegurar que al frente de una isla hay un caño, y recíprocamente, que todo caño con sus aluviones produce a la larga dentro del río una isla, más o menos grande, según el caudal del caño y de la clase de terrenos que venga lamiendo.

Para pasar la noche en la playa durante el verano, cuando no se teme por consiguiente una crecida súbita del río, se clavan en la arena dos varejones para suspender en ellos el mosquitero, bajo el cual se arma el catre. Cerca de allí prenden los bogas una hoguera, en la cual se confecciona la comida y cuyo humo ahuyenta los zancudos y el tigre. Los bogas cuelgan las hamacas entre dos árboles o entre dos horquetas sembradas al efecto, y todos duermen a la sombra de la luna, en paz de Dios.

Al día siguiente las mismas escenas de la víspera, y el viaje empieza a hacerse monótono y cansado, desde que apunta el sol hasta que cae la tarde.

Para no pasar una noche en la playa extensa frente a la isla de Güira, donde el río tiene una anchura de cerca de 1,000 metros por lo explayado, es preciso canaletear recio a las últimas horas de una tarde calorosa por falta de brisa, para alcanzar al ruinoso pueblo de Maquivor, sombra de pueblo que fue.

En Güira, encantadora isla cubierta de follaje, salía una columna de humo, y según lo bogas, allí debían de estar de pesquería los indios guahibos. Cerca de veinte islas semejantes a ésta se encuentran de Cabuyaro a Maquivor; en cuanto a grandes bocanas de ríos, sólo se encuentran en este trayecto las del Upía y las del Túa, que ensucian las antes limpias aguas del Meta.

Maquivor está a 182 metros sobre el nivel del mar.

De Maquivor se va a la boca del río Cusiana que, como todos los anteriores ríos, viene de la cordillera. Aquí el Meta ha duplicado su caudal y su anchura empieza a explayarse más y más por causa de las islas y bancos de arena, originando brazos por los cuales cambia de un invierno a otro el curso de sus aguas.

El nivel de la llanura se hace casi plano y las aguas empiezan a tener una menor velocidad y un curso vacilante. Las tierras inundables empiezan a ser frecuentes y para construir las habitaciones se buscan sitios elevados que no estén al alcance de las crecientes del fin del invierno.

Por último, de la boca del Cusiana a la del Cravo, hay que navegar un día más por el Meta, cuyo cauce tiene 600 metros de ancho con fondo en verano de más de 7 pies.

En la boca del Cravo ha recibido el Meta las aguas lluvias de 44,000 kilómetros cuadrados, por los ríos Upía, Túa, Cusiana y Cravo, los cuales recogen sus aguas de la cordillera, sin contar las de los

ríos Yacubo y Manacacias, únicos que de Cabuyaro a Orocué le entran por la banda derecha. Con tal aporte se calcula que, deducción hecha del 70 por 100 de absorción de las tierras, el Meta tiene en Orocué un caudal medio de 1,586 metros cúbicos por segundo, los cuales se triplican en invierno para colmar el cauce e invadir las sabanas bajas de sus vegas y formar un verdadero mar interior.

La altura de Orocué es de 176 metros sobre el mar, y la de la boca del Meta, 120 leguas adelante, es de 98 metros, lo que da una pendiente de trece centímetros por kilómetro. La represa de las aguas, bajo estas condiciones de desnivel, sube por los cauces de todas las corrientes que afluyen al Meta en el bajo Llano y forma las inmensas lagunas que tardan muchos días del verano en desaguarse y continúan después evaporándose, hasta que vuelve el próximo invierno. Aquí comienza la región de los garceros.

Frente a la boca del Cravo está San Pedro de Arimena, donde hay un arrastradero para pasar por el río Muco, del Meta al Vichada en busca del Alto Orinoco, separado del bajo Orinoco en la boca de este río por el raudal de Maipures.

Pocas leguas abajo de San Pedro de Arimena llega el excursionista del Meta en canoa al Puerto de Orocué, donde está la Aduana de la República sobre este río. Los comerciantes de esta plaza tienen para su servicio tres lanchas de vapor, la última de las cuales dada al servicio público se llama *Isabel* y tiene un desplace de más de veinte toneladas. Un buen número de lanchas de vela que aprovechan el viento para

sus maniobras, y multitud de bongos y canoas ofrecen al viajero en Orocué facilidades para transportarse a Ciudad Bolívar.

La población, de 556 habitantes, de los cuales 160 saben leer y escribir, tiene buen aspecto y está situada sobre un alto barranco a la orilla izquierda del río y sobre la derecha del caño del mismo nombre, que desagua 1,500 metros más abajo. Este caño, de treinta metros de ancho, es un *dock* o refugio para las embarcaciones en invierno. Hay varias Casas comerciales de extranjeros, entre las cuales las principales son: la del Sr. Ramón Real y la de Franzius & C.^a Hay un gran movimiento de negocios de importación y exportación. La temperatura de Orocué es muy variable, pues oscila de 24° a 32°, lo que, unido a la proximidad de algunas ciénagas, hace malsano el clima. A los contornos tiene Orocué ricas sabanas pobladas de buen ganado, con más de 50,000 cabezas.

Frente al poblado hay dos islas y el río se divide en tres brazos con una anchura majestuosa que hace indistintas las barrancas del lado opuesto.

El vapor *Libertador*, de D. José Bonnet, hacía viajes regulares de Ciudad Bolívar a Orocué y Cabuyaro siempre, y en invierno hasta el puerto de Barrigón. Tenía 35 metros de largo y 8 de ancho, calaba 3½ pies y cargaba cien toneladas. Costó £ 4,300. Con velocidad de tres leguas por hora del vapor y tres kilómetros la corriente, hacía el viaje a Ciudad Bolívar en setenta y seis horas y al contrario en ciento veinticinco. Pasajes de 1.^a y 2.^a, \$ 82 y \$ 35, respectivamente.

Hoy estos viajes se hacen en pequeñas lanchas de vapor o de vela, y por rareza en algún vapor grande de los que transitan por el Orinoco, los cuales suelen subir en invierno el Meta hasta Orocué.

Hoy por hoy, esta pequeña población tiene los más seductores elementos de prosperidad y está llamada, por su situación ventajosísima, a ser la metrópoli de nuestra región oriental y punto estratégico de su ocupación militar. Allí el Gobierno debería hacer una plaza fuerte e invertir muchos millones de dólares para convertirla en una gran ciudad que sirviera de centro de coordinación de los mil gérmenes de vida y opulencia de la llanura que hoy se eliminan en el vacío. Pero el sitio verdaderamente adecuado para fundar la capital económica de la gran llanura está en la confluencia del Pauto, donde concurrirán en un porvenir no remoto la corriente comercial del Territorio de San Martín y Cundinamarca, con la de Casanare y Boyacá que viene por aquel poderoso afluente.

De Orocué a las bocas del Pauto hay una distancia de veintiuna leguas que se recorren en siete horas en vapor. Hay en el cauce del Meta muchas islas y *madre-viejas*, que el río llena en invierno, pero que en verano hacen la navegación tortuosa y tardía. Las barrancas de la izquierda son altas y se nota en ellas la presencia de los hombres civilizados. Al correr de la embarcación se distinguen casucas y pequeños cultivos en la lejana orilla.

El Pauto nace en el páramo de Novagotes y aporta al Meta las aguas lluvias de diez mil kilómetros cua-

drados o sea el caudal que tiene en Cabuyaro (300 metros cúbicos por segundo). De la boca de este río para abajo el Meta ofrece orillas deprimidas, orladas de una vegetación raquílica, a flor de arenales estériles que se inundan en invierno. El paisaje es desapacible y sólo en la curva brusca que hace el río en *Vuelta-mala* se alcanzan a ver las humaredas del hogar de algunos cuivas, quienes frecuentan esta parte con peligro para las pequeñas embarcaciones. La brisa del medio día que acaricia y refresca de frente, en aquella vuelta da casi por la espalda, lo que hace allí imposible o muy difícil la subida a la vela; por esto se le ha puesto ese nombre.

En diez o doce horas de navegación monótona en vapor, se baja de las bocas del Pauto a las del Casanare, distantes entre sí treinta leguas. En el ángulo del Casanare y el Meta, sobre la única barranca alta que hay en estas laderas, se levantan los edificios de San Rafael, de techo gris, como tristes atalayas que miran la próxima frontera. El río Casanare limita por el norte el Territorio de su nombre y por el sur los Llanos de Arauca.

Quedan atrás los edificios en ruina de San Rafael sobre la boca del Casanare, mirando a veinticinco leguas por el cañón del Meta la línea ideal de la frontera: *El antiguo apostadero, el Meridiano del paso del viento.*

Estas veinticinco leguas se recorren de para abajo en un día de navegación uniforme y monótona en invierno, accidentada en verano por causa de los raudales de Trapichito y Trapichote, formados por sen-

dos filones de mineral de hierro que afloran al fondo del río, continuación, según parece, de los que forman en el Orinoco los de Maipures y Atures. La velocidad de la corriente en aquellos atajadizos dificulta grandemente la subida y hace peligrosa la bajada, y cuando hay pocas aguas, el arrecife alcanza a rayar el casco del buque. Entonces, bajo una capa de agua de tres a cuatro pies, sería facilísimo volar con dinamita aquellos sirtes del bajo Meta.

Ya de aquí para abajo el Meta abandona por su banda izquierda su nacionalidad y deja de ser el río de los casanares.

Sin tropiezos sigue durante cuarenta y cinco leguas su curso por entre las sabanas de Venezuela a la izquierda y las de nuestra Patria a la derecha, a entregar su inmenso caudal al Orinoco, para unirse dos grandezas! Colombia levantará allí un gran castillo para que las represente?

En el raudal de Cariben de la confluencia, la velocidad de las aguas del Meta es de trece kilómetros por hora, y las pequeñas barcas que las surcan entran al Orinoco conmovidas por formidables sacudimientos. El abrazo de estos dos monarcas de la pampas es peligroso.

Un informe más para concluir: de la boca del Meta a Ciudad Bolívar hay ciento veinte leguas que se recorren en tres días. Los grandes vapores de mar se cruzan allí con las humildes lanchas que vienen de Orocué.

Itinerario aproximado:

Jiramena, primer puerto de canoas (para San Martín) a Puerto de Barrigón (para Villavicencio).....	27	leguas
A Puerto de Cabuyaro (para Medina).....	18	—
» Maquivor (para la salina de Chámeza)	20	—
» Boca del río Cusiana.....	20	—
» Boca del río Cravo.....	7	—
» Puerto de Orocué (para Boyacá).....	4	—
» Boca del río Pauto (para Boyacá).....	21	—
» Boca del río Casanare.....	30	—
» Paso del Viento.....	25	—
» Boca del río Meta en el Orinoco.....	45	—
» Ciudad Bolívar, en el Orinoco.....	120	—
» Boca del Orinoco en el Atlántico.....	120	—

XVII

INDIOS DEL META

Región de los indios--Causas de las guerras entre ellos--Los gitanos de la llanura--Los caribes y su misión sociológica--Desaparición de la tribu más numerosa del Llano, por la saca de esclavos--La dispersión de los maipures, de la civilización de los aztecas, y migraciones hacia la cordillera--Los goajiros en la llanura--Clasificación de los indios en dos grandes grupos, para el efecto de las misiones--Monografía de los sálivas y su contacto doloroso con los blancos--Resguardos y escuelas.

Desde la boca del Manacacías, donde arraiga una tribu de indios guahibos, empiezan a encontrarse en el río Meta canoas y campamentos de pescadores indígenas, quienes saludan al viajero blanco con gritos agudos y ademanes expresivos, que los bogas traducen en amenazas.

Las extensas y primorosas sabanas de la derecha del Meta, regadas por el Manacacías, el cual entra al principal una jornada antes que el Cusiana, y también fecundadas por el Muco, afluente del Vichada, son altas y ligeramente onduladas, y por estas condiciones de fácil desagüe en invierno, han sido escogidas por los guahibos para su residencia ordinaria. Las corrientes de aguas cristalinas y sanas,

sombreadas por una selva de copaiba, caraña, esto-
raque, caucho, sarrapia y palmeras ricas en usos,
ofrecen a los bárbaros numerosa y variada pesca,
desde la minúscula sardina hasta el enorme manatí
de 20 @ de carne. El bosque, además de los produc-
tos vegetales de que los indios hacen objeto de lu-
crativo comercio en el Meta y el Orinoco, les ofrece
abundante caza de dantas, cafuches, chigüires, lapas,
venados, ardillas y hasta el hediondo mapuro, cuya
carne privada de almizcle es deliciosa. De la fruta de
la palma de seje hacen un jarabe de apariencia lecho-
sa, el cual, endulzado con miel de abejas, hace el efec-
to de un vino nutritivo y tónico; la palma de chon-
taduro, que ellos llaman *pirijoa*, les ofrece abundan-
tísimas y deliciosas frutas; la de chiquicipe, cuyas
hojas dejan una larga fibra, les sirve para torcer ca-
bles más resistentes que los de Manila, los cuales
venden a los navegantes del Orinoco a buen precio,
junto con los chinchorros de cumare, las esterillas de
chingalé, las prensas de cañabrava para el cazabe y
mil otras manufacturas de su elemental industria:
en una palabra, la naturaleza alimenta allí gratuita y
generosamente a sus hijos primogénitos y ellos de-
fienden, a flechazos, el extenso territorio que ocupan
como señores, rodeado por tres grandes ríos, a saber:
el Meta, el Guaviare y el Orinoco, que el hado mu-
nificente les deparó. Allí los indios crecen salvajes y
su desarrollo en familias prospera o decae sin presión
extraña de otras razas en relación a los elementos de
existencia que les ofrece el medio, variable en sus
beneficios y en veces hostil. Cuando esa relación de-

cae en el criadero, bien porque se haya colmado el
número de que el medio es capaz, o bien porque al-
guna circunstancia meteorológica haya hecho decre-
cer, accidentalmente, la cuantía alimenticia, la gue-
rra intestina o el desbordamiento en expediciones
hacia Arauca, Casanare y San Martín restablece el
equilibrio.

Toda crisis económica influye en el desarrollo de
población de un territorio limitado, poseído por in-
dios, negros o blancos. Sólo que en los pueblos ele-
mentales estas crisis provienen de causas simples,
como exceso o retardo de lluvias, y se solucionan de
una manera simple también, como la matanza o la
emigración. Lo curioso es que los pueblos civilizados
atribuyen la causa fundamental de las guerras a la
maldición de los dioses o a la locura de los hombres!

Aquel territorio de la derecha del Meta se lo
disputan dos tribus rivales: los guahibos, traficantes
de mala facha, situados al sur del Vichada, y los
cuivas, feroces e indomables, al norte de este afluen-
te del Orinoco. El relativo estado de domesticidad
de los primeros no fue suficiente para que las Misio-
nes antiguas lograran reducirlos a la vida social,
como la civilización europea no ha logrado tampoco
reducir a la vida sedentaria a los zingaros; pero la
profesión de negociantes nómades de los guahibos
ha permitido a los blancos conocerlos, tratarlos y
perseguirlos. Andan estos gitanos de la llanura en
todas direcciones, haciendo tratos de toda especie,
cambiando lo que se han robado en una parte por lo
que pueden vender a menosprecio en otra; cargan a

espalda prole, alimentos y utensilios de vida, para montar su campamento portátil entre todas las tribus, reducciones y hatos del Llano, de una manera fugitiva, y así se han asimilado ideas, prácticas, ritos, industrias y vicios de todas las gentes con quienes se ponen en contacto. Esos que imploran de los blancos el bautismo para sus hijos, a cambio de sal y baratijas, son los guahibos en ejercicio de uno de los ramos de su profesión. Sobre ellos hay profusas, aunque superficiales informaciones, acerca de sus hábitos, costumbres, industrias y lenguaje, procedentes de misioneros, comerciantes y vecinos de la región de Casanare; pero nada o muy poco sobre la sintaxis del idioma, sobre la filosofía de sus creencias, sobre su mentalidad, su ética, sus nociones del universo, en una palabra, sobre su psicología.

Sobre los cuivas no hay más dato que su nombre y que son feroces e intratables. Serán un espécimen de los caribes, voraces y crueles, que arrollaron con su bravura las prehistóricas naciones del Orinoco? Desnudos, altivos y hermosos en su insolencia, se presentan de repente ante los raros viajeros del Vichada, en demanda altanera de sal y ron, o atacan a mansalva al desprevenido para despojarlo, después de darle muerte cruel, y llevarse su cabeza como trofeo de una victoria fácil y su corazón como hostia de sacrílegas ritualidades. Contra ellos no se han atrevido el conquistador, el negociante, el sabio, ni el misionero, y permanecen en el misterio de sus no hollados dominios. Cuando la necesidad los agujonea, pasan el Meta e invaden los pueblos y las fun-

daciones de los blancos y roban, matan e incendian, poseídos de furia satánica contra sus tradicionales enemigos, para regresar luego cautelosamente, cargados de botín, a sus recónditas madrigueras; o bien cruzan el Vichada y arremeten en guerra franca contra los guahibos, sus víctimas tradicionales también.

Entonces ejercen, sin saberlo, una misión sociológica, que consiste en impulsar hacia la cordillera, hacia el buen clima, hacia la civilización, el éxodo indígena. Los sálivas, otros de los habitantes de la llanura, buscaron arrimo definitivo cerca de los blancos desde la época de la Conquista; los achaguas ya habían abierto camino desde antes a lo largo de todos los ríos de la llanura, y los guahibos buscan todavía ese mismo amparo, valiéndose de sus hipócritas artificios, y aunque de modo transitorio y condicional, cada vez que la suerte de las armas les es adversa.

Puede asegurarse que ya han desaparecido los achaguas, sentimentales e inteligentes, porque después de la conquista cayeron en poder de otros enemigos peores que los caribes, de quienes se valieron los blancos, insaciables de lucro y de lujuria, para esclavizarlos, robarles sus hijos para venderlos como *macos* y prostituir a sus esposas y a sus hijas! No fueron poderosos entonces, como no lo fueron después, contra los descendientes de los conquistadores, la intercesión piadosa y heroica de los misioneros llenos de dulce caridad en favor de los indios ni las Reales órdenes de la Monarquía. La gran familia de

los achaguas se extendía en ancha faja, desde Barinas hasta San Juan de los Llanos y hasta Popayán. Ya en 1726 no quedaban, según relación del Padre Juan Rivero, sino veinte tribus o Provincias achaguas, desde San Salvador de Casanare, por el río Ariporo, hasta el Meta. Hoy, después de ciento ochenta años, sólo quedan rastros de esa innumerable tribu, dispersos en la región o incorporados entre los sálivas. En 1606 el Capitán Alonso Jiménez, excursionista del Meta, fue ovacionado y recibió el tributo de cuatro mil achaguas, quienes le rindieron humilde y cariñosa obediencia. El cazador de hombres se intimidó ante el número, y con infinita perfidia, **disimuló sus intentos** y consagró esta gente a la construcción de una grande iglesia, capaz de contenerla en su totalidad. Concluida la farisaica obra, el Capitán promovió una fiesta piadosa a la que hizo concurrir a todos los crédulos indios y allí los asaltó como una fiera sin rival, para apresarlos y llevarlos como esclavos a trabajar a las minas. «Allí, dice el misionero mencionado, los gritos de los niños, los alaridos de las madres, la justa indignación de los desarmados indios, el ruido de los arcabuces; el horror de las argollas y collares y el insolente orgullo de los soldados, formaban una confusa Babilonia, y convirtieron la casa de Dios en habitación de demonios, cueva de ladrones y casa de contratación» (1). El Capitán Lázaro Cruz, otro de los representantes de la codicia europea de la época, cautivó un gran nú-

(1) HISTORIA DE LAS MISIONES, por el Padre Juan Rivero, página 23.

mero de achaguas del otro lado del Meta y a todos los mató en crueles suplicios para castigar la insubordinación de uno de ellos. En 1661 el Padre Alonso Neira encontró, a orillas del Pauto, un gran montón de huesos humanos, ocasionado por el asesinato en masa de una numerosísima tribu de achaguas que atravesaba sedienta la llanura, con el dogal al cuello y bajo el látigo de sus conductores al mercado de *macos*. Al pasar un arroyo exclamaron, en su lengua, los desdichados: «*matx, mata!*» que significa: *aguarda, aguarda!* y entendiendo los españoles a la letra la súplica, los mataron a todos!

En aquel tiempo la saca de *macos* era más abundante y lucrativa que lo es hoy la saca de ganados.

En obediencia a esa ciega tarea de dispersión de las tribus del Meta, por los blancos, y del Orinoco, por sus antecesores los caribes, se originaron migraciones indígenas hacia las breñas de la cordillera, donde se refugiaron, por ejemplo, los tunebos, y hacia la Amazonia, donde se refugiaron los sionas y huitotos, para que a la postre un Larrañaga pastuso se los vendiera en masa a los peruanos.

La obra de la persecución y de la esclavitud fue estancar y hacer retrogradar las civilizaciones indígenas, y la obra de regeneración debe consistir en recoger y estimular los elementos dispersos de estas civilizaciones que aún subsisten, ocultas bajo un antifaz de salvajismo, de que los indios han tenido que valerse para sobrevivir por virtud del terror.

Los caribes desde tiempos prehistóricos dispersaron hacia el interior del Continente, aguas arriba,

por el Vichada, por el alto Orinoco, por el Guaviare y por el Inírida, la gran civilización de los maipures que florecía a inmediaciones del primero de aquellos ríos.

Si los españoles primero y sus nietos después hubieran puesto la sal de Upín y de Chita como elemento de redención, en complicidad benéfica con la obra lenta, tenaz y persistente de los caribes, en vez de ponerla como sebo en la cacería de *macos*, primero, y luego como objeto de granjerías de los especuladores, para enriquecer a cuatro contratistas afortunados, muy otra sería hoy la situación demográfica de nuestra llanura. Todavía hay tiempo de obrar sabia y generosamente sobre 20,000 y más indios que ocultan bajo la apariencia de salvajes, secretos atavismos de una civilización superior.

Como muestra de la doble acción de los caribes y del atractivo de la sal como agentes de migración indígena, es oportuno observar sobre los deficientes datos que suministran las crónicas antiguas, el hilo de enlace que se descubre entre los tunebos de la cordillera de Güicán y los guaipunabis del alto Orinoco, derivados evidentes de los maipures. Los guaipunabis actuales, procedentes de una numerosa parcialidad próxima a extinguirse, son los únicos indios que conservan el uso de rodela de cuero a modo de escudo contra las flechas de sus adversarios, usadas por los maipures; sus mujeres, por extraordinaria y desacostumbrada noción de pudor entre los salvajes del Orinoco, usan falda para cubrirse, la que, como en algunos pueblos de Centro América,

llaman *fustán*; nótese también que muchos indios del río Casanare, traza de aquella migración, llaman *me-cate*, como en Costa Rica, lo que en Colombia se designa con el nombre vulgar de *lazo* o propiamente *soga*; y ellos, los guaipunabis, son los especialistas en la fabricación de cables, de quienes han aprendido esa industria los guahibos: todo lo cual demuestra atavismos de superioridad y vagas vinculaciones mayas que los distinguen de los demás indios del Orinoco. Los achaguas, airicos y tamás, situados ya sobre el Meta, así como los giraras que son los mismos tamás, situados al pie de la cordillera en el siglo XVII, donde fueron objeto de las reducciones jesuíticas y que luego han regresado al Meta, hablan un dialecto derivado del idioma de los guaipunabis; además, los achaguas fabrican loza vidriada para los usos domésticos y los airicos y tamás mantienen todavía relaciones con los betoyes y macaguanes del pie de la cordillera, cuya lengua hablan y a quienes se asemejan en la figura y en algunas costumbres. A su turno, los tunebos son idénticos a los betoyes en sus ideas idolátricas y en su dialecto, aunque difieren en otros rasgos. Es de saberse que los tunebos, después de haber vivido por varias generaciones en el pueblo de Güicán y haber aprendido allí el castellano, retrocedieron a sus actuales aldeas de Sínsiga y Cobaría, al oriente de la cordillera, en busca de refugio, hostilizados por la Conquista. Así podría explicarse el temperamento bélico y altanero de nuestros actuales indígenas de la banda derecha del río Chicamocha y su comportamiento en los

campamentos de las guerras civiles, por un remoto atavismo de los maipures del Orinoco.

Interesante sería rastrear de un modo perfectamente científico, por medio de la comparación de las lenguas mayas con los actuales dialectos de nuestros indios llaneros y semicordilleranos, el éxodo de los aztecas por el Orinoco arriba y por sus afluentes colombianos hacia Boyacá. Los elementos para ese trascendental estudio están todavía allí, a través de las peripecias de los tiempos, aguardando de la acuciosidad de los hombres científicos la solución de muchos problemas históricos y sociológicos que interesan al país, para su desarrollo y fomento, por los cauces que la naturaleza ha establecido.

Otro trazo migratorio que se nota concordante con el de los tunebos, es el de los yaruros de Arauca, procedentes del Orinoco por el Capanaparo arriba, quienes siguieron subiendo por los ríos Ele y Cravo del Norte hasta el punto de Betoyes, cuyos habitantes hablan el mismo idioma. Los yaruros viven ya casi civilizados y hablan castellano, a orillas del río Casanare, así como algunas contadas capitánías de achaguas.

Sobre este mismo río hay actualmente una colonia de indios emigrados de la Goajira, quienes viven en confraternidad con los yaruros. Por dónde han podido hacer su viaje estos novísimos pobladores de nuestra región oriental?

Materia de cavilación es, en este intrincado laberinto de migraciones, el nombre de *guahibos* que se da un gran número de tribus del Meta. Quien haya

oído el idioma gutural de estos indios, cuya vocalización es casi imposible expresar en nuestro alfabeto, se queda perplejo entre los gentilicios *goajiro* y *guahibo*. En todo caso, la raíz *gua*, de que salen *Gua-tiquía*, *Gua-yuriba*, *Gua-cavía*, *Gua-vio*, *Gua-viare*, etc., indicativa de agua o río, enlaza entre sí a los hijos de la Península caribe con los hijos de la llanura, como si fueran procedentes del mismo origen, e indica que hubo un solo pueblo en larga posesión del territorio.

Los aruacos de la antigua Provincia de Santa Marta, bajo la dura presión de la Conquista huyeron unos hacia la Sierra Nevada, donde aún subsisten, tímidos, esquivos y taciturnos, y otros con los indómitos caribes de la Goajira, tomaron la vía del Orinoco, según consta de relaciones de esa época (*). Hoy esos aruacos, con el gentilicio de *otomacos*, viven Capanaparo arriba, a inmediaciones de Arauca, en la más absoluta desidia, degenerados por el uso de la tierra blanca a falta de sal.

Según esto, la gran variedad de indios del Meta' a quienes empíricamente denominan los viajeros y propietarios de hatos, ora con los más comunes gentilicios de *sálivas* y *guahibos*, ora con el derivado de los ríos y aldeas que habitan, podrían someterse a una clasificación científica, fundada en verdaderos principios etnográficos, por el estudio de los dialectos, de las costumbres y de la psicología, con el objeto de encaminarlos por una senda fácil hacia la civilización.

(*) LA PERLA DE AMERICA, por D. Antonio Julián, pág. 179

Sin pretender los atributos de aquella clasificación fundada en documentos científicos, que ojalá se confronten algún día, y únicamente como para que sirva de base a la misión docente sobre los indios, a que está obligado el Gobierno, valga la siguiente forma de agrupación de las tribus llaneras en dos grandes clases :

I. *Los caribes*, entre los cuales están los cuivas como mejor caracterizados, cuya residencia principal está situada entre los ríos Meta, Vichada y Orinoco. Allí deben establecerse de preferencia Misiones de caridad, para inducir a estos desgraciados miembros de la especie humana, seguramente más inteligentes de lo que se sospecha, a llevar un régimen de vida, a concebir ideas de economía, de moral y de higiene, para interrumpir su destrucción recíproca, la degeneración por el aislamiento y la pervisión orgánica.

En este grupo pueden clasificarse también los guahibos, de anterior invasión al Continente que los cuivas, si se tiene en cuenta su mayor civilización relativa, o bien su mayor adaptación al medio, la cual los puso en relación con las demás tribus primero, y con los blancos después. Por virtud de esta adaptación, los guahibos, conservando sus atavismos oceánicos, participan de algunas nociones de vida industrial, pues hacen efímeros cultivos agrícolas para la época en que merma la pesca, fabrican artículos de cambio, como mañoc, cazabe, cables, etc. y practican el comercio con ellos, así como con los productos naturales del bosque, como la copaiba, el

caucho, la sarrapia, etc., a cambio de sal, pañuelos, cuchillos y otras baratijas. La residencia ordinaria de estos primeros aprendices de la civilización está radicada a orillas del Manacacías y en las inmensas sabanas que se extienden a la derecha del Vichada, entre los ríos Orinoco, Guaviare y Meta. Allí se impone el establecimiento de Misiones industriales, de un orden superior a las de los cuivas, para la cultura del alma y la enseñanza de oficios lucrativos en armonía con el género de vida que gustan de llevar estos comerciantes de la llanura.

II. *Los indios civilizados*, de procedencia maya, probablemente, invasores del territorio como los siris del Ecuador en tiempos ya muy remotos, sobre los cuales cayó la irrupción caribe para destruirlos en gran parte y para dispersarlos. Es entendido que este concepto de civilización es muy relativo y no puede tomarse en toda su latitud, como no puede tomarse en forma absoluta respecto de muchos hombres de levita y sombrero de copa, que andan por nuestras ciudades. Las ideas de civilización difundidas por aquí, sobre todo en estos tiempos, adolecen de muchos errores, que no es del caso analizar en este estudio: basta únicamente con precaver al lector contra el prejuicio del vestido y otras falsas apariencias, para que no cobije así, sin análisis ninguno, bajo el calificativo de salvajes a muchos infelices que se le presentan desnudos y hablándole en un idioma sobre cuya sintaxis no se han hecho estudios.

Una comisión antropológica, seguramente incor-

poraría entre los indios civilizados del Llano, por ejemplo, a los caberres, de los ríos Zame y Mataveni, agricultores ambulantes; a los achaguas del Vichada y Casanare, fabricantes de loza; a los enaguas, fabricantes de drogas y pinturas para el tatuaje; a los amarizanos y amorúas, agricultores inteligentes, con gobierno monárquico; a los mitúas y guaipinabis, de disimulada cultura mental, fabricantes de cables, hamacas y demás tejidos de fibras; a los yaruros, precursores de los tunebos, con instituciones socialistas; todos los cuales y muchos otros que usan idiomas de raíces mayas de forma gramatical, que conciben ideas complejas y abstractas y que son espiritualistas y supersticiosos, por ende.

En este grupo pueden clasificarse principalmente los sálivas, quienes, según parece, son los más antiguos señores del suelo, arrojados hacia Casanare en dispersión por los invasores mayas primeramente; perseguidos después, sucesivamente, por las depredaciones caribes e ibéricas, y amparados, por último, por los misioneros católicos.

Los sálivas son atléticos, bien conformados y de rostro atractivo; su genio es sufrido y apacible; son sumisos, disciplinados y cumplidores de su deber; están organizados por familias o *capitanías*, en una especie de federación, bajo la obediencia de un Jefe supremo, cuya autoridad sólo aparece manifiesta en casos difíciles para la tribu. Conocen y practican cuidadosamente la agricultura y la industria pecuaria y son muy hábiles para domesticar los ganados. Se conciertan a jornal en las empresas de los blan-

cos y buscan el amparo social cerca de las parroquias y misiones, y son, como los de la altiplanicie, católicos fervientes y amigos de hacer pomposas festividades religiosas, especialmente en honor de la Virgen santísima, en cuyas advocaciones concurren, en forma de romerías, contritos y de buen humor, a las iglesias del contorno, por lejanas que parezcan. Grandemente aficionados a la música, se han transmitido de padres a hijos las enseñanzas que recibieron de los misioneros en otros tiempos, y tocan con relativa gracia y donaire la flauta y el violín.

Con motivo de andar estos indios poco menos que desnudos, se les considera también en el número de los salvajes, y a falta de un poder que los proteja, suelen ser víctimas de la estafa, del engaño y de las perfidias de toda especie al contacto de los blancos, sus verdaderos enemigos y explotadores, quienes en vez de enseñarlos los pervierten con su ejemplo y los corrompen con sus ideas. Las crueldades de los empresarios pasan inadvertidas en la soledad y el aislamiento o se ejercen sin más sanción que la muy ineficaz del Cura lejano, por las mismas autoridades instituídas por la República, diz que para ejercer señorío en esos apartados dominios, cuya verdadera vinculación a la Patria han mirado nuestros Gobiernos con la más criminal incuria, enfermos de *política aguda*, de que han venido contagiándose sucesivamente desde la Independencia.

La distribución de Resguardos o tierras en propiedad a las diferentes familias en que está dividido

este segundo grupo de indios, garantizada esta propiedad por leyes paternas, reglamentos severos de policía y autoridades mediatas, regularizadas y moralizadas por el celo de la República, sería el medio más eficaz para hacerlas sedentarias, evitar sus depredaciones famélicas e incorporarlas en el organismo social colombiano.

Escuelas de enseñanza primaria es lo que están esperando estos indios, suficientemente preparados ya por las Misiones evangélicas, para comprender las sanciones de ultratumba, en cuanto se relacionan con la moral. En ocasión semejante, al tratar de una tribu análoga, dijimos lo siguiente:

«En una palabra, esta gente vestida a la europea y con un idioma culto, sería, relativamente al adelanto social de los colombianos, *gente civilizada*.

«Concretadas sobre la base de estas ideas las condiciones del problema de la nacionalización de este pueblo (por no emplear mal los términos de *reducción* y *civilización*), la tarea docente del Gobierno y su misión de fomento quedan reducidos a dos capítulos, al parecer muy diferentes, pero que conducen exactamente al mismo fin:

«1.º *La introducción de la sal al comercio indígena*. El cloruro de sodio es, efectivamente, el padre y generador de las naciones. El inicia la alimentación fisiológica, determina la industria agrícola, fija la residencia de los pueblos viajeros y consagra para siempre en ellos los fundamentos de la vida social. Tras de la sal viene el maíz de las cuatro cosechas a cumplir su prodigiosa misión de engrandecimiento, con rapidez antioqueña.

«2.º *La fundación de escuelas indígenas*, con textos muy elementales en idioma bárbaro, para enseñarles a leer, las cuatro operaciones de la aritmética y la geografía general de Colombia. Por qué no en castellano los textos? Porque es principio pedagógico que el maestro debe ponerse a la altura mental de sus alumnos para hacerse entender, y bien sabido es que el idioma representa la coronación y resumen de la psicología humana. El niño que sabe leer en su idioma (y entiéndase que es casi imposible enseñarle eso en idioma ajeno), se le puede fácilmente transmitir el conocimiento de otras lenguas y todo lo que con éstas se ha logrado expresar en orden a ideas trascendentales. La filosofía de las ciencias, los preceptos de la moral, las autosugestiones de la conciencia y las abstracciones sobre Dios y el alma, sólo llegan a una inteligencia rica por la concepción fácil de una filología gramatical» (1).

(1) POR EL SUR DE COLOMBIA. *La familia del Putumayo*, página 238.

XVIII

PLAN DE FOMENTO

La civilización o la muerte!--Constitución de una grande Intendencia--Obras de fomento--Navegación de los ríos--Colonización rápida por medio de un empréstito--Aprovechamiento de las 5,000 labranzas del Llano--El producto de las salinas por la administración científica--Estadísticas de indios y ganados--Resguardos y Misiones--Parcelación y subasta de las sabanas--Lo que producirá el fomento en dinero y lo que costará anualmente.

Hasta aquí ha procurado el autor provocar un movimiento de voluntad nacional en favor de una bella, prolífica y codiciable región que el país mantiene desamparada y vacía por negligencia. Le falta solamente, para completar esta obra, formular un proyecto que pudiera servir de fórmula a un querer soberano de redención.

Ha llegado para el país de los devaneos un momento crítico, aquel supremo instante de conciencia en que se decide la fortuna. La civilización o la muerte! Tal es el dilema que confronta hoy la República.

El cambio de ejes que el Canal de Panamá va a originar en el movimiento económico del mundo, equivalente a la gran revolución que produjo el des-

cubrimiento de América, pondrá a Colombia, como entonces, en condición de escollera donde revienten las olas de la corriente universal cargada de codicia. Si los colombianos no tomamos los primeros el señorío de nuestras tierras de promisión, nos serán arrebatadas indefectiblemente al empuje de los desheredados del mundo, en número infinito. Ni la irrupción de los caribes que desalojó del Orinoco a los pueblos mayas, ni la invasión posterior de los iberos, impetuosa y famélica, podrán compararse al desbordamiento de industriales arruinados, proletarios sin trabajo y capitalistas de usura que Europa y Asia van a derramar en bandadas formidables sobre nuestros cuencos fecundos y menospreciados. Los problemas del socialismo y del anarquismo que amenazan de muerte a los pueblos de los viejos Continentes, van a ser solucionados a costa de nuestra desidia.

Si no fuese oída de cerca la voz del *mohán* de la llanura, contenida como un eco en las páginas de este libro, si el acto de voluntad que ella propone no fuere formulado seria y enérgicamente dentro del país, ni siquiera dentro del territorio mismo a que el libro se refiere, donde se acabarán los llaneros y sus versos, como sucumbieron los achaguas, no se crea que ella ha sido amortiguada con el silencio del avestruz en la propagación de las ondas sonoras que envuelven el Globo. En alas de la Prensa, a cuya mensajeril providencia ha sido confiada, ella traspasará las fronteras y el Océano, y será oída por quienes tienen oídos para oír, según la sentencia evangélica, y la advertencia que esa voz contiene para nosotros,

pronunciada en reserva a nuestra oreja, servirá para nuestros listos y afortunados rivales, quienes ocuparán el puesto que nuestra estulticia no nos permitió disfrutar a las puertas del mundo.

Se impone de modo inaplazable un plan de fomento del Llano, y como consecuencia de los diversos estudios contenidos en este libro, vamos en el presente capítulo a proponer a la voluntad nacional una serie de medidas, de las cuales acaso resulte la fórmula precisa y concreta que ha de coronar nuestro esfuerzo en la conciencia pública.

La base de una buena administración de nuestra llanura es la constitución de un gobierno allí, provisto de facultades y recursos, para hacerla vivir y progresar. Al efecto, sería conveniente reunir en uno solo los esfuerzos que hoy se disipan en tres partes de división artificial: la Intendencia del Meta (Territorio de San Martín) la Provincia boyacense de Nunchía (Territorio de Casanare) y la Comisaría de Arauca, cuyas excéntricas cabeceras y la diversidad de métodos administrativos hacen poco menos que rugar la influencia paternal de la República sobre su estrangulada pupila.

Reunidos aquellos Territorios, que la naturaleza hizo idénticos y que el interés nacional debe proteger igualmente, podría constituirse con ellos una grande Intendencia de los Llanos, con capital en Orocué y dividida en tres Provincias con sus Prefecturas en Villavicencio, Nunchía y Arauca.

Semejante Intendencia nacional, con sus tres enormes Prefecturas, por las funciones que estaría

llamada a cumplir conforme al *Plan de fomento*, adquiriría la categoría de una Gobernación, superior en importancia a todas las demás del país, por la magnitud y nobleza de sus atribuciones. Entonces podría destinarse a ella un personal respetable y selecto que hiciera honor a la potestad nacional que va a ejercer allí, con las asignaciones y prerrogativas concernientes.

Correspondería a esta autoridad nacional inmediata la administración y celo de las varias fuentes de riqueza que la República tiene en sus dominios baldíos; la adjudicación expedita y activa de las sabanas a los ganaderos, para fundar en el Llano la piedra miliar del derecho de propiedad; la distribución y egida de los resguardos de indígenas, base de la reducción de los indios a la vida social, y el fomento de las industrias agrícola y pecuaria.

Las cuantiosas rentas de salinas, bosques y garceros, no más, administradas bajo el acicate del interés regional, darán de sobra para el sostenimiento decoroso del personal de la Intendencia, las Prefecturas y los Municipios, así como del servicio de un respetable Cuerpo de Policía para garantizar la propiedad y el sosiego de indios, colonos y ganaderos, y celar los bienes nacionales.

Cedida a los Distritos la mitad de las rentas de explotación de bosques y garceros, tendrían un ingreso de mucha consideración, destinado a su propio fomento, para hacer soportable en ellos la vida municipal, con lo que entrarían rápidamente en progreso y podrían ofrecer puntos de apoyo, cómodos y civilizados a la colonización del Llano.

El presupuesto anual de gastos de la Intendencia, con sus Prefecturas y gendarmería podría computarse así:

1 Intendente, a \$ 300 mensuales.....	\$ 3,600
2 Secretarios, a \$ 150 mensuales.....	3,600
4 Oficiales escribientes, a \$ 50 mensuales	2,400
3 Prefectos, a \$ 100 mensuales.....	3,600
3 Secretarios, a \$ 50 mensuales.....	1,800
20 Alcaldías, a \$ 50 mensuales....	12,000
Locales y gastos de escritorio.....	1,000
200 gendarmes, a \$ 30 mensuales.....	72,000
	\$ 100,000

Para cubrir este presupuesto sobrarían las rentas comunes de que han disfrutado las Intendencias del Llano, como son: los impuestos de degüello, licores, extracción de ganado, papel sellado, estampillas, timbre nacional, etc. Pero para atender a los cuantiosos gastos que demanda un serio plan de fomento, es preciso crearle a la Intendencia otras rentas, más lucrativas, y auxiliarla con recursos del Tesoro público hasta donde sea necesario.

Además de la renta de arrendamientos de bosques y garceros, se impone en desarrollo de este plan entregarle a la Intendencia la administración de las salinas de oriente y el producido de las aduanas de la región, así como las utilidades que produzcan los servicios de navegación de los ríos y el tráfico en general, como se verá en seguida.

Constituída la Intendencia, sus primordiales deberes han de consistir en fomentar la colonización interior y la vida económica de la región. La cons-

trucción de caminos de cordillera, el establecimiento de carros en las vías a los afluentes del Meta y la navegación de éstos y del Arauca, por vapor hasta donde sea posible y por canoa en todos los demás, es tan importante en el cúmulo de obligaciones que aquella entidad administrativa ha de atender simultáneamente, que no vacilamos en darle el primer lugar en la enumeración de ellas.

Son cinco los principales caminos de cordillera que deben abrirse, repararse o convertirse en carreteras, los cuales, en orden de urgencia e importancia para la vida del Llano, son los siguientes: 1.º La carretera del valle del Chicamocha a Támara, pasando por La Salina, para conectar la carretera del norte con la navegación del río Pauto, que es la vena madre del comercio de Boyacá; 2.º La carretera de Labateca al río Sarare, para salvar del aislamiento patrio en que está Arauca y poner su floreciente comercio en vinculación con el progresista Departamento Norte de Santander, camino que afecta la importancia de la integridad nacional; 3.º El camino de herradura de Macanal al río Upía, para descargar sobre el Llano en su región más afortunada, que es la del río Cusiana, la afluencia colonizadora del Valle de Tensa; 4.º El camino de herradura de San Martín al valle del Magdalena, para darle salida fácil a los ganados de aquella olvidada región, sobre el Tolima, y ensanche a la emigración de este laborioso Departamento sobre aquellas riquísimas sabanas; y 5.º La carretera de Guasca a Medina, de fácil construcción sobre el camino actual, para po-

ner en comunicación de ruedas a Cundinamarca con sus ubérrimas dependencias del Llano.

Estos cinco caminos principales de cordillera, de veinte leguas próximamente cada uno y que representan un costo medio de \$ 10,000 la legua, se harían en el término de cinco años, con un gasto anual de \$ 200,000. Sobre trazos científicamente ejecutados, cada uno de estos caminos debería acometerse por sus dos extremos simultáneamente para abreviar su ejecución, y a fin de empeñar en la buena marcha de los trabajos el interés de las poblaciones que van a favorecer inmediatamente, debería el Intendente encomendárselos a sendas juntas patrióticas establecidas en ellas.

De la reparación y conservación de los demás caminos existentes, deben encargarse las juntas de caminos de los Distritos por donde aquéllos pasan, medida que tan excelentes resultados produjo en otro tiempo en Cundinamarca y que está generalizándose actualmente.

Del extremo oriental de los caminos de cordillera a los puertos sobre los ríos navegables del Llano, debe establecerse un servicio permanente de carros, aprovechando el suelo plano, mediante la ejecución de puentecillos sobre algunos caños que se atraviesan en los bancos continuos de sabanas que se extienden de la cordillera al Meta. La administración y conservación de este servicio de ruedas conviene que quede a cargo y disfrute de las Municipalidades respectivas, según reglamentos dictados por el Gobierno de la Intendencia, para que aquéllas lo conserven

y lo ensanchen. El tren de carros para las vías que terminan en Jiramena (al servicio del pueblo de San Martín), Barrigón (al de Villavicencio), Cabuyaro (al de Medina), Tauramena (o mejor el de Altagracia, sobre el Cusiana, al de Chámeza) y Naranjito o Remolino (al de Moreno, Támara y Nunchía), con un trayecto medio de 13 leguas para cada una de estas siete líneas, representa un costo, así:

Para adaptación de 7 vías.....	\$ 21,000
Para adquirir 70 carros.....	14,000
Para comprar 200 yuntas de bueyes.....	10,000
Para imprevistos y error de cálculo.....	5,000
	Total 50,000

Dotadas con este auxilio previo las Municipalidades de San Martín, Villavicencio, Medina, Tauramena (constituído en Distrito), Nunchía, Támara y Moreno, cada una de ellas iría a derivar una utilidad anual bien cuantiosa en fletes, con la cual podrían conservar las vías y ensanchar y mejorar el servicio de transportes hasta llegar en poco tiempo al establecimiento en automóviles, en aquellas líneas que así lo requieran. En el reglamento de tráfico que la Intendencia dictara, convendría fijar una prudente limitación de tarifas, a fin de que este servicio de transportes, fundado para el fomento de la región, no fuera a convertirse en especulación oficial y en oneroso tributo del público, como es costumbre entre nosotros.

Análogo auxilio por la primera vez deberá concederse a los puertos de Jiramena, Barrigón, Cabuyaro, Altagracia, Remolino, Garcitas, Moreno, San

Saivador y demás situados sobre los ríos del Llano navegables por pequeñas embarcaciones, consistente este auxilio en un número de champanes a cada cual, suficiente para establecer el servicio diario de pequeños transportes fluviales, también con limitación de tarifas. Con 200 champanes, por valor aproximado de \$ 10,000, creemos que podría iniciarse este servicio cotidiano de navegación en los ríos menores del Llano.

Durante el primer año de esta obra de fomento del Llano, la navegación semanal de los ríos Meta y Arauca, de Orocué y Arauca a Ciudad Bolívar, respectivamente, podría hacerse con 6 vapores de gasolina (4 para el primero y 2 para el segundo) de 3 pies de calado y 80 toneladas de capacidad cada uno, semejantes en su servicio mixto de velamen y hélice al que el Gobierno acaba de adquirir para el transporte de San Andrés a Cartagena por la suma de \$ 10,000; lo cual representaría un gasto de \$ 60,000 para el primer año. Pero hemos visto en el capítulo III que en los centros agrícolas del Llano hay por lo menos actualmente 5,000 labranzas listas a una producción inmediata, con sólo hacerles a sus propietarios las indicaciones contenidas en este libro y prestarles el apoyo de que nos ocuparemos adelante. Ahora bien: suponiendo que en la lentitud del convencimiento no fueran entrando aquellas 5,000 empresas en la obra de redención industrial de la inmensa llanura, sino por décimas partes y en la mínima proporción de ensayo de una hectárea, habría un movimiento de carga en harina de plátano únicamente

desde el primer año de vigencia del presente plan de fomento, de 2.500 toneladas y es de suponerse que hoy habrá un movimiento de más de otro tanto. Un vapor gasta $7\frac{1}{2}$ días en bajada de Orocué a Ciudad Bolívar, $12\frac{1}{2}$ en subida y 10 en paradas y contingencias; de modo que sólo puede hacer 12 viajes en el año y a razón de 80 toneladas, la quinta parte de lo que es necesario; es decir, que se necesitarían desde el primer año 5 vapores, sin contar con las contingencias de daños, reparaciones, retardos involuntarios, etc.

La mínima flotilla de 6 vapores, apenas suficiente en el primer año de fomento, habría necesidad de ir la aumentando en otro tanto para los sucesivos.

Sendas juntas de comerciantes constituídas en Orocué y en Arauca, bajo la dependencia de las autoridades locales, prestarían eficaz auxilio a la Intendencia para la organización del servicio de vapores. La gasolina como combustible se impone en estos ríos por la dificultad que actualmente presentan los indios cuivas para el establecimiento de leñateos en sus desiertas orillas.

De nada servirían los caminos de ruedas, la navegación diaria de los ríos menores y el movimiento semanal de los vapores en el Meta y el Arauca, como de nada valdría un ferrocarril al través de la llanura, sin carga qué transportar. La colonización del Llano por pequeños agricultores de todo el país, y especialmente de la cordillera, será la obra interesada del público, y el público tímido y suspicaz no hará irrupción repentina sobre la tierra de promisión, ni acaudillado por Moisés en persona, si no se le ofrecen pre-

mios positivos y estímulos inmediatos. Sin la iniciativa del impulso oficial, pródigo y generoso, no pasaremos de la lenta y desacertada, o por lo menos infecunda colonización de los humildes labriegos, sin plan ni concierto, que cae sobre el Llano, como un hilo de agua de la cordillera a consumirse en el arena de un desierto. Es indispensable un acto consciente y enérgico de voluntad colectiva, en forma de colonización oficial, para que la obra de fomento en la llanura alcance su más alta eficacia en breve término: no hay tiempo que perder!

A este efecto es preciso invitar al mayor número de colombianos, que hoy sucumben en la miseria, a que vayan a hacerse ricos en los Llanos, para que hagan rico el país, y ayudarles con recursos pecuniarios y consejos a que funden allí lucrativas empresas de productos de exportación. El brillante triunfo económico que resultaría de la acción oficial en esta tarea se resuelve pronto en poderío nacional, pues éste se mide por la cuantía de su comercio exterior más que por el número de cañones que se oxidan en los parques.

Hemos visto en el capítulo XIV de este libro cómo con 230 labranzas de 7 hectáreas cada una, es decir, con 2,240 hectáreas de cultivo, inteligentemente dirigido, en el cual no se alcanzaría a invertir medio millón de pesos, se lograría coronar la etapa ganadera del Llano, que es la primera de la civilización, en diez años. Pero esto lo hemos calculado aritméticamente y no en el alto concepto sociológico de alcances incalculables, con el objeto de aforar la cuan-

tía del esfuerzo mínimo que la más prometedor y desamparada región del país exige de todos sus hijos y del Gobierno, para devolver en cambio a los unos riquezas sin cuento y al otro prepotencia formidable entre las naciones. Este aforo, relativamente microscópico, representa en la civilización del Llano el papel del corpúsculo afortunado de pólipo, entre los centenares de millones de gérmenes que la naturaleza derrocha para la fecundación de una flor. Así, Colombia no debe conformarse con llevar matemáticamente a su llanura oriental los 230 colonos mínimos que en balanza micrométrica se calculan necesarios para el colmataje ganadero, sino mil veces ese número, a fin de que la obra sociológica se cumpla oportunamente.

Más que el impulso oficial, sería eficaz el aporte que podrían suministrar los hombres acaudalados de todo el país, haciendo Compañías en comandita con centenares de socios industriales, sanos, diligentes y capaces, con el objeto lucrativo y patriótico de tomar posiciones en el Llano antes de que venga, como vendrá violenta y codiciosa, la inmigración extranjera, en vista de los informes seductores que de fecha reciente difunden en Europa y Estados Unidos las Comisiones científicas que a ojos vistas o veladamente visitan la región, con motivo del cambio de régimen mundial esperado por la apertura del Canal de Panamá.

Los pequeños estancieros de la Cordillera están en capacidad de tomar puestas en esta lotería del *dorado*, en mínimas acciones: 1,000 matas de plátano, que producen 80 cargas de harina, con utilidad neta

de \$ 3,000 anuales, pueden caber en una hectárea y no ocasionan un gasto inicial de más de \$ 100. Así todos los pobretones del país, valerosos y emprendedores, a quienes la crisis económica tiene cruzados de brazos, pueden *vender la camisa* o levantar en empréstito la suma necesaria para devolverla con creces a la vuelta de un año. Los Departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander, con una población de 2 millones de habitantes, darían un contingente de 200,000 colonos en una leva patriótica, mil veces más de los necesarios, si se tratara de levantar apresuradamente el ejército conquistador de la llanura, para redimirla acelerativamente por el trabajo. Y el Gobierno podría contratar un empréstito de \$ 2,000,000 para efectuar esta conquista al parecer asombrosa, en un solo acto!

El Congreso, animado como está en buena hora de los más fervientes anhelos de redención nacional, en vista de lo factible de este trascendental proyecto, podría autorizar al Gobierno para obtener en Europa aquel pequeño empréstito, con aplicación exclusiva al fomento del Llano, amortizable por medio de libranzas sobre las Aduanas del Meta y Arauca, las cuales comenzarían a hacerse efectivas después de diez años, cuando los \$ 25,000 que hoy producen se hayan centuplicado por la obra a que el mismo empréstito se destina.

Pero para repoblar el Llano de ganados mediante el fomento de su pequeña agricultura no es indispensable el empréstito ni siquiera el concurso entusiasta de los grandes y pequeños capitalistas de nuestros

centros poblados, pues ello compete a la necesidad patriótica de que los colombianos, en el mayor número posible, vayan a tomar señorío oportunamente de unas tierras que mañana les serán disputadas. La hora de la civilización del Llano llegará en el reloj fatal de los tiempos—y parece que se acerca—con el apoyo del Gobierno o sin él, con el disfrute o sin él de los colombianos en los beneficios de esa civilización.

El apoyo del Gobierno puede hacerse práctico por medio de la propaganda en favor de los cultivos tropicales de gran lucro que pueden emprenderse en la región, importando allí estufas, molinos, etc. para la manufactura perfecta de harina de plátano y remitiendo a los Consulados que acredita en Europa y Estados Unidos, muestras del producto, frecuentemente y en abundancia, adquiriéndolas en compra entre los primeros fabricantes, tanto con el objeto de buscarle mercados y agencias de expendio por conducto de nuestros Cónsules, como para estimular la fabricación al principio y mientras se hacen accesibles aquellas plazas; no vaya a suceder que el fracaso de los iniciadores de la industria desaliente a los demás y desquicie por su base la redentora obra de la colonización de la llanura.

Dada la hipótesis improbable de la consecución del empréstito, el Gobierno puede constituir Juntas de colonización en las ciudades de Cáqueza, Fómeque, Gachetá, Guateque, Sogamoso, La Concepción y Pamplona, con el objeto de hacer la leva de colonos pobres, darles las instrucciones necesarias y proveerlos de los recursos pecuniarios e implementos

agrícolas que requiere el establecimiento en el Llano de cada pequeña empresa. El auxilio que las Juntas de colonización han de prestar a cada familia a cambio de la obligación, con fianza suficiente, de que su jefe debe fundar en el Llano un pequeño cultivo de plátano, cacao y sarrapia, en número de 1,000 matas de cada cual, por lo menos, consistiría en lo siguiente:

Para alimentación de dos personas durante ocho meses, mientras se cosecha la primera siembra de frutos menores, a \$ 0,25 centavos diarios para cada persona.....\$ 120

Valor de 2 hachas, 2 machetes, 2 azadones y 2 barretones, suministrados en especie, a precio de costo..... 4

Para las primeras semillas de iniciación de trabajos..... 20

Valor de una vaca y dos lechones..... 34

Valor de una máquina de mano para tajar plátanos 20

Valor de una estufa portátil de palastro.... 20

Valor de un molino de mano para hacer harina 10

Para los empaques y transportes de los primeros ocho bultos de exportación de harina... 22

Suma \$ 250

En este y en todo caso la principal misión de la Intendencia será el situar a los colonos en la localización que les conviene y que importa al desarrollo de un buen plan de fomento. Es preciso darle término a la arbitrariedad en la elección del sitio, que ha venido reinando en el desconcierto de la posesión de

la llanura. Cómo se concibe que un país sea dueño y señor de una grande y prometedorá región, donde puede entrar cualquiera y situarse donde se le antoje y posesionarse como propietario para el disfrute, sin pedirle permiso a nadie, sin obedecer reglamento alguno y sin prometer obediencia a ninguna soberanía! Eso, lo que Colombia ha permitido durante un siglo, es lo que se llama tener su territorio *a despota*. Es indispensable, so pena de perder en propiedad lo que hemos tenido abandonado en el hecho, que el Gobierno de Colombia presida y reglamente el modo como los hombres, nacionales o extranjeros, entran a tomar posesión de sus baldíos para constituir título de propiedad como colonos. No saben los japoneses y chinos, a quienes se escatima el derecho de pisar el suelo en los Estados Unidos, que pasando el Istmo y antes de pasarlo, encuentran dónde constituir inmensas colonias sin sujeción a nadie!

La autoridad de Colombia, delegada a su Intendencia en la llanura oriental, debe localizar con precisión el sitio de la colonización, exigir ciertos requisitos que la ley fijará para ser poseedor y dar posesión alinderada a los colonos, según las conveniencias del porvenir, para que éstos sean considerados como presuntos propietarios del suelo que ocupen.

El saber aprovechar el principio muy adelantado de colonización que hoy ofrece la llanura, con sus 5,000 labranzas, sus 50,000 habitantes blancos y sus 20,000 indios, en su mayor parte cuasi civilizados, será la principalísima labor que, al propio tiempo que fomenta el tráfico, ha de proponerse el Gobierno por mano inmediata de las autoridades del Llano.

Las 5,000 labranzas ofrecen campo fácil para cultivar por lo pronto el doble número de hectáreas de plataneras, sin más gasto para el Gobierno que el que ocasione el pedido de los implementos necesarios para la fabricación de harina de plátano de que se ha hablado atrás, por valor de \$ 50 cada juego, los cuales debe pedir directamente la Intendencia, sobre modelos precisos para una producción individual de 200 libras diarias, en ocho horas de trabajo, para distribuir a precio de costo entre los colonos, con las instrucciones suficientes para su manipulación y la promesa del colosal rendimiento que su empleo les ha de regalar. Los \$ 250,000 empleados durante cinco años en la propaganda de fabricación de la harina, representan un simple empréstito de \$ 50,000 anuales hecho por la Intendencia a la agricultura llanera. Sin embargo, hemos de computarlos en el presupuesto anual de aquella entidad.

El Gobierno, que tan mal administrador ha resultado de las Salinas de Upín, Chámeza y Chita, las cuales le produjeron \$ 11,000 en números redondos en 1912 *, al paso que hubieran debido producirle \$ 1,000,000 con una mediana administración, debería consagrarlas al fomento del Llano, con el objeto de procurar un movimiento hacia allí de indios *racionales* y ganados mansos.

La Intendencia, asesorada de un buen consejo científico, pondría en explotación económica dos de estas grandes salinas, y probablemente clausuraría las demás de la vertiente oriental, que no sirven sino

para hacerle competencia a la Renta. Con el producido baratísimo, transportable por vías carreteras y fluviales, atendería la demanda de las poblaciones del mismo Llano y de Boyacá y Santander, que hoy carecen de sal, y seguramente ocuparía el mercado de todo el corazón de la América, con lo que se procuraría una cuantiosísima renta, después de prodigar gratuitamente este elemento de reducción entre indios y ganados silvestres.

Para este importantísimo efecto de aplicación de las salinas a la civilización y fomento industrial del Llano, la Intendencia debe fundar, proveer y sostener a perpetuidad sendos almacenes de sal en los puertos de Barrigón, Cabuyaro, Altagracia, Garcitas, Remolino, Orocué, Arauca, etc., como centros de distribución gratuita de sal a las tribus indígenas y a las fundaciones ganaderas de Casanare y Arauca, mediante rigurosos requisitos reglamentarios conducentes al fin propuesto, para que este vivificante elemento penetre como por un sistema arterial, entre indios y ganados que lo han menester, en toda la inmensa región.

Mediante esta distribución reglamentaria de sal, la Intendencia podrá formar la estadística de los centros de querencia indígena, con el objeto de fijarle territorios de Resguardo a cada tribu en estos sitios predilectos, procurando escoger para este efecto las mejores sabanas con bosques ricos en elementos naturales, extensión suficiente para su expansión y demás circunstancias que puedan hacer amable al indio el sitio de su reducción. En cada uno de estos

* INFORME DEL MINISTRO DE HACIENDA, págs. 64, 65 y 66.

resguardos debe el Intendente establecer pequeños hatos de usufructo comunal, a cargo de las correspondientes capitanías indígenas, y de tal cuantía que sus productos sean suficientes para el consumo de la tribu, a fin de evitar con esto la persecución inmoderada que por hambre hacen los indios sobre los hatos de los blancos.

La Intendencia estimulará la constitución regular de las autoridades indígenas en estos Resguardos, conforme a las prácticas consuetudinarias de cada parcialidad y les prestará apoyo de respeto y de fuerza, sin entrometerse a civilizar por lo pronto la *ley bárbara*; que eso es obra de una paciente labor del orden psicológico, a cuyo intento parsimonioso, eficaz a la larga y metódico, debe contentarse con fundar allí una Comisión científica, Misiones y escuelas, al tenor de lo que se aconseja sobre la materia en el Capítulo XVI de este libro.

Mediante la misma distribución reglamentaria de sal en los hatos, formará el Intendente la estadística de los ganados mansos, para el supremo fin de echar en el Llano las bases de una verdadera civilización fundada en el derecho de propiedad. La parcelación prudente y pródiga de las sabanas es una obra muy sabia pero requiere profundos estudios previos para llevarse a un término provechoso a la sociología regional. Hay urgente necesidad de que se les adjudique sin tropiezos ni dilatorias obstructivas a los ganaderos la porción de sabana de que cada cual tiene necesidad para desarrollar la redentora industria del ganado en todo su esplendor; pero ello no puede

ser la obra precipitada, ciega y antojadiza de una utopía imprevisora que dijera por ejemplo: «Son dueños de las sabanas los ganaderos que las cercuen y ocupen con sus ganados,» sin que tal ocupante satisfaga ningún otro requisito en relación con su nacionalidad, con la magnitud de sus pretensiones, ni con el orden de las miras de fomento que la República debe perseguir en sus más preciados dominios. Entendemos que hay una disposición impremeditada por ese estilo en el reciente Código fiscal, la cual deben los legisladores apresurarse a completar con otros requisitos, antes de que se realicen sus fatídicos efectos. La Nación debe, en esta materia, ser generosa pero no pródiga. Se equivoca quien piense que regalando las sabanas en Casanare y Arauca, ellas se pueblan de ganados; cuando los dueños de hatos allí son ricos y derrochan el dinero a manos llenas y no necesitan que se les regale la tierra; lo que quieren, lo que anhelan, lo que necesitan a toda costa, por caro que les cueste, es que se les venda fácilmente, sin interposición de abogados, de quienes detestan, y sin necesidad de diligencias en papel sellado, que miran con horror, aleccionados por triste experiencia. La venta en el sitio en pública subasta, con el notario al pie para solemnizar el acto y perpetuarlo, como se hace en la Argentina, daría los resultados apetecibles, con la ventaja, además, de producir la cuantiosa entrada de dinero que requiere un vasto plan de fomento. En efecto, para asegurar las dehesas necesarias a las 250,000 reses que hay en esos dos Territorios, nece-

sitarían los ganaderos cerca de un millón de hectáreas, las cuales, al precio mínimo de \$ 5 cada una, producirían \$ 5.000,000 al Tesoro nacional, pagaderos probablemente en ganados o a plazo, formas que el Código fiscal desconoce sistemáticamente, para impedir a perpetuidad lo mismo que quiera conseguir con una prodigalidad inaudita, origen de rapiñas, inseguridad y barbarie, ya crónicas en la región favorecida.

En las extensas sabanas venezolanas de Apure, separadas de las colombianas de Arauca únicamente por el río de este nombre, línea que se borra en invierno por las inundaciones, el precio de las reses es ínfimo; una novilla vale \$ 1,60 y una res mayor de tres años vale \$ 3,20. La sal gratuita y la parcelación de las sabanas, con las mejoras de pastos, bebederos, regadíos, etc., que la propiedad trae consigo, determinarían un éxodo incontenible de ganados venezolanos hacia Colombia. Este movimiento migratorio hacia mejores precios y condiciones de vida, colmaría en pocos lustros la extensión al parecer ilimitada del Guaviare.

Cuando Colombia mantenga en sus llanuras 30 millones de reses, será la primera nación del continente!

Y pensar que esto no le costaría al país ningún gasto ni sacrificio de consideración, sino únicamente la juiciosa y metódica aplicación de los elementos que la Providencia ha puesto en los Llanos para su desarrollo y progreso!

La renta anual de que podría llegar a disfrutar la

Intendencia de los Llanos, mediante una acertada administración, no sería utópico calcularla así:

Por utilidades en la administración científica de las Salinas de Upín y Chita para el consumo de 250,000 habitantes (Boyacá, Santander y los Llanos), calculables sobre 5 millones de arrobas por año, para el Orinoco y el Amazonas.....\$ 1.000,000

Por la subasta anual de 200,000 hectáreas de sabanas en los Territorios de Arauca y Casanare, a razón de \$ 5 cada una..... 1.000,000

Por derechos de importación de mercancías extranjeras por valor de \$ 15.000,000 en las Aduanas de Orocué y Arauca, después de un año de exportación por el doble valor en harina de plátano y otros productos..... 2.000,000

Por utilidades en las empresas de transportes y vapores, calculables sobre 100,000 toneladas..... 500,000

Por las rentas de licores, arriendos de bosques y garceros, saca de ganados, etc. 500,000

Suma \$ 5.000.000

Los gastos anuales para llegar a este resultado, acaso no más que en el término de dos años, sólo alcanzan a \$ 540,000, incluyendo en esta suma algunas partidas de fomento no discutidas en este *plan*, pero cuya utilidad se deduce del contexto del presente libro y que salta a la consideración de quien visita la llanura. Algunas de las siguientes partidas no alcanzarán a invertirse en el primer año, la mayor parte

empezarán desde el primer momento a ser reproductivas, y otras, como la relativa a la maquinaria de harina, se reembolsan inmediatamente.

Gastos anuales para el Plan de fomento:

Para el sostenimiento de la Intendencia, con Prefecturas, Alcaldías y Gendarmería.....\$	100,000
Para construcción de caminos de cordillera.....	200,000
Para instalación de transportes de ruedas.....	50,000
Para instalación de champanes en los ríos menores.....	10,000
Para el montaje científico de las salinas de Chita y Upín.....	50,000
Para adquirir anualmente 6 vapores con destino al Meta y el Arauca.....	60,000
Para importación anual de mil juegos de maquinaria para hacer harina de plátano....	50,000
Para constituir una Comisión científica permanente.....	11,000
Para publicar un Boletín de fomento	1,000
Para auxilio de 9 médicos ambulantes	5,000
Para fundación y sostenimiento de 20 escuelas indígenas	2,000
Suma \$	<u>539,000</u>

XIX

MEMORANDUM PARA UNA LEY

Constitución de la Intendencia de los Llanos--Objetos de la Intendencia--Fomento del tráfico--Explotación científica de las salinas--Distribución de sal a indios y ganados--Estadísticas--Resguardos--Venta de las sabanas--Comisión científica. Colonización--Médicos subvencionados--Boletín de fomento. Bienes nacionales--Gendarmería--Fin del libro.

Como fórmula concreta del plan de fomento discutido en el capítulo anterior y para que puedan servir de base al progresista Congreso actualmente reunido, para la expedición de una ley, hemos redactado, en el mejor orden posible, las siguientes proposiciones:

Constitución de la Intendencia

1. Bajo la inmediata dependencia del Gobierno nacional y con los Territorios de San Martín, Casanare, Arauca y la novísima Comisaría del Vichada, por los límites que han tenido, debe crearse la grande Intendencia de los Llanos, con Orocué como capital.

2. La Intendencia constará de cuatro Provincias: San Martín, con su cabecera en Villavicencio; Casanare, con su cabecera en Nunchía; Arauca, con su

cabecera en la ciudad del mismo nombre, y Vichada, con su cabecera donda mejor convenga. Cada Provincia tendrá los Distritos que les han correspondido cuando fueron Territorios nacionales.

3. Para el Gobierno de la Intendencia habrá un Intendente con dos Secretarios nombrados por él, uno de Gobierno, encargado de la Instrucción pública y de la reducción de indígenas, y otro de Hacienda, encargado de la colonización. Además habrá en la capital de la Intendencia un Administrador principal de Hacienda, con subalternos en las cabeceras de Provincia.

4. En todo lo demás la organización de la Intendencia se hará de acuerdo con el Código político y municipal, como si se tratara de una Gobernación.

Rentas

5. Mientras las rentas propias de la Intendencia, de que se tratará en seguida, cubran su presupuesto de acuerdo con las prescripciones de la ley de fomento, debe destinarse del Tesoro nacional la suma de quinientos cuarenta mil pesos oro (\$ 540,000), para el primer año, y anualmente después cuanto fuere necesario para atender al completo de sus gastos.

6. Serán rentas de la Intendencia las siguientes:

a) Las que han tenido como propias la Intendencia del Meta, las Provincias de Casanare y la Comisaría de Arauca, no comprendidas en esta enumeración;

b) Lo que produzcan las salinas de Cumaral, Upín, Mámbita, Varital, Chámeza, Recetor, Pajarito,

Sirguasá, Sismosá, Melo, Muneque, Córdoba, Chita (La Salina) y todas las demás que haya o que se descubran en la vertiente de la cordillera sobre el Llano;

c) Lo que produzcan las Aduanas de Orocué y Arauca y todas las demás que se establezcan para la región;

d) La mitad de lo que produzca el arrendamiento de bosques y garceros del Territorio; la otra mitad se les concede a los Municipios en que estén ubicados;

e) Los impuestos sobre la extracción de ganados;

f) Los de degüello de ganado mayor;

g) Los de producción y venta de licores alcohólicos;

h) Lo que produzcan los servicios de carros y champanes por cuenta de la Intendencia, mientras estos servicios no estén organizados completamente para que sean cedidos a los Municipios que los administren;

i) Lo que produzcan las empresas de vapores de Orocué y Arauca;

j) El precio de venta, en pública subasta, de las sabanas de Arauca y Casanare, cuya parcelación se dispone.

7. La Intendencia debe proceder en el primer año, sobre informes de los Municipios y Provincias, a aforar las anteriores rentas, a hacer los presupuestos de acuerdo con el orden de prelación de gastos que establezca la ley, y a organizar la Hacienda con sujeción a las prescripciones del Código fiscal.

Objeto de la Intendencia

8. La creación de la Intendencia del Llano tiene por objetos exclusivos dar vida a la región por medio de un servicio de tráfico rápido, puntual y casi gratuito; abrir caminos al interior del país por donde se muevan la colonización y el comercio de los centros poblados; organizar esta colonización y fundar en el Llano la industria agrícola sobre un consejo acertado; administrar las salinas de oriente y poner sus productos al servicio de la reducción de indios y ganados; metodizar estas reducciones y asegurar su estabilidad por medio de una justiciera parcelación y adjudicación definitiva y expedita de las sabanas de Arauca y Casanare; en una palabra, organizar en el Llano la vida social, sobre un plan científico.

Fomento del tráfico

9. El Intendente procederá a disponer el arreglo del piso, la construcción de puentes y la provisión de vehículos de ruedas para el servicio público en las vías de Villavicencio a Barrigón, de Medina a Cabuyaro, de Támara al puerto de Remolino y sobre las demás vías del pie de la cordillera a los ríos navegables, cuyo tráfico lo vaya exigiendo.

10. Para poner en conexión los anteriores servicios, se fundarán, a costa del Tesoro de la Intendencia, bodegas en los puertos donde no existan y se adquirirán barcos en número y capacidad suficientes para la navegación periódica y puntual de los ríos correspondientes.

La administración de éste y del anterior servicio de transportes, previa la limitación de tarifas, las

pondrá la Intendencia al cuidado de las Municipalidades de los Distritos interesados, para que éstos le den ensanche y mejora, a la medida del tráfico. Pero en caso de negligencia de estas entidades, podrá el Intendente dar en arrendamiento alguno o varios de esos servicios públicos, sin que se constituyan en ningún caso privilegios, o los trasladará a falta de tráfico a otras vías cercanas, mientras se fomenta éste.

En ningún caso causarán flete la sal que baje hacia el Llano, ni el transporte del personal oficial.

11. Para la comunicación frecuente y periódica entre Orocué, Arauca y Ciudad Bolívar, la Intendencia pedirá al Exterior seis vapores anualmente, de ochenta toneladas mínimo y tres pies de calado, para gasolina u otro combustible portátil, mientras sea dispendioso el establecimiento de leñateos en la vía.

12. Bajo su responsabilidad personal, podrá el Intendente crear en Orocué y Arauca sendas juntas patrióticas encargadas de la administración y fomento del tráfico fluvial, previa limitación de tarifas a un mínimo prudencial, según las circunstancias, a fin de que la carga de exportación sufra el menor recargo posible. Para evitar conflictos por causa de competencia a las empresas de particulares, que podrían redundar al principio en perjuicio del comercio, debe el Intendente, al fijar el minimum de tarifa, procurar en favor del público una nivelación con las de éstas empresas privadas que hoy prestan el servicio.

13. La Intendencia ejecutará anualmente, sobre trazo de carretera si fuere posible, en su orden, los siguientes caminos de cordillera: 1.º El del cuenco del río Chicamocha a Támara, pasando por La Salina; 2.º El de Labateca al río Sarare; 3.º El de Macanal a San Pedro de Upía; 4.º El de San Martín a Arbeláez; y 5.º El de Guasca a Medina; pudiendo, para la mayor rapidez, acometer trabajos simultáneamente por los dos extremos de las vías, sobre estudios previos de ingenieros graduados.

14. Al efecto de facilitarse la debida inversión de los fondos, la supervigilancia de los trabajos y la rapidez económica de las obras, el Intendente puede delegar su iniciativa a Juntas patrióticas de las poblaciones interesadas, como Pamplona, Sogamoso, Chita, Guateque, Gachetá, Medina, San Martín, etc.

Salinas y distribución de sal

15. La Intendencia procederá a hacer un estudio científico de todas las salinas de oriente, con el objeto de acometer inmediatamente la explotación sobre bases económicas y definitivas de las que vayan siendo necesarias al consumo del Llano, de acuerdo con la aplicación a que la ley de fomento las consagra y para proceder a cerrar temporal o definitivamente las demás.

16. En la ejecución de las obras para la explotación científica y permanente de las salinas de oriente se procederá de modo que no se interrumpa la actual producción, para que en ningún caso falte la sal como artículo de vida.

17. La Intendencia fundará almacenes de sal y organizará su provisión constante y el modo de su despacho, en todos los centros poblados del Llano sea por indios salvajes o civilizados, sea por hatos, colonias o hacendados, para que esté la sal al alcance de todos los seres que se quiere favorecer con ella.

18. Para evitar contrabandos a la sombra de la presente ley, deben prohibirse las ventas de sal en los almacenes del Llano, en los cuales únicamente se despacharán giros gratuitos a favor de indios y granaderos. También deben prohibirse los despachos de estos giros gratuitos en las salinas mismas, donde únicamente se podrán hacer ventas por dinero, como de costumbre. Los retornos de sal en los transportes se cobrarán con un flete prohibitivo y el regreso de ella hacia las salinas será castigado con el decomiso por los guardas respectivos.

19. Para la provisión de sal a estos almacenes se tendrán en cuenta, con todo rigor, las estadísticas de que se trata en los numerales siguientes.

20. Todo indio bárbaro o salvaje, hombre o mujer, mayor de doce años, tendrá derecho a una libra cada quince días, y a la mitad de esta ración, si fuere menor de doce años. Los giros por raciones indígenas se harán a favor de cada Capitán de tribu o grupo de familias.

21. El Intendente, bajo su responsabilidad personal, podrá delegar la facultad de hacer estos giros, los cuales le deben quedar privativamente confiados, a cargo de autoridades y agentes subalternos suyos, a fin de que el suministro de sal a los indios se haga

regular y puntualmente, en fechas y lugares fijos, y cada quince días, simultáneamente, en toda la extensión del Llano.

22. Todo ganadero y dueño de hatos con fundaciones fijas establecidas de más de trescientas reses mansas, tendrá derecho a media arroba de sal por año y por cabeza. Los giros por raciones pecuarias podrán hacerse mensual, trimestral o semestramente, según mejor convenga, pero siempre del mismo modo y a día fijo, para metodizar los transportes y provisión de sal a los almacenes y, por ende, la producción en las fábricas. Los giros a favor de cada hato podrán otorgarse a sus mayordomos y a cargo del almacén más próximo (siempre el mismo), pero mediante la constancia documentada del número de reses mansas del rebaño.

23. Con los documentos anteriores y con los empadronamientos de indios, justificarán el Intendente o sus agentes los giros que hagan a los almacenes, los almacenistas los pedidos a las salinas, y los Administradores de éstas, sus cuentas de movimiento de especies.

Registros de estadística

24. Con las cifras que resulten del empadronamiento indígena y de la cuenta de los ganados, se llevarán en la Intendencia metódicamente sendos registros de censo y estadística, con las clasificaciones más minuciosas, localización y demás informaciones necesarias al propósito de los numerales siguientes (25 y 26).

Cada Capitán de tribu y cada dueño de hato procurarán denunciar seguramente los incrementos de su incumbencia, bien por multiplicación, bien por acumulación de elementos cerreros. Mediante inspección personal y de informaciones de toda especie se les dará cabida a estos incrementos en los registros de censo y estadística, para los efectos de esta ley.

Resguardos y parcelación de sabanas

25. En los sitios predilectos de querencia de las tribus o donde la alta conveniencia pública lo determine, el Intendente localizará sitios de Resguardos de indígenas, teniendo en cuenta que tengan amplitud suficiente, buenas sabanas, bosques ricos en elementos naturales, buenas aguas permanentes y demás ventajas que hagan al indio amable el sitio de su reducción. Dotará el Intendente las sabanas de los Resguardos con algunas reses y animales domésticos y hará la entrega alinderada de las tierras a los Capitanes y a sus tribus con la mayor solemnidad, dejando de ello constancia ante notario y haciéndoles comprender que esas tierras serán para siempre de su propiedad, contra la cual no podrá atentar nadie en lo por venir; porque quedan bajo la salvaguardia de la República de Colombia.

Aprovechará el Intendente la solemnidad para la institución de Cabildos y autoridades indígenas, en los casos en que esto fuere posible, acomodando esas instituciones con las prácticas tradicionales de cada tribu.

26. En vista de las estadísticas de ganados, el Intendente estudiará una parcelación de las sabanas

que no hayan sido destinadas o puedan llegar a serlo para Resguardos de indígenas, principiando por las de Arauca, a fin de vender a los ganaderos en pública subasta, al precio mínimo de cinco pesos (\$ 5) la hectárea, dejando intercalares baldíos para nuevas adjudicaciones.

27. En estas ventas por remate serán preferidos, en igualdad de precio, los ocupantes de las sabanas en una extensión hasta de tres hectáreas por cabeza de ganados mansos, y se observarán las reglas establecidas en el Código judicial para los remates.

28. Se consultarán muy atentamente en este estudio los títulos de propiedad que puedan existir, para respetarlos, así como las posesiones de más de treinta años, a fin de no herir en lo mínimo intereses creados.

29. Debe autorizarse al Intendente para acordar a los acreedores plazos prudenciales y para recibir en pago ganados mansos al precio de avalúo y un tanto por ciento de rebaja para los gastos de su realización.

30. Terminado en Arauca este corte de rencillas que la relativa abundancia de ganados empieza a suscitar en aquellas sabanas, acometerá el Intendente análogo estudio en Casanare, en las sabanas de condensación de ganados, y para su adjudicación definitiva se procederá de la misma manera que allí.

31. No debe quedar incluido en estas ventas sino la parte sabanosa de los lotes, quedando los adjudicatarios solamente con el derecho de usufructo de los bosques colindantes como cualquier colono.

32. En lo sucesivo, mientras dura la obra de la colonización de la llanura, el Poder ejecutivo debe emplear este expedito procedimiento de adjudicación por remates en la Intendencia de los Llanos.

Comisión científica

33. Por interposición de sociedades sabias contratará el Intendente en Europa (en su defecto lo hará el Gobierno) un etnólogo, un políglota y un naturalista, y en el país los agrimensores necesarios, para constituir en el Llano una respetable Comisión científica que estudie la demografía, la flora de la región y la parcelación de las sabanas.

34. Sobre las inspiraciones de esta Comisión procederá el Intendente a desarrollar un plan científico de civilización de indígenas, valiéndose del concurso de las Misiones católicas y de los recursos laicos indispensables para la fundación de escuelas, talleres, etc.

Colonización

35. La Intendencia constituirá Juntas de colonización en las poblaciones del pie de la cordillera, compuestas de propietarios rurales y ciudadanos de notorio espíritu público, con el objeto de que hagan propaganda de colonización hacia el Llano, concierten labriegos hábiles para la obra, les comuniquen las instrucciones suficientes y los provean de los recursos y elementos necesarios, para lo cual el Intendente les despachará los pedidos que ellas le hagan, en dinero, herramientas, enseres, semillas, etc., de acuerdo con un plan de colonización que él dictará sobre el consejo de la Comisión científica.

que no hayan sido destinadas o puedan llegar a serlo para Resguardos de indígenas, principiando por las de Arauca, a fin de vender a los ganaderos en pública subasta, al precio mínimo de cinco pesos (\$ 5) la hectárea, dejando intercalares baldíos para nuevas adjudicaciones.

27. En estas ventas por remate serán preferidos, en igualdad de precio, los ocupantes de las sabanas en una extensión hasta de tres hectáreas por cabeza de ganados mansos, y se observarán las reglas establecidas en el Código judicial para los remates.

28. Se consultarán muy atentamente en este estudio los títulos de propiedad que puedan existir, para respetarlos, así como las posesiones de más de treinta años, a fin de no herir en lo mínimo intereses creados.

29. Debe autorizarse al Intendente para acordar a los acreedores plazos prudenciales y para recibir en pago ganados mansos al precio de avalúo y un tanto por ciento de rebaja para los gastos de su realización.

30. Terminado en Arauca este corte de rencillas que la relativa abundancia de ganados empieza a suscitar en aquellas sabanas, acometerá el Intendente análogo estudio en Casanare, en las sabanas de condensación de ganados, y para su adjudicación definitiva se procederá de la misma manera que allí.

31. No debe quedar incluido en estas ventas sino la parte sabanosa de los lotes, quedando los adjudicatarios solamente con el derecho de usufructo de los bosques colindantes como cualquier colono.

32. En lo sucesivo, mientras dura la obra de la colonización de la llanura, el Poder ejecutivo debe emplear este expedito procedimiento de adjudicación por remates en la Intendencia de los Llanos.

Comisión científica

33. Por interposición de sociedades sabias contratará el Intendente en Europa (en su defecto lo hará el Gobierno) un etnólogo, un políglota y un naturalista, y en el país los agrimensores necesarios, para constituir en el Llano una respetable Comisión científica que estudie la demografía, la flora de la región y la parcelación de las sabanas.

34. Sobre las inspiraciones de esta Comisión procederá el Intendente a desarrollar un plan científico de civilización de indígenas, valiéndose del concurso de las Misiones católicas y de los recursos laicos indispensables para la fundación de escuelas, talleres, etc.

Colonización

35. La Intendencia constituirá Juntas de colonización en las poblaciones del pie de la cordillera, compuestas de propietarios rurales y ciudadanos de notorio espíritu público, con el objeto de que hagan propaganda de colonización hacia el Llano, concierten labriegos hábiles para la obra, les comuniquen las instrucciones suficientes y los provean de los recursos y elementos necesarios, para lo cual el Intendente les despachará los pedidos que ellas le hagan, en dinero, herramientas, enseres, semillas, etc., de acuerdo con un plan de colonización que él dictará sobre el consejo de la Comisión científica.

36. Los auxilios que las Juntas de colonización pueden prestar a los colonos pobres consisten, según las circunstancias, en todos o en algunos de los siguientes: raciones en dinero a razón de 0.50 centavos diarios hasta por ocho meses; dos azadones, dos barretones, dos hachas, dos machetes, una máquina para tajar plátano, una estufa portátil, un molino de mano para hacer harina, semillas de cacao, sarrapia, algodón, etc., en cantidad suficiente para cultivar por lo pronto dos y media fanegadas de tierra; una vaca, dos cerdos, y a la vuelta de un año, los recursos necesarios para pagar el transporte a Europa de media tonelada de productos.

37. Para hacerse acreedores a estos suministros, los colonos deben otorgar una fianza de persona solvente en el lugar, por valor de \$ 500, para el caso de faltar a su contrato de colonización y comprometerse en él a desmontar, en el punto que se les designe, tres fanegadas de tierra, construir cabaña y sembrar por lo menos mil matas de plátano y otras tantas de cacao y sarrapia u otras plantas de rápido y valioso fruto que la Intendencia designe, de acuerdo con las inspiraciones de la Comisión científica.

38. La Intendencia por medio de sus agentes en la diferentes entradas del Llano, designará a cada colono los sitios apropiados para sus cultivos y los posesionará del emplazamiento, siguiendo un sistema metódico, fijándoles el radio de ensanche a que tienen derecho, tanto en la selva como en las sabanas vecinas, anotando los puntos en un mapa, dejando constancia en un libro de colonización, y tomando todas

las precauciones necesarias para garantizar en todo tiempo los derechos de los colonos y para evitar conflictos de posesión y dominio a la larga.

La elección de estos sitios debe ser materia de atento examen, para evitar fracasos a los colonos, los cuales desprestigiarían la obra de la colonización.

39. Debe quedar expresamente prohibido a los colonos, ganaderos y adjudicatarios de sabanas, el desmontar el bosque de las orillas de los ríos y caños del Llano, para hacer dehesas, en previsión de que con ello mermen las aguas.

40. La Intendencia podrá auxiliar hasta con \$ 50 por mes a cada médico graduado, de buenas recomendaciones, que quiera establecerse a ejercer la profesión en los puntos del Llano que se le designen.

41. La Intendencia sostendrá un *Boletín de fomento*, destinado exclusivamente a dar a conocer el estado actual del Llano, sus recursos, su salubridad, las medidas de fomento que se desarrollen, el progreso que ellas determinen, etc. En él se publicarán los estudios científicos mandados hacer sobre caminos, salinas, etnografía, lingüística indígena, reglamentos de reducción, censos y estadística, métodos de cultivo y demás datos que conduzcan al conocimiento verdadero de la región y sus adelantos.

El *Boletín* se repartirá gratis a todos los colonos, ganaderos y demás personas interesadas, para controlar la veracidad de las estadísticas y demás datos y para honor y estímulo de quienes contribuyan a la civilización y fomento del Llano.

42. Una reproducción de éste *Boletín*, ilustrado con vistas, planos, diagramas, etc. etc., se editará en

Bogotá por cuenta del Ministerio de Obras públicas con los aditamentos de información que acerca de los Llanos le competen, para conocimiento del país y propaganda en el Exterior.

43. Desde la expedición de la ley el Gobierno se proveerá de muestras de harina de plátano en cantidades suficientes compradas a los primeros empresarios para remitir periódica y constantemente a todos los Cónsules de la República en Europa y Estados Unidos, con la reiterada exigencia de que le hagan a dicho artículo la más activa propaganda en los mercados y de que informen al Intendente de los Llanos sobre precios, lugares de mayor expendio, casas comisionistas respetables que se encarguen de su realización, etc., a fin de que dichos informes se publiquen en el *Boletín*, para conocimiento de los colonos y empresarios.

Bienes nacionales

44. Debe corresponder a la Intendencia la celebración de contratos de arriendos sobre todos los bienes de propiedad nacional existentes en la región, tales como minas, salinas, bosques, garceros, etc, bajo la aprobación del Gobierno.

45. La mitad de los productos del arriendo de bosques y garceros, con aplicación a la instrucción pública primaria, debe corresponder a los Distritos en que tales bosques y garceros estén ubicados.

46. A las órdenes inmediatas de la Intendencia habrá un cuerpo de gendarmería, constante de 200 plazas, por lo menos, para dar apoyo de fuerza a las

prescripciones de fomento, para ejercer la policía de bosques y garceros, a fin de que sean explotados cuidadosamente, para ofrecer amparo de posesión a colonos y ganaderos, para prestar protección a los indígenas en sus derechos y para evitar los contrabandos a las rentas. (*)

La misión que el Llano nos confió está cumplida, y nos queda la satisfacción de haberle puesto toda nuestra buena voluntad.

Esperamos por esto que cuando la crítica ponga sobre estas páginas su mirada luminosa y serena, podrá decir que el Genio de la llanura no buscó un cerebro para hacerse conocer en el mundo, sino un corazón!

(*) Copia de este memorandum se distribuyó en el Congreso y en los centros poblados del Llano, con el objeto de hacerle propaganda a la ley orgánica de su administración.

LISTA

DE ALGUNOS PROVINCIALISMOS Y VOCABLOS INDÍGENAS EMPLEADOS EN ESTE LIBRO

Ajiaco=Sopa de papas.

Baquianos=Conocedores y guías de un camino.

Babilla=Pequeño caimán de los ríos llaneros.

Bongos=Canoas grandes, cubiertas con techo de rama.

Cabuya=Cable de fibra maroma o falúa para pasar ríos.

Cafuche=Cerdo montés.

Caño=Riachuelo de la llanura.

Cincho=Escarpa desnuda del cerro.

Conuco=Pequeña labranza.

Cuchuco=Sopa de maíz molido.

Curíara=Canoa, barquilla.

Cuesco=Hueso de ciertas frutas.

Cumare=Palmera que produce un cogollo propio para tejidos.

Chicharras=Cigarras.

Chinchorro=Hamaca de *cumare* u otras fibras.

Fandangos=Bailes populares.

Guarapo=Jugo de la caña de azúcar. Fermento de dulce y agua.

Garabato=Gancho de madera.

Galerones=Cantos populares del Llano.

Jipatera = Anemia tropical.

Macos = Esclavos indígenas.

Madrina = Pequeño gregal de ganado.

Marmaja = Sulfato de cobre y fierro, de apariencia brillante.

Marisco = Nombre genérico de los animales de monte.

Mohán = Genio mitológico chibcha.

Nuches = Gusanos de la piel del ganado.

Pampa = Planicie extensa. *A la pampa*: a la intemperie.

Patacones = Tajadas transversales de plátano, tostadas o fritas.

Patrón = Amo de finca rural.

Potrero = Dehesa.

Ruana = Manta, capa o abrigo de los americanos.

Racionales = Habitantes del Llano que profesan la Religión católica.

Sural = Mogotes de tierra, separados por zanjas.

Tarabita = La zaranda suspendida de la falúa.

Tegua = Médico hechicero.

Tocón = Caballo o perro sin cola.

Turmequé = Juego con tejos.

Valona = Corte recto de la crin de las caballerías.

Vijua = Sal gema.

INDICE

	Págs.
	3
I	11
II	24
III	35
IV	47
V	58
VI	70
VII	80
VIII	94
IX	104
X	114
XI	124
XII	136
XIII	152
XIV	165
XV	185
XVI	197
XVII	213
XVIII	230
XIX	223
	269



BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000204343

COLECCIÓN
PILAR MORENO



